

A photograph of a woman's legs and feet, wearing a floral dress, holding a pink rose. The background is a plain, light-colored wall.

Fátima Casaseca

Nadie
se
muere
de
esto

¿Serías capaz de
enfrentarte a ti misma para
cumplir tus sueños?

DEBOLSILLO

F

L

T

I

N

a

d

DEBOLSILLO

§

megustaleer



=



Penguin
Random House
Grupo Editorial

*A Paloma,
porque tú también venías con ziritione*

«Al final del día sobrevivimos.»

FRIDA KAHLO

1

Dicen que para solucionar cualquier problema el primer paso es reconocer que lo tienes, y la verdad es que, visto así, parece fácil. Como si reconocer algo no fuese más que un trámite, una diligencia anodina consistente en admitir aquello que ya se sabía pero que, por alguna razón estúpida y caprichosa, uno se empeña en negar de manera sistemática. Sencilísimo, vaya. Poco menos que un juego de niños si no se pasase algo por alto. Algo importante, fundamental. Y es que, para reconocer, primero siempre hay que conocer;

es decir, percatarse, notar o percibir, pues difícilmente puede admitirse algo que se ignora.

Yo misma, por ejemplo, hasta hace poco ignoraba que era una cobarde. Que soy bastante soberbia sí que lo intuía, más que nada porque es casi lo único que llevan reprochándome en serio mi padre y mis hermanas desde que tengo uso de razón. Pero ¿cobarde yo? No lo habría imaginado jamás. Nunca. De hecho, llevo —o llevaba— toda la vida considerándome osada y transgresora, diferente, mejor incluso, y pavoneándome por ello día sí, día también, con unas ínfulas que ahora se me antojan de lo más ridículas y cuyo recuerdo aún me sonroja, provocándome dolorosas punzadas de vergüenza. Un recuerdo no muy lejano, todo sea dicho, porque aunque esta historia comenzó meses atrás, su absurdo desenlace se

produjo hace apenas unas semanas. Una resolución que por mucho que mi padre se empeñe en considerar necesaria y, por eso mismo, acertada, a mí solo me parece triste. Triste, cobarde e indecorosa. Y con el amargo regusto que le queda a una al descubrir que ha estado demasiado tiempo haciendo el gilipollas.

Me llamo Elena Garcinuño, por cierto, y voy a cumplir treinta y cuatro años.

El último sábado de enero, hace casi siete meses, llamé a mi hermana pequeña en estado de shock. Al principio, como viene siendo lo habitual en estos casos, Natalia se cabreó con Alberto. Aunque quizás «cabrear» no se ajuste del todo a la sarta de improperios que le dedicó, que lo puso de

vuelta y media. Es probable que aquel día no jugase a favor de Alberto el hecho de que mi hermana no le ha tragado nunca y que los últimos cinco años, por educación y porque me quiere, se ha limitado a dejarme caer, como si fuera una observación objetiva y sin malicia, que es un blandengue y que no entiende qué veo en él. Con lo macarra que es Natalia, todo un detalle por su parte. Así que durante esa conversación telefónica no desaprovechó la oportunidad y se desquitó a gusto; y no se le pasó por la cabeza concederle siquiera la presunción de inocencia.

De todas formas, como esto es a toro pasado y estoy intentando ser sincera y despiadada conmigo misma —y valiente, claro—, reconozco que llamando a Natalia sabía perfectamente dónde me metía y que eso era justo lo que buscaba. Pero es

que la situación era de todo menos simple y lo que yo tenía esa mañana era el orgullo dolorido y un ataque de cólera monumental y descontrolado que me urgía canalizar antes de verle. Que estaba llorando a moco tendido, vamos. Mientras aporreaba la pantalla del teléfono era consciente de que, si me lo hubiese encontrado dándose un revolcón con otra, o intentándolo, habría sido todo muchísimo más fácil. Sobre todo por lo espontáneo. Conociéndome, seguro que le habría abofeteado, escupido e insultado, y que después me habría escapado a gimotear y a seguir injuriándole en algún bar, alternando amigas y familia. Y copas, eso por supuesto, mogollón de copas. La cuestión —y aquí residía el problema fundamental, *mi* problema fundamental— era que no le había pillado, así, con las manos en la masa

como quien dice, sino un mensaje antiguo en su Facebook que, además de parecer una despedida, por lo menos temporal, resultaba bastante ambiguo. Eran apenas tres líneas, tal vez cuatro, y aunque no era sexualmente explícito en su contenido, el hecho de no conseguir ubicar a la remitente —una tal Pilimindrina— en mi lista mental de legítimas amistades femeninas de Alberto, ni lograr identificarla por su foto de perfil —una figura sin contornos ni facciones, a lo lejos, frente a lo que me pareció el Coliseo romano— disparó todas mis alarmas.

Ella, Pilimindrina —apodo que me la sugería traviesa e inocente al mismo tiempo, como pilindri o pelandrusquilla, una aleación irresistible para cualquier ego masculino—, había escrito, hacía más o menos un año, que le había hecho muy feliz

conocerle, que desde aquellos días pasados juntos en Barcelona no había podido dejar de pensar en él, en las circunstancias que les impedían mantener una relación más estrecha, y que esperaba con ilusión y expectativa que el destino volviera a ponerlo en su camino pronto. Bla, bla, bla. Un zorrón en toda regla, concluí, pues si hablaba de circunstancias adversas es que sabía de mi existencia. Y se la sudaba.

Lo peor, no obstante, era que Alberto, mi en teoría entregadísimo novio, le había contestado unos días después en un tono similar: «A mí también me ha encantado conocerte, han sido unos días mágicos. Me he sentido muy a gusto contigo, en serio, y confío en volver a verte pronto, aunque tengamos que hacerlo a escondidas. Si vienes a Madrid, avísame, ya sabes cómo encontrarme».

Aun a riesgo de parecer una neurótica, confieso haberme aprendido la respuesta de memoria, emoticonos incluidos, pero es que tuve que repasarla varias veces para confirmar que de verdad ponía eso y no otra cosa, tal era mi desconcierto. Que vaya ingenua, se burlaba Natalia, como si no estuviese clarísimo lo que significaba. Menudo cabrón, cabronazo, pedazo de cabrón, repetía machacona. Peor que eso, decía, una mosquita muerta es lo que es. Y es que Alberto —*Albertito*, como lo apodó despectiva nada más conocerle—, el novio ideal, guapo y pijo, la envidia de todas mis amigas, el más estupendo, detallista y sacrificado, siempre respetando mis tiempos y sin presionarme, nunca me había dado motivos para sospechar de él.

—Y ya ves por dónde te ha salido al final —

ironizaba mi hermana, supurando amargura—. Tía, Elena, si es que estaba cantado que no podía ser tan perfectito.

—...

—¿Elena? ¿Sigues ahí?

Hacía rato que había dejado de llorar, pero tampoco la escuchaba ya. Era como si, poco a poco, le hubiese ido traspasando toda mi rabia a Natalia a través del teléfono, cediéndole la responsabilidad de la pataleta, y empezaba a acusar el cansancio de una resignación derrotista.

—Sí, perdona, estaba pensando.

—Pues deja de pensar tanto y llámale, joder. Que vaya a casa ahora mismo y hablas con él —gritaba indignada—. ¡Y le mandas a la mierda! ¿Me oyes? ¡A la mierda, tía!

Suspiré, de vuelta a la realidad y, ya más

calmada, encendí otro cigarro.

—Te oigo, sí. No te preocupes.

Un cuarto de hora más tarde, después de asegurarle por enésima vez que estaba mejor, y de prometerle que sería arrogante y despiadada, conseguí colgar el teléfono a mi hermana. El impacto inicial se había diluido y, a pesar de todas las incógnitas no resueltas, me sentía preparada para enfrentarme a la situación como se suponía que debía, es decir, con más rabia que desconcierto.

Respiré hondo y arrojé el móvil al otro lado del sofá. El café se había quedado frío, tenía tabaco de sobra, el portátil de Alberto, prueba irrefutable del delito, abierto sobre la mesa del salón, y todo un sábado por delante para gritarle a mi futuro exnovio que era un gilipollas y una mala persona

sin las formalidades que se suelen guardar, imagino que por pudor, en los espacios públicos. El escenario perfecto para un acontecimiento de ese calibre, pensé. Solo me faltaba él, que como casi todos los sábados por la mañana se había ido a jugar al pádel y no me cogía el teléfono. Todavía tardaría una hora en llegar.

Dos cigarrillos después, empecé a ponerme nerviosa. En el silencio de la espera no había podido evitar ignorar las órdenes de mi hermana y seguí dándole vueltas al asunto. A los mensajes, más bien, que era lo único que tenía. Intentaba situarlos en el tiempo, cotejarlos con los sucesos de entonces, hacía justo un año: su viaje a Barcelona poco antes de irnos a vivir juntos, al

fin, tras tres años de relación y varios meses de insinuaciones por parte de Alberto; la ilusión de la búsqueda, cuando decidí dejarme llevar y formalizar el vínculo. Quería encajarlos en su momento, precisos, con la esperanza de discernir la mentira en la que había estado viviendo el último año de mi vida. Porque no era posible no haber notado nada, me decía. Por narices, pensaba, tenía que haber habido algo sospechoso; no sé, un gesto comprometido, una actitud taciturna o demasiado melancólica, algún comportamiento extraño que, por mucho que me pasase desapercibido entonces, sin mayor importancia, ahora tendría que revelarse evidente, ¿no? Me acordé de una pelea, recién mudados, por una cómoda horrorosa que nos regaló su madre y que yo me negué a poner. Alberto me gritó por primera

vez en su vida. También recordé la boda de alto postín de su primo, el verano pasado, en la que me pasé de morros toda la noche por una tontería, amargándole la fiesta a él y quedando como una maleducada con toda su familia. Y la despedida de soltera de Nuria unos días más tarde, en la que estuve planteándome en serio liarme con el camarero guapo de aquel bar de mala muerte en el que acabamos, disfrazadas de monjas, a las tantas de la mañana. No pude eludir el recuerdo de Pablo, y las horas desperdiciadas indagando su perfil de Facebook empezaron a torturarme. El suyo y el de la chica con la que, desde hacía unos meses, aparecía en todas las fotos, a la que inspeccionaba en busca de una celulitis que no tenía, o la mueca hastiada, que tan bien conocía, de Pablo a su lado. Una explicación digna a qué

tendría ella que no había tenido yo. Y empecé a perder la compostura, claro, porque por parte de Alberto no encontraba nada evidente, ni mucho menos rotundo, pero por la mía rebosaba miserias. Mi propia culpa amenazó peligrosamente con quitarme el derecho a estar muy indignada y eso, en mi situación, no me beneficiaba en absoluto.

Se me ocurrió entonces que podría rellenar la espera con alguna actividad productiva para dejar de pensar y me pareció una idea cojonuda. Entre hacer las camas o la compra por internet, me decanté por lo primero, porque, total, me dije, qué iba a comprar ya si no sabía siquiera si volvería a comer en esa casa. Ni a dormir tampoco, es verdad, pero tenía que ocupar las manos con algo, por muy ridículo que fuera, o me iba a dar un síncope. Así que me levanté del sofá y, frotándome

los ojos, anduve como una autómatas hasta la habitación. Me quedé clavada en el umbral. Y es que en ese momento ocurrió algo. Algo que, en mi opinión, cambió el curso de mi destino, del de todos, para bien o para mal. Aunque eso, como siempre, depende de a quién se pregunte.

2

La vida, la de cada uno, no necesita demasiado para desmoronarse y perder el sentido que le damos, por muy despegados que hayamos sido con ella, hasta volverse irritante. Me lo dijo mi padre, distraído, en medio de una charla tardía y en apariencia inocua, pero que fue decisiva en el desenlace de esta historia. Hablaba de sí mismo, pues no sabía lo que me ocurría a mí, de lo que sintió cuando mi madre murió y nos quedamos todos, de la noche a la mañana, en una casa huérfana y sin timón. Y lo dijo aséptico y

desapasionado, como corresponde a aquello que, por inapelable, no teme ser juzgado.

A mí, aquella mañana de enero, un ridículo mensaje de Facebook me exterminó en un segundo todo lo demás y no me dejó acordarme de qué día era ni en qué mundo vivía hasta que llegué a mi habitación. Allí, jirones de papel de colores sobre la cama me devolvieron a mi realidad, de pronto tan superflua y poco apetecible, recordándome de paso qué hacía trasteando a escondidas en el ordenador de Alberto y, sobre todo, lo inoportuno del hallazgo. Porque no solo resultó que era el treinta y cinco cumpleaños de mi novio, sino que, además, para esa noche le tenía preparada una fiesta sorpresa con un montón de gente que no conocía.

—¡Mierda! —chillé, dándole una patada a la

puerta.

Se me agitó la respiración. Tranquila Elena, pensé, cálmate. Las fiestas se anulan, ¿no? Los cumpleaños se ponen enfermos, las casas se queman, las abuelas se mueren; en fin, que a mi disposición tenía un arsenal de excusas socialmente adecuadas que solían aceptarse sin rechistar y podía tirar de cualquiera de ellas. Total, me decía, si a esas horas solo tenía confirmados a los habituales, a un puñado de desconocidos rescatados con secretismo de su pasado —gracias a Facebook— y en lo que a organización se refiere, por no levantar sospechas todavía no he comprado ni las bebidas. Tranquila, Elena, respira.

Pero no conseguí calmarme y allí mismo me falló la serenidad, hiperventilando ante cuatro

trozos de papel de regalo; y me entraron las prisas, de nuevo, por identificar indicios en el pasado —y en el presente también—, si de verdad, pero de verdad, no noté algo extraño entonces, si lo notaba ahora, si no habría estado siempre equivocada con Alberto y su falderismo casi enfermizo. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil?

—Alberto te quiere muchísimo más a ti que tú a él —me había reprochado María unos meses atrás en la despedida de soltera de Nuria. Habíamos bebido mucho y le patinaba la lengua—. Vuestra relación no es justa.

—Anda ya, María, no digas chorradas —repliqué burlona, sintiéndome de pronto culpable por llevar toda la noche tonteando con un desconocido—. Que no quiera casarme no tiene nada que ver con él.

Con un «lo que tú digas» bastante despectivo zanjó la discusión, aunque no era la primera vez que alguien, sobre todo amigas, como María, me había llamado la atención acerca de este punto, haciéndome sentir incómoda. El fastidio, sin embargo, no me lo producía lo desacertado del comentario, sino al contrario, la seguridad morbosa que me invadía sabiéndome imprescindible. Alberto, me daban a entender, me quería demasiado como para dejarme o hacerme daño. Y yo, soberbia y engreída, me lo había creído.

Por su parte, todo hay que decirlo, él tampoco se había esforzado por desmentir la teoría de nuestro entorno, jugando con maestría el papel de novio entregado y por tanto víctima resignada de mis estúpidos caprichos. Porque, como me

preguntaban mis amigas con más insistencia cada vez, ¿qué me costaba casarme? ¿No me resultaba ridículo seguir llamándole novio después de tantos años y viviendo ya juntos? ¿A nuestra edad? Esas recriminaciones encubiertas resumían los dos elementos que, en mi negativa, le resultaban a todo el mundo especialmente cojoneros. El primero de todos, por supuesto, la edad. En mi castizo círculo de niñas bien, a los treinta y tantos la que no se había casado todavía era porque, la pobre, no tenía con quién. A la que sí tenía, las reglas del decoro y el buen gusto la obligaban a pasar por el altar, pues o eras gay y te dedicabas a la moda, o solo había una cosa más hortera que empezar a decir «mi pareja», y era seguir diciendo «mi novio.» El segundo factor era la convivencia en soltería. Vivir en pecado, como diría mi abuela.

Por descontado que independizarse era algo positivo, el primer gran paso hacia la madurez que toda la sociedad aplaudía, pero en el ambiente en el que me había criado yo eso ocurre si eres hombre, y si eres mujer, solo si te has ido al extranjero una temporada y tan lejos de tu familia que no te ha quedado más remedio. Por suerte, y aunque tampoco casaba con su educación, mi padre nunca me echó en cara que me buscase un apartamento a los veintiocho, y si le molestó que lo dejase para instalarme en uno más grande, con *mi novio*, se esforzó mucho por no hacérmelo notar. En cambio, la madre de Alberto puso el grito en el cielo y no se cortó a la hora de recriminármelo. A mí, claro, porque era evidente que su hijo, el pobre, pobrecito, seguía siendo el caballero que ella había educado y yo una

malísima influencia que le llevaba por el mal camino.

—¿No te das cuenta —me sermoneó indignada el día que les anunciamos nuestra inminente convivencia— de que todo el mundo hablará de vosotros? ¿De mí? ¿De que un López de Pineda se ha ido a vivir por ahí con una chica? Yo no soy tonta, Elena, ni estoy ciega. Entiendo que los tiempos han cambiado y que los jóvenes tenéis más libertad ahora. Y me parece bien, fíjate lo que te digo. Pero lo que no me entra en la cabeza es esa modernéz de irse a vivir juntos sin casarse, como los pobres. ¡Es absurdo! Si vais a dar ese paso, ¿qué os cuesta casaros? ¿Formalizarlo como es debido? Aunque sea por respeto hacia vuestros mayores, que tanto nos hemos esforzado por

inculcaros ciertos valores; ¿o es que no te importa avergonzar a tu padre?

Alberto, que llevaba varios días nervioso, advirtiéndome de la que sabía sería la reacción de su madre, pero que me había jurado estar seguro y preparado para afrontarla, se fue amustiando con cada gimoteo materno, para acabar callado, la vista fija en el suelo y la mirada abochornada.

—Mi padre no se avergüenza por tonterías, Marga —zanjé antipática—, y de verdad que no entiendo por qué le das tú tanta importancia. Que yo sepa, ser un López de Pineda hace años que ha dejado de significar algo.

No me hizo falta el respingo de Marga para darme cuenta de que había sido impertinente y maleducada —algo que, por cierto, a mi padre sí le habría avergonzado—, pero con Alberto a punto

de claudicar, que lo veía venir, y pedirme que nos casáramos para contentar a la bruja —si, total, no era más que un trámite y nuestra vida no iba a diferir mucho de la de cualquiera de nuestros amigos casados—, me pudo la soberbia. O ella o yo, me dije, y ya sí que no hubo quien me sacase de mis trece.

Un año después de aquella conversación, Marga no me había perdonado el descaro. Lo sé porque dejó de insistir en que nos casáramos. Y no por deferencia hacia mi decisión, como pretendía venderme Alberto intentando que en la relación entre las dos mujeres de su vida brotase algo de simpatía, sino por puro pragmatismo. Desde ese día, me consta que la madre de mi novio empezó a alimentar la esperanza de que su hijo recapacitase y se buscara a otra que se muriese por tenerla

como suegra. Lo que todos ellos no sabían —y yo no iba a reconocer ni muerta— era que, en el fondo, tenían razón. Lo único que diferenciaba mi vida con Alberto de la de cualquiera de nuestros amigos eran un simple anillo y una foto enmarcando el suceso de su entrega en la cómoda del salón. Así que seguir empeñada en no casarme con él se había convertido en nada más que un capricho, la tenacidad infantil y arrogante por exhibir en público mi dominio sobre Alberto que, dócil y perfecto, me correspondía con amorosa sumisión. «Yo solo quiero estar contigo, Elena —me decía—, y no me importa si para eso solo valen tus reglas.»

Supongo que con esa proclamada unilateralidad sentimental no será difícil imaginarme aquella mañana, apoyada en el marco de la puerta de mi

habitación con la sensación casi física de que los cinco últimos años de mi vida se me escurrían entre los dedos y no conseguía retenerles un sentido. Ni tampoco el vértigo que sentí entonces, cuando volví a mirar el reloj y de esa hora eterna que faltaba hasta que regresase Alberto no quedaban más que unos minutos. Quizá lo normal, o esperable, hubiese sido ponerme a gritar histérica, dando vueltas por la casa, o montar guardia en la escalera, aspirando cigarros como una demente y estremeciéndome cada vez que alguien entrase en el portal. En cualquier caso, algo dramático y vistoso, acorde con el descalabro mental que estaba sufriendo. Pero me pudo la ansiedad y, en mi angustia, que solo quería librarse de esos minutos que separaban nuestro encuentro, eliminarlos o incluso retrasarlos para prepararme

mejor, comprendí que el calentamiento telefónico con Natalia no había sido suficiente y que la rabia perdía terreno. Necesitaba rearmarme. Y en un impulso inconsciente me puse el abrigo y las botas, cogí el bolso y hui de casa.

3

La R.A.E. define «huir» como alejarse de prisa, por miedo u otro motivo, de personas, animales o cosas, para evitar un daño, un disgusto o una molestia. Visto así, la verdad es que huir suena un poco tremendista y no era del todo aplicable a mi situación, teniendo en cuenta que, cuando salí desbocada de casa, el daño, el disgusto y la molestia estaban todos hechos y que por muy rápido que corriese, no había ya forma de evitarlos. Así que esa mañana lo que hice fue más bien refugiarme.

No era algo que hiciese a menudo, o no de

manera consciente, y cuando atravesé el portal y enfilé Alonso Martínez tampoco tenía pensado acabar en casa de mi padre. Solo quería salir de allí rápido, alejarme del silencio del apartamento, de pronto tan espeso que parecía irreal. Pensé que sería buena idea buscar una cafetería y sentarme sola a pensar con tranquilidad, escondida, sin la urgencia asfixiante del encuentro que se aproximaba amenazador. Pero el aire frío y seco, casi estático, de aquella mañana de invierno luminosa me impactó, congelándome la amargura, y seguí andando absorta en el plácido hormigueo de la ciudad, el rumbo instintivo hacia Profesor Waksman.

Tardé más de una hora en llegar y entré por la cocina con mi llave. Mi padre, envuelto en su delantal de florecitas, le explicaba a Carlota por

enésima vez las reglas de la Fórmula 1 mientras rellenaban canelones. Mi ahijada, derrochando esa euforia infantil que roza la histeria, saltó a mis brazos pringándome el abrigo, pero él, moderado en su asombro, apenas se volvió para saludarme. Estaba acostumbrado —y le encantaba— a que nos presentásemos sin avisar. Me acerqué a besar la mejilla que me ofrecía.

—¿Te quedas a comer? —preguntó sin mirarme, concentrado en sus canelones.

—Si me dejáis...

—Mira qué graciosa —dijo con sorna—. Pues pon la mesa, anda, que tu hermana está agotada.

Y vaya si lo estaba. Hacía tres meses que Teresa había dado a luz a Miguel, tan guapo como llorón, y no estaba pasando por su mejor momento. De

natural lista, ambiciosa y extremadamente perfeccionista hasta para divertirse, mi hermana mayor llevaba semanas arrastrándose por la vida como un zombi destartalado, ojerosa y sin peinar. Y de bastante mal humor, por cierto. Tanta pena daba verla, que todos —y en especial Carlota, que no llevaba muy bien eso de haber perdido el estatus de hija única después de nueve años— intentábamos contribuir como mejor podíamos a su pronta resurrección. Por eso, al descubrirla dormitando en el sofá bajo una manta, no me acerqué a saludarla y, procurando no hacer ruido, empecé a poner la mesa.

Apenas había depositado los platos cuando apareció Natalia, emergida del pasillo cargando a un recién cambiado Miguelito. Al contrario que mi padre, ella sí se sorprendió al verme. Lo sé porque

abrió mucho los ojos y frunció el ceño recelosa, oscilando entre la impaciencia y el escepticismo, como diciéndome: «¿Ya? ¿eso es todo?». Y a mí, que por un instante había conseguido olvidar el motivo de mi visita, me asaltó una vergüenza tan pueril e inútil, que no conseguí mantenerle la mirada, ni mucho menos hacerle una señal cómplice. Nerviosa, no se me ocurrió otra cosa que forzar un diálogo absurdo con mi padre, que seguía en la cocina. «Vaya frío que hace hoy, ¿eh, papá?», y cosas por el estilo. Sentí la mirada fulminante de Natalia clavándose en mi espalda, y me estremecí al oír un bufido recriminatorio, cargado de ese odio fraternal que en el fondo tan poco suele importarnos, de tan pertinente como efímero que es. Además, Natalia odiaba mucho y

muy fuerte, ya lo he dicho. Es una indignada y, para colmo, en paro.

La comida transcurrió sin mayores sobresaltos. Por lo menos para mí. Los canelones estaban buenísimos y mi padre de un humor estupendo, disfrutando como loco del alboroto familiar. Un día normal, nos habría hecho el interrogatorio paterno de rigor sobre nuestra vida y milagros, y a mí probablemente no me habría quedado más remedio que explicar por qué aparecía por allí sola el día del treinta y cinco cumpleaños de mi novio en lugar de estar aguantando a mis suegros en uno de esos restaurantes ostentosos y aburridos que tanto les gustan. Pero por suerte nos acompañaba un recién nacido demandante y con

pocas ganas de dormir la siesta, y tuvimos que renunciar a cualquier atisbo de conversación adulta, limitándonos a rotarlo de un regazo a otro y a comer casi por turnos, intentando compensarle a Teresa que su marido adora trabajar y se pase la vida viajando. Mientras esquivaba las miradas asesinas de Natalia pensé que nunca podría agradecerse lo suficiente. Sin embargo, como pasa con todas las ilusiones, esa felicidad no podía durar demasiado y, recogiendo la mesa, mi hermana me secuestró en la cocina, ávida de información y de detalles escabrosos. Intenté darle largas, «déjame, no te metas», pero cuchicheaba a voz en grito y hacía tales aspavientos que no tuve más remedio que sacarla de allí, despidiéndome con precipitación y saliendo con ella, reclamada

de improviso para ayudarme a preparar una fiesta de la que nadie se acordaba.

—¡Es verdad! —Mi padre se levantó del sofá, aterrado—. ¿Lo tienes todo organizado?

—No, no tengo nada. —Sonreí traviesa, tratando de achacarle comicidad al asunto—. Por eso me llevo a Natalia.

—Le llamo ahora mismo.

—No hace falta que le llames, papá, ya le felicito yo de tu parte.

Rebuscaba inquieto en su móvil. En el universo de urbanidad y buenos modales de mi padre, no haberse acordado del cumpleaños de su yerno constituía un desplante inaceptable. Intenté convencerle.

—Si lo haces, puede que sospeche algo y me fastidies la sorpresa.

Se quedó mirándome muy serio, evaluando mi argumento.

—Está bien —dijo al fin, dejando el teléfono sobre la mesa—. Le llamaré mañana.

—Sí, mejor. Yo le explico luego por qué no le has felicitado hoy.

—Si os apetece —añadió— os invito a comer.

En ese preciso momento, como una bofetada inesperada, se me reveló un desnivel aterrador. De golpe me dolieron todas esas llamadas de mi padre a Alberto, sus esfuerzos por hacer que se sintiese cómodo, parte de la familia, interesándose con discreción por su vida, su trabajo, alabando sus logros y tratándole con afecto. Es cierto que nunca me presionó para casarme con él, como también lo era que siempre había intentado pacificar en nuestras peleas, prudente, objetivando

la situación y limitándose a señalar mi mal humor —esa soberbia que me perdía—, sin tomar partido por ninguno de los dos. Y ahora me daba cuenta de que Alberto se había reído de él a mis expensas. Peor todavía, se había estado riendo de él todo este tiempo, ridiculizando su cariño a través de su traición al mío. Empecé a sentir náuseas y rechiné los dientes, aguantándome la rabia. «Esto —pensé—, hijo de la gran puta, me lo vas a pagar.»

—Mañana no estarán para muchos trotes, papá.
—Natalia se entrometió, impertinente como siempre, y tiró de mí con ansia hacia la puerta—. Anda, no seas pesado, que tenemos prisa.

Nos despedimos desde el umbral.

—¿¿Cómo que no has hablado con él?! —Salíamos del portal y se quedó parada, increpándome de frente mientras se abrochaba el abrigo.

—Ya... —Bajé la vista y eché a andar.

Tenía razón, había sido una estupidez.

—Pero... —rebajó el tono al alcanzarme, preocupada— ¿por qué no lo has hecho?

—No sé, Natalia, me angustié mucho y tuve que salir de allí.

—Joooder, Elena.

Lo dijo fatalista y a la vez cómplice, como cuando éramos pequeñas y nos confesábamos las

travesuras tarde, resignadas a una reprimenda paterna que sabíamos inevitable.

Natalia tiene tres años menos que yo y ocho menos que Teresa. A sus treinta, todavía no ha habido novio que le dure más allá del calentón — es decir, tres o cuatro meses—, por lo que sigue aferrada a su propia concepción telenovelera del amor y la pareja: pasión desmedida y entrega alocada. O todo, o nada. También, claro, podría ser este el motivo por el que le duran tan poco los ligues, en casa todavía no estamos seguros. El caso es que, con ese ideario amoroso que ostenta y lo antisistema que jura que es, lo raro hubiese sido que un chico formalito y educado como Alberto, de esos que salen con pantalones de pinzas beige y juegan al pádel, le gustase para mí. Ni para nadie, vamos, que yo creo que ni para tomarse un café.

Fue por esto por lo que la llamé a ella aquella mañana, cuando me topé con los mensajes y la rabia pujaba por mi atención contra un desconcierto humillante. Ya me había ayudado cuando lo de Pablo, descubriéndomelo como un frívolo egoísta y lleno de complejos y animándome a odiarle de una forma tan intensa, que llegó un momento en el que me asusté de mí misma. Pero funcionó, más o menos, y acabamos burlándonos hasta de sus defectos más inocuos con una crueldad liberadora. Y eso que Pablo le caía bien.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó con dulzura.

—No lo sé.

Y era verdad que no tenía ni idea. Ningún plan, ninguna estrategia.

—¿Y la fiesta? ¿Qué le has dicho a la gente?

—Nada —susurré, con la absurda esperanza de que no entendiese lo que ese «nada» implicaba y no reaccionase tal y como lo hizo.

—¡Elena, tía! —gritó—. ¡¿Estás de coña?!

Que si eran más de las cinco, que si no estaría pensando en dejarles a todos tirados esperando en la puerta de casa, que si no costaba tanto organizar una cadena de llamadas. Dejé que me hostigase un rato, entre preguntas indignadas y exclamaciones desconcertadas, mientras intentaba encontrarle a mi actitud una explicación, o una excusa, o algo con que dignificarla.

—Me da vergüenza —la interrumpí, al fin.

—¿Que te da vergüenza?

Se detuvo, estupefacta, y me cogió del brazo. Me obligó a mirarla a los ojos y repitió la

pregunta, despacio, con la autoridad serena de quien solo admite una respuesta sincera.

—¿Te da vergüenza el qué, Elena?

—Que se enteren todos —contesté, ruborizándome.

Se iban a enterar tarde o temprano, qué tontería. En nuestro entorno sosegado de familias estrenándose en la felicidad del matrimonio y los hijos, una ruptura, y encima por infidelidad, era un caramelito. No es que dudase de mis amigas, sabía que me apoyarían, pero también sabía que en la intimidad de sus hogares, o con otras amistades no tan cercanas —incluso desconocidos—, no podrían resistirse al morbo de la desgracia ajena. Contarían mi historia de la misma manera que nos habíamos contado las de otros y, por mucho que todo el mundo fuera a estar de acuerdo en que

Alberto era un cabrón al que habría que colgar de las pelotas, mi humillación, que en ese preciso momento seguía siendo solo mía, se propagaría sin control ni medida. «Qué horror —dirían—, pobrecita, ¿cómo no sospechó nada?» Y yo, que llevaba años presumiendo de superioridad emocional, pasaría a ser la tonta. La tonta, sí, la imbécil, la que estaba tan absolutamente convencida de tenerle pillado que le trataba con una condescendencia de lo más insolente y, mira tú, se la estaban metiendo doblada y la tía sin enterarse. Qué pringada. Él un cabrón, sí, pero ella una pringada. Si hubiese sido al revés, si hubiese sido yo la que iba detrás de él como un perrito faldero y a todo le dijese que sí, daría pena, aunque no tanta, porque este sería un desenlace normal, esperado. A nadie le alegra —ni le

sorprende— que alguien patoso tropiece. Pero cuando la tía que anda contoneándose engreída por la discoteca resbala, y además al caer se le rompe la falda, ni su mejor amiga puede evitar regocijarse en secreto.

Le expliqué entonces a mi hermana que, en el preciso instante en el que me enfrentase a Alberto y destapase el asunto, perdería el control sobre mi degradación. Me iba a caer igual, ya lo sabía, ya había tropezado, pero se me había presentado una oportunidad única e irrepetible: la de poder decidir cómo. Si, como Natalia aseguraba, era un cabrón manipulador y me había estado engañando todo este tiempo, necesitaba estar preparada para que no pudiese confundirme con excusas, él, ni sorprenderme con nuevos y bochornosos datos el resto del mundo. Los mensajes no eran suficientes.

—Me faltan demasiados datos —dije—. No sé quién es la tal Pilimindrina, ni en qué circunstancias ocurrió aquello. Ni si ha sido la única. Ha pasado mucho tiempo y primero tengo que ubicarlo todo. ¿Entiendes?

Hablaba con convicción, más para mí que para ella, y aunque Natalia no pareció estar muy de acuerdo, pues según ella todo eso era lo de menos, detalles accesorios que solo conseguirían hacerme más daño, dijo entrever algo de lógica en el asunto.

—¿Como volver a conocerlo desde una nueva perspectiva? —preguntó escéptica.

—Eso es.

Por eso no podía anular la fiesta, añadí, sería demasiado sospechoso. Además, allí podría observar a Alberto desde una distancia virtual,

rodeados de gente. Quizá así lograría descubrir los indicios de la personalidad psicopática y malévola que mi hermana le atribuía sin reparos y que yo, hasta la fecha, no había sabido interpretar. Esto le gustó lo que más, obviamente, y, ya tranquila, me enlazó con su brazo y se me acurrucó en el hombro, dirigiendo nuestros pasos hacia el supermercado.

—Anda, tonta, que te ayudo —dijo.

Le di las gracias. No notó que se me habían llenado los ojos de lágrimas.

Aun sabiendo que organizarle una fiesta al imbécil que lleva engañándote un año entero —o más, qué sabía yo entonces— es objetivamente denigrante, en mi caso, me decía, el que tuviera por objeto estudiarle con perspectiva lo justificaba con creces. Además, que fuese sorpresa me garantizaba un exitoso disimulo, pues Alberto llegaría el último y seguro que estaría lo bastante ocupado como para ponerse a indagar detalles sobre mi extrañísima desaparición ese día. Me constaba que había sonado poco convincente cuando me llamó esa mañana, preocupado al

volver a casa y no encontrarme, y le murmuré a toda prisa que me había surgido un compromiso familiar y le vería esa noche. La fiesta, pensé, me excusaría el secretismo.

A las ocho y media empezó a llegar la gente, puntual para variar, pillándome a mí todavía a medio arreglar. Por lo menos la casa estaba perfecta, y todo gracias a Natalia, que me abrazó muy fuerte y se marchó volada en cuanto aparecieron mis amigas, sin darme tiempo a preguntarle si había escupido en la copa de Alberto o intercambiado su champú por mi crema depilatoria. Tratándose de mi hermana pequeña, no me habría extrañado ninguna de las dos cosas. Pero Silvia y una embarazadísima Paloma se

apresuraron a aparcar a sus respectivos frente a la mesa de las bebidas y a perseguirme sin tregua y con aspavientos hasta el baño, ávidas de cotilleos. ¿Le ha gustado el regalo?, ¿qué tal habéis pasado el día?, estás muy guapa, tú también, qué vestido más ideal, etcétera.

—Elena, ¿te ocurre algo?

Di un respingo.

—¿C... cómo?

—Pareces triste.

Silvia tiene un sexto sentido para los estados de ánimo de los demás y también una voz dulce y aterciopelada, de esas que invitan a confesarse a todo el mundo, como diciendo, anda, cuéntamelo que no te voy a juzgar, solo quiero ayudarte. Me tentó, claro. Muchísimo. Con Natalia fuera de escena —dijo que no sabía si podría controlarse

entre tanto pìjerío y prefirió marcharse—, me sentía desprotegida, expuesta, sin nadie a quien buscar con la mirada para reponer fuerzas, confirmar hipótesis o señalar dudas con un simple alzamiento de cejas. Y ahí estaban mis amigas, ofreciéndome arroje en bandeja. Pero con la casa rebosando gente, era demasiado tarde para descubrirles el pastel. Conociéndolas, no podrían evitar las caras de espanto, los abrazos y la retahíla de preguntas, y bastante me estaba costando mantener el tipo y la sonrisa como para ponerme a llorar otra vez, en el último minuto, y echar a perder mi absurdo plan.

—No, no, para nada —me apresuré a contestar, simulando agotamiento—. Solo estoy cansada ¿Tú qué tal te encuentras, Paloma?

—Uf —resopló—. Bien. Deseando que pase, la

verdad, aunque un poco acojonada.

—El último mes es horrible —intervino Silvia—. ¿Qué tal las noches?

Y, bingo, conversación excluyente inaugurada. El truco me lo había enseñado Teresa; me dijo que, para embarazadas y madres primerizas, el mejor anzuelo era sacar a colación cualquier tema sobre su coyuntura reproductiva. No había tenido oportunidad de utilizarlo antes, y tengo que reconocer que me sorprendió su efectividad. Silvia y Paloma ya no hablaron de otra cosa, animadísimas, hasta que terminó de llenarse el piso y llegó el whatsapp de Sergio anunciando al inocente cumpleaños para dentro de diez minutos.

Mientras esperábamos apiñados en el salón,

cuchicheando a oscuras y ahogando risitas, al borde todos de un ataque de nervios, empezó a invadirme una ansiedad insoportable que nada tenía que ver con la inminente estampida. Me ahogaba. Algo a todas luces comprensible, por otro lado, teniendo en cuenta que era la primera vez que iba a ver a Alberto después de atisbarme la cornamenta y ya no estaba tan segura de poder camuflar mi descubrimiento. Así que volví a escaparme, pero esta vez al baño.

Imagino que la gente lo consideró parte de la estrategia sorpresiva, como para darle realismo a la farsa, porque nadie dijo nada ni vino detrás de mí. Ni siquiera Silvia, que ni de coña se había tragado lo de mi fatiga y me estudiaba recelosa desde que llegó. Cerré la puerta y me senté encima del váter. Volví a levantarme enseguida, inquieta,

como cuando estás escondido y sabes que están a punto de pillarte, o que te van a dar un susto, con esa sensación angustiosa de alerta desmesurada. Me iba a estallar el corazón. Quería verle y al mismo tiempo no quería. ¿Y si notaba que me pasaba algo? ¿Y si, como Silvia, lo notaban los demás? ¿Y si me preguntaba? Llevaba años cultivando la entonación perfecta para que cualquier «nada» insincero sonase a reproche sombrío, sobre todo con Alberto, así que el riesgo de que se le disparasen las alarmas era bastante elevado. Y todo esto iba a ocurrir —¡oh, mierda! — rodeados de muchísima gente que —¡¡oh, mierda!!— había venido expresamente a estar pendientes de nosotros. Tendría que haberle hecho caso a Natalia, me dije, medio histérica. Tendría que haberme enfrentado a Alberto esa mañana, a

solas él y yo, y haber mandado a tomar por saco la fiesta y mis estúpidos complejos. Tendría que haber... Se me llenaron los ojos de lágrimas de impotencia y rabia, esta vez contra mí misma. Y, justo cuando pensé que me derrumbaba, escuché llaves en la puerta.

—¿Hola? —Alberto sonó extrañado, buscándome en la penumbra—. ¿Elena?

—¡Estoy terminando de arreglarme! —chillé, demasiado alto—. ¿Por qué no... esto... por qué no os tomáis algo? Salgo ahora mismo.

Debí de sonar convincente, a pesar de mi asfixia psicósomática, porque les oí acercarse al salón bromeando.

Uno, dos, tres y ...

¡¡Sorpresaaaaa!!

Y, ahí sí, sentí un alivio infinito y respiré por

fin. Me había salvado por los pelos. El consuelo, no obstante, no duró mucho, pues lo sabía fugaz, un parche transitorio de apenas unos segundos. Cada minuto desaparecida, precisamente ahora, resultaría demasiado evidente. Tenía que salir de allí cuanto antes. Me sequé las lágrimas frente al espejo, cogí aire y me precipité a la fiesta.

En la puerta del salón me encontré a Silvia, que salía en mi busca y me increpó perpleja —«¡Elena! ¿Qué haces?»— al pasar a su lado. Llevaba toda la tarde visualizando el momento en el que vería a Alberto, a lo lejos, y lo comprendería todo. Comprendería mi error, mi ceguera, e identificaría al hipócrita que me había engañado con una sonrisa y sin levantar sospechas. Pero Silvia me despistó y no pude ubicar a Alberto entre la gente. Me encontró él a mí

primero. Le sentí de pronto a mi espalda, muy cerca, reclamándome eufórico.

—¡Elena!

Me abrazó antes de poder mirarle a los ojos.

6

Uno de los síntomas más característicos de la euforia es su necesidad de propagación inmediata y a ser posible en masa. El eufórico siente el impulso irresistible de compartir su alegría con el mayor número posible de personas, y debido a la prisa, pues en el fondo sabe su sensación efímera y pasajera, suele conformarse con una sonrisa confirmatoria. Además, mientras dura el arrebatado, tiende a ignorar el negativismo o la tristeza de su entorno y a centrarse solo en aquellos que reaccionan con entusiasmo, para así poder mantener la ilusión un poco más.

Alberto, como era de esperar, encajó en este perfil desde el primer momento, por lo que, tras un abrazo agradecido y un «te quiero» susurrado, se dejó arrastrar rápidamente por su fogosidad social y me dejó tranquila. Aproveché entonces para localizar a mis amigas y escabullirme de su lado. María, flanqueada en el sofá por Paloma y Silvia, liaba un porro con cara de resignación fastidiosa, harta ya, supuse, de las mismas historias de conocidas y conocidas de conocidas que tampoco podían quedarse embarazadas y que solo habían tenido que relajarse, después de muchos meses de desesperada búsqueda, para que se obrase el milagro. Entiendo que las demás solo querían darle esperanzas y que lo hacían con la mejor de sus intenciones —al fin y al cabo no hacía tanto que acabábamos de estrenar la treintena y no todas

habían tenido su primer hijo—, pero María llevaba ya un año intentándolo y aquellos relatos, viniendo de dos que lo habían conseguido a la primera, empezaban a enervarla sobremanera.

—¿Tú no te animas, Elenita? —preguntó pérfida en cuanto me senté—. ¿O tenéis que casaros antes?

—Ja ja ja, qué graciosa eres. —Mi tono irónico sonó más irritado de lo aceptable, pero por lo menos no dejó traslucir la amargura de las últimas horas. Aun así, intenté arreglarlo. En nuestro grupo la borde es ella, no yo. Sonreí con picardía—. Que yo sepa, no hace falta un permiso por escrito para vivir juntos y, en lo que a niños se refiere... Bueno, prefiero ser la tía molona. Los disfruto igual pero los educáis vosotras.

—Pues anda que no le sentaría mal a la estirada de tu suegra que os pusieseis a traer niños al

mundo sin pasar por la vicaría —bromeó mientras se levantaba y tiraba de mí hacia la terraza—. Un bastardito sería la guinda del pastel. Solo por eso deberías planteártelo.

Me reí con ganas, por primera vez desde aquella mañana.

—Ahora en serio, ¿estás segura de lo que estás haciendo?

Nos apoyamos en la barandilla para poder fumar tranquilas. No había nadie más en la terraza.

—¿Qué estoy haciendo?

—Pues eso, qué va a ser. Seguir diciendo que no quieres hijos. No te vaya a pasar como a mí —añadió, sarcástica—, que llevan toda la vida acojonándome con los embarazos no deseados y me tengo que dar cuenta ahora, que lo *deseo*, de

que no era tan fácil. ¡La de sustos que me habría ahorrado!

—Ya... —No sabía qué decir sin meter la pata.

A pesar de sus bromas y su aparente buen humor, era obvio que María lo estaba pasando mal—. Lo siento mucho.

—No es culpa tuya.

Fumamos un rato en silencio, ella absorta en sus pensamientos y yo observándola, procurando no dejarme arrastrar por la pena que me inspiraba. María odiaba la compasión. Cuando tiró la colilla, se sacudió la melancolía y me miró de frente, todavía seria.

—Perdóname, Elena, no sé lo que me pasa. No he querido presionarte. Si no quieres tener hijos me parece estupendo, es solo que...

—No pasa nada —la interrumpí y la abracé

fuerte. Iba a ponerse a llorar—. No me presionas.

Estaba mintiendo, por supuesto. No porque María me coaccionase, ni, siendo sincera, porque lo hiciesen el resto de mis amigas. No se trataba de palabras. Era otra cosa. En la sociedad aparentemente moderna en la que se supone que vivía, la gente de mi edad estaba siendo abducida a una velocidad pasmosa ya habían empezado a casarse hasta nuestros hermanos pequeños. Lo único que se ve por Facebook son fotos de bebés y anuncios de embarazo, mis amigas no discuten más que de estrías, toxoplasmosis y conciliación laboral, se van pronto a casa y su concepto de aperitivo es una bolsa de gusanitos en el parque. Me siento acorralada por parejas felices y ojerosas, compromisos desapasionados y comparativas de potitos. Y lo peor de todo es que,

como tengo novio formal, me tratan todos como a una igual. «Tú, que estás a punto de caer», parecen decirme con cada inclusión en sus comentarios.

Yo ya sé que, caiga o no, esto pasará. Quiero decir que, dentro de diez años, lo que proliferará a mi alrededor serán los divorcios, y dentro de veinte empezaremos a morirnos de cáncer. Son etapas vitales, supongo, que sobrepasan cualquier moda, aunque no puedo evitar sorprenderme por la percepción tan confusa que tenemos del tiempo, lo natural que nos resulta relegar el pasado y agarrarnos con furia al presente, como si fuese definitivo. Como si no fuese a acabarse de todas formas. Pensé en lo que significaría dejarlo con Alberto. Diez años antes, no me hubiese preocupado lo más mínimo: terminar una relación

era lo más normal del mundo. Ahora, en cambio, implicaría una reestructuración social.

Estudí a Alberto con disimulo durante toda la noche, intentando localizar los indicios de la personalidad psicopática que le había estado dibujando con Natalia, pero no vi nada extraño. Ni siquiera cuando echaba un vistazo a su móvil, contestaba mensajes y llamadas se le notaba un punto de nerviosismo o clandestinidad. Parecía que de verdad no tuviese nada que ocultar. De vez en cuando me encontraba con su mirada, que me buscaba para regalarme una enorme sonrisa de complicidad afectuosa, y en un par de ocasiones incluso se acercó, cariñoso, a ejercer de enamorado.

—Te lo has currado un montón —me dijo en una de sus aproximaciones. Le brillaban los ojos, fijos en mí, y me rodeaba con el brazo—. Te quiero, ¿sabes?

—No ha sido nada —contesté. Le sonreí forzada, sintiendo el peso incómodo y súbitamente antinatural de su mano—. No se cumplen treinta y cinco todos los días, ¿no?

Quiso besarme y le dejé, pero su aliento a alcohol le hacía menos apetecible aún. Después de haber estado evitándola todo el día, no venía a cuento provocar una escena ahora, así que camuflé mi rechazo con timidez y abrevié el beso. Él siguió adherido un rato, transmitiéndome una ternura orgullosa como de intimidad consumada. Y yo, en ese momento, no pude esquivar la duda. ¿Es que no le costaba nada disimular lo que había hecho,

hacía o había dejado de hacer? ¿Nos había engañado a todos con su camaradería y servilismo amoroso, o solo a mí? Y entonces, a la terrible humillación que acompañaba esos pensamientos se le enredó una satisfacción extraña, un punto morboso. La de saber y que él no supiera que yo sabía. Un triunfo miserable, cierto, aunque bastante placentero. Quizás, pensé, la fiesta no era el mejor escenario para pillarle en un renuncio y, pensándolo bien, no tenía ninguna prisa por zanjar el asunto. Mucho menos si aquello implicaba reconocer mi estupidez antes de tiempo. Era una oportunidad que pedía a gritos ser aprovechada y, al fin y al cabo, yo no perdía nada por fingir unos días más, ¿no?

—Voy a por una copa. —Me levanté, escabulléndome de su abrazo—. ¿Quieres una?

—Claro —contestó.

—Te la traigo.

Y mientras me alejaba hacia la mesa de las bebidas, supe que había tomado una decisión.

Don Ignacio, mi jefe, es un señor de mediana edad, barrigudo y calvo como un monje, que en algún momento intentó convertirse en nuevo rico pero no lo consiguió. Viste siempre traje negro, de esos malos que brillan, y camisa blanca, en un empeño, supongo, por parecer caballero elegante y sencillo a la vez. Si no fuese por esa gama amplia de corbatas monocromas que alterna con riguroso orden —lunes roja, martes verde, miércoles azul, jueves amarilla y viernes rosa—, parecería un carnicero de pueblo en un entierro. Para colmo, suele intentar hacerse el eminente, hablando con

pomposidad y amenazando constantemente, sin darse cuenta de que solo consigue surtirnos a los demás con carnaza para chistes. Es un jefe horrible, aunque bastante bobo, así que en la humilde gestoría que regenta, nos limitamos a seguirle el juego para que se crea que le respetamos un montón y nos deje trabajar tranquilos. Sobre todo eso, que nos deje tranquilos.

Apenas acababa de colgar mi abrigo y arrancar mi ordenador cuando, a las nueve en punto de aquel primer lunes después de la fiesta, me llamó a su despacho.

—Elena, haga el favor de tomar asiento —ordenó circunspecto nada más cerrar la puerta.

Su mal genio era evidente, pero no le di mayor importancia. Ya estamos acostumbrados a que, si

ha pasado el fin de semana con sus hijos —según Pilar, unos adolescentes pasotas y ariscos que le despluman en cada visita—, arranque la semana con un humor de perros. Me dejaría abroncar un ratito, como siempre, y enseguida podría volver a mi mesa.

—Dígame, don Ignacio. —Me senté en la silla frente a su escritorio. Él también se sentó, con muchísima parsimonia, y se sacó los puños de la camisa antes de hablar. Todos esos gestos exagerados y la mirada huidiza me hicieron pensar en un jefe de Estado al que todos le toman el pelo.

—Estoy muy disgustado con los últimos hechos acaecidos en esta empresa —empezó.

Me miraba de refilón. Yo no tenía ni idea de a qué se estaba refiriendo, pero asentí compungida.

—Me consta —continuó—, porque lo veo a

menudo, que la juventud de hoy no tiene educación ni principios de ninguna clase, ni respeta nada ya. No obstante, como habrá usted tenido a bien comprobar durante el tiempo que lleva aquí, yo sí procuro ser justo y razonable. Tanto, que en estos tiempos que corren me he llegado incluso a quitar de mis propios honorarios para poder pagarles a ustedes sus sueldos íntegros y no tener que prescindir de ninguno. ¿Me entiende?

—Sí... —titubeé—. Bueno, no, don Ignacio, la verdad es que no del todo. ¿Qué ocurre? ¿Va mal la empresa?

Había sonado tan fatalista, tan derrotado, que me vi despedida en ese momento, recogiendo mis cosas y marchándome de allí cabizbaja, abrazada a una caja de cartón como en las películas. Sin embargo, más que pánico, me sorprendí sintiendo

un alivio infinito; y es que, de pronto, las consecuencias de un despido se me antojaron liberadoras y de un oportuno casi milagroso. No podría pagar el piso que compartía con Alberto y no iba a querer, bajo ningún concepto, ser una mantenida, así que tendría que volver a casa de mi padre... ¡Yuju! Después del fin de semana que había pasado justificando mi poca disposición romántica y mi mal talante con una resaca que no tenía, y esquivando el acoso telefónico de Natalia, que vivía pendiente del estallido del drama, lo que más deseaba en el mundo era salir de ese piso y no volver jamás. «Sí, por favor —supliqué para mis adentros—, que sea un despido.»

Seguía perdida en mi ensoñación infantil —y bastante cobarde, todo sea dicho— cuando don

Ignacio llegó al meollo de la cuestión que tanto le contrariaba.

—... el consumo de clips, post-its y demás material de oficina es a todas luces excesivo, Elena —dijo—. No entiendo qué hacen con ellos, si no es malgastarlos. Y esto no es una oenegé. Es una empresa y todos tenemos que contribuir a que funcione. ¿Me entiende ahora?

No le entendí, claro que no. Vale que es el jefe y que tenía un mal día, pero tampoco era plan de consentírsele todo. Mucho menos lo chafada que me había dejado. Con la ilusión que me había hecho el despido, ¿resulta que toda esta trifulca era por unos clips de mierda? ¿Estaba de broma?

Sentí cómo una cólera irracional y desmesurada se apoderaba de mí y respiré hondo, dispuesta a espetarle mi indignación absoluta, pero mi jefe se

había levantado y miraba por la ventana, verborreando sin descanso. Solo parecía tener ganas de escucharse a sí mismo y, por más que lo intentaba, mis amagos por interrumpirle no servían de nada. Dejé de esforzarme y, llena de frustración, me hundí en la silla. Y entonces pasó algo. No sé muy bien qué, si es que se me soltó un tornillo o se abrió una válvula inoportuna, porque lo que sucedió fue que, de repente, empecé a llorar y ya no pude parar.

Sí, a llorar. A moco tendido, además, con lagrimones gordos de esos de niño triste, sin inmutarme por nada más. Ni siquiera reaccioné cuando don Ignacio se quedó petrificado en medio de su soflama, las palmas de las manos hacia arriba y los ojos desorbitados de pánico. Porque don Ignacio regaña mucho, pero a la hora de la

verdad se achanta como un perrillo y es incapaz de solventar conflictos sociales de nivel básico, como por ejemplo consolar a alguien que se derrumba delante de él. Espantado, se acercó veloz e intentó tranquilizarme, asegurándome que no iba a cesar a nadie por unos clips, que no debía preocuparme si había sustraído alguno para uso personal. Solo quería advertirnos, repetía, y yo le parecía la persona adecuada, por razonable, para entender el trasfondo de la cuestión.

—Elena, se lo ruego, cálmese —suplicaba. Se retorció las manos nervioso—. No era mi intención disgustarla.

Pero yo, ya lo he dicho, no podía parar. Y mi jefe fue perdiendo la compostura poco a poco. Hizo hasta ademán de tocarme un hombro —sentí el movimiento y el calor acercándose—, aunque en

el último momento no debió de poder, o de atreverse, y salió a buscar ayuda.

Medio minuto después, regresó a la zaga de una apresuradísima Pilar que, ella sí, nada más verme se abalanzó sobre mí y empezó a susurrarme mientras me acariciaba la espalda:

Tranquila, Elena, shhhh, ya pasó.

—¿Le... le traigo un vaso de agua?

—¿De qué agua, don Ignacio? ¿Del grifo? No, no, esta niña necesita aire fresco y despejarse. ¿Verdad que sí, Elenita? —Me abrazó con ternura y se volvió hacia el jefe—. Venga, póngase la chaqueta, que fuera hace un frío que pela.

—¿Yo? —preguntó don Ignacio, estupefacto. Parecía al borde del infarto.

Alta y delgada, Pilar es el tipo de secretaria ideal para hombres como don Ignacio. Hace

tiempo que cumplió los cincuenta y, tanto por su forma de actuar como por su manera de vestir, uno no puede evitar la sensación de encontrarse frente a la fusión perfecta entre la novia de Popeye y la señorita Rottenmeier. Vive por y para regañarnos constantemente a todos con severidad cariñosa, cual madre postiza, y no se corta dándole órdenes al jefe, que finge no soportarla, pero que en realidad no sabría qué hacer sin ella. Debió de hacerle entonces un gesto de esos suyos que todos entienden aunque nadie sabe interpretar del todo, dejándole claro que sí, que él, y sin rechistar.

—Bien, mi chaqueta, sí —claudicó—. ¿Le cojo el bolso?

Ver que ella aceptaba la inclusión en su propio plan descabellado seguro que le tranquilizó mucho. No obstante, quedarse a solas con las dos

tampoco debió de parecerle la panacea, porque cuando llegué al ascensor arrastrada por el abrazo de la eficiente secretaria, un sofocadísimo don Ignacio le daba conversación precipitada a Ole, que miraba la escena receloso y bastante contrariado.

—¿Usted también viene, Ole? —se extrañó Pilar.

Ole encogió los hombros señalando al jefe, en un ademán que significaba secuestro. Y ese mismo gesto debió de repetirle a Pati, que parloteaba por teléfono en la puerta del edificio cuando cruzamos el portal, porque sin soltar el aparato ni ocultar su perplejidad, se puso a seguirnos a dondequiera que fuésemos los cuatro.

No me fijé en si alguien propuso meterse en el bar de la esquina o si hacerlo fue un acto

mecánico. Pati había colgado y, según nos íbamos sentando, recopilaba pedidos con desparpajo. Solo enmudeció un segundo, valorativa, cuando le tocó preguntarme a mí para acabar decidiendo que era mejor no consultarme. Me pidió un café con leche. Yo había dejado de llorar, aunque todavía se me escapó una lágrima rebelde y tenía los ojos enrojecidos. No pude evitar fijarme en que era la primera vez, desde que trabajaba allí, que se daba esa constelación completa fuera de la oficina. A pesar de compartir objetivos y habitáculo durante cuarenta horas semanales, don Ignacio, Pilar, Ole, Pati y yo, formamos un extraño grupo de caracteres incompatibles, autoexcluyentes casi siempre, cuyas relaciones nunca habían ido más allá de una cordialidad forzada. Que la mitad no se soporta entre sí, vamos. Así que, si la situación ya me

estaba pareciendo insólita de por sí, cuando apareció Sven por poco me caigo de culo.

Nos dio los buenos días a todos, fresco como una lechuga.

—Oh, Pilar ha llamado a mí, don *Gansio*, para avisar de... ¿problema? —contestó alegre a la pregunta del jefe.

Colocó una silla al lado de Ole, quien se molestó por tener que dejarle sitio al nórdico, y se quedó tan ancho, con esa sonrisa de buen rollo etéreo, esperando, supongo, algún desmayo por parte del sector femenino. Me pareció tan obvio, que casi me reí. Será que, con esos aires de diseñadores gráficos bohemios y sus camisetas de rayas —y un empujoncito de los catálogos de IKEA—, los escandinavos transmiten algún tipo de ondas paternas, unas que sugieren que será un

padrazo, que hará galletas los domingos y paseará encantado a sus rubísimos niños en bici por Estocolmo, porque es que se las llevan a todas de calle. Y así están, claro, que se les sube a la cabeza. Pero en esta ocasión a Sven no le contestó nadie y, para variar, él mantuvo un silencio prudente. Pidió un zumo de naranja natural. Y un sobrecito de azúcar moreno. Los demás se miraban en silencio. Ninguno quería preguntar la razón de que estuviéramos allí, ni mucho menos indagar en el motivo de mi cara, todavía enrojecida.

Cuando por fin trajeron los desayunos, todos se concentraron un montón en remover sus cafés y el ambiente se relajó un poco. Pero estaba claro que la situación era insostenible y alguien tenía que romper el hielo. Ese alguien era yo, obviamente, y a ser posible con una explicación a la altura de las

circunstancias. Así que cogí aire y me aclaré la VOZ.

—Alberto me ha puesto los cuernos —anuncié.

Vale, reconozco que no fue demasiado brillante por mi parte; en cuanto escuché cómo soltaban las cucharas, cling, clang, clong, me di cuenta del absurdo. ¿Qué clase de explicación era esa? ¿A ellos qué más les daba que me hubiesen puesto los cuernos, si ni la mitad sabía que tenía novio y vivía con él? A pesar de todo me sentó bien soltarlo a bocajarro. Fue como escuchárselo decir a otra persona, sin carga emocional, solo el hecho en sí, al desnudo en toda su importancia.

Alberto me ha puesto los cuernos. Alberto me

ha puesto los cuernos. Alberto. Me. Ha. Puesto.
Los. Cuernos.

Nada más comprender lo que acababa de decir, don Ignacio se desinfló, claramente aliviado por saberse inocente, y Pati preguntó por la identidad de ese tal Alberto. «Joder, Pati —le espetó Ole—, a veces pareces idiota.» Después, sin embargo, retornaron todos a su silencioso desconcierto. En ese momento me sentí ridícula. Vale que desde el sábado me costaba reconocer mi propia vida, y que mi mundo, en el que tan segura trajinaba desde hacía años, se había vuelto inhóspito. Mi propia casa, de hecho, me resultaba el más hostil de los territorios. Me pasaba el día en alerta máxima, debatiéndome entre las ganas que tenía de joderle mucho y ya, y el miedo a ser descubierta antes de tiempo. Así, tan pronto le deslizaba un sarcasmo

cargado de crueldad, como me arrepentía por mi imprudencia y, acojonada, me entraban las prisas por convertirme en la novia más amable del planeta. Todo tan exagerado y artificioso que a día de hoy todavía me sorprende que Alberto no me formulase la pregunta que más temía y, en el fondo, más deseaba: «¿Te pasa algo?». Pero todo esto, que a mí me había estado haciendo sufrir como si se acercase el apocalipsis, en ese bar y frente a esos semidesconocidos, se me antojó de una simpleza insultante. Me había puesto los cuernos, sí, pero Alberto no era mi marido, ni teníamos hijos, ni nos habíamos comprado una casa a medias. ¡Ni siquiera un sofá! Quiero decir que, dentro de lo que cabe, la tragedia era menor y, en teoría, tenía fácil solución. ¿Qué coño hacía yo entonces llorando delante de toda la oficina?

—Mándale a la mierda, tía, no merece la pena.
—Pati rompió el silencio, tajante, como si hubiese seguido el hilo de mis pensamientos—. Eso sí, antes te tiras tú a otro. Y mejor si es amigo suyo. Porque no habrá sido con una amiga tuya, ¿no?

Pati es así. Me refiero a que no se lo hace ni es una pose, aunque pueda parecerlo cuando la acabas de conocer. Nunca le faltan soluciones y todas son siempre simplistas, lugares comunes viciados por las generalizaciones. Sobadísimos conceptos universales. Confianza, respeto, amor, venganza, infidelidad, nada nuevo, todos los tenemos clarísimos en nuestro apogeo adolescente y vamos renegando de ellos a medida que les ponemos nombre y apellido; más todavía si son los nuestros. Pero eso no podía explicárselo a Pati en ese momento. Ni a don Ignacio, que vislumbró a su

peor enemigo, el sentimentalismo, y decidió quitarle importancia al asunto con otro clásico, aquel de que todavía éramos jóvenes y ya se sabe. Ni a Sven, que siguió en su línea de conquistador inaccesible pero lleno de ternura y afirmó que Alberto era un «verde» —inmaduro, le corrigió Pati— y no me *merrresía*. Ni tampoco a Ole y a Pilar, que callaban cautelosos. Carraspeé.

—No conozco a la otra. —Mi voz iba recuperando firmeza.

—Ah... —Se sorprendió—. Y entonces, ¿cómo te has enterado?

Dudé unos segundos. Aceptar ese camino significaba empezar desde el principio. Tendría que contextualizar la situación y resumir mi relación para poder trillar lo importante, y no estaba segura de encontrarme con fuerzas para

ello. Quizá dentro de dos o tres años podría contar, incluso riendo, que tuve un novio que me fue infiel y al que pillé por unos mensajes, pero en ese momento me faltaba perspectiva. Y confianza, sobre todo. Con Pilar me llevaba bien y Ole solía ser mi acompañante en los cafés o las horas de la comida. Él sí sabía que tenía novio y, probablemente, si ese día no me hubiese derrumbado en el despacho de don Ignacio, se lo habría acabado contando, sin tantos aspavientos, en algún descanso compartido. Pero con Pati apenas tenía relación fuera de la oficina y, siendo sincera, tampoco la había buscado. No me caía bien.

—Que cómo te has enterado —insistió. A pesar del codazo que le propinó Ole, Pati no cejaba en su empeño por averiguar los detalles escabrosos

— ¿Ha confesado? ¿Les has pillado in fraganti?
¿Te lo ha dicho alguien?

—Encontré unos mensajes —dije al fin.

Y ya no hubo vuelta atrás. «Alberto y yo llevamos juntos como cinco años —expliqué—, y hace uno que nos fuimos a vivir juntos. No, nunca hemos tenido una relación abierta. No, no tenemos planes de casarnos o tener hijos. A largo plazo tampoco. No, nunca le he puesto los cuernos, ni —mentí— se me ha pasado por la cabeza hacerlo. ¿Que si le quiero? Eh... supongo que sí, no sé, ahora estoy un poco confusa con todo esto. Solo eran dos mensajes, sí. No, la verdad es que no me fijé en si tengo “amigos comunes” con el zorrón ese, aunque estoy segura de que no la conozco. Ni idea de si es guapa, en la foto de perfil no se la veía mucho y no había colgado más.»

Me dejé guiar por su retahíla de preguntas, con la esperanza de que surgiese otro tema y acabar pronto con el mío. Fue inútil. En cuanto se enteraron de que se trataba de mensajes antiguos, de antes incluso de irnos a vivir juntos, surgió el debate general. Pati siguió empeñada en la necesidad de una venganza cruenta que me permitiese recuperar, por lo menos, un mínimo de dignidad. Si ya se daba por perdida cuando un tío se la jugaba a una, sentenció, no enterarse enseguida equivalía a tenerla machacada. Y a saber si la de los mensajitos era la única. Sven y Ole, por su parte, valoraban con neutralidad las posibles circunstancias atenuantes del asunto, ahora que disponían de información nueva y, desde su punto de vista, crucial para la correcta evaluación del caso —«¿Y si fue solo un error? ¿Y

si está arrepentido?»—, y don Ignacio consultaba la hora con cara de fastidio.

La única que pareció entender la inutilidad de tanta especulación fue Pilar, que, haciendo gala de sus dotes para la síntesis curtida en todos sus años al servicio de nuestro jefe, me preguntó con dulzura y deferencia cuál había sido la explicación de Alberto sobre su, sin duda, reprochable conducta.

—Ninguna —contesté—. Todavía no le he dicho que lo sé.

No debió de ser la respuesta que esperaban, porque enmudecieron a la par y volví a ser el centro de atención. Por primera vez en su vida esa agrupación disparatada de personas se puso de acuerdo. A mi costa. De nada servía seguir hablando, dijeron, ni conjeturando, ni insultando,

ni disculpando, ni nada de nada hasta que hablase con él. Y a mí, claro, no me quedó más remedio que darles la razón. Por lo menos me invitaron al café.

La vuelta a la oficina fue mucho más distendida, aunque tampoco podría calificarse de animada. Me dio tiempo a disculparme con don Ignacio por la escena antes de que huyese aterrorizado buscando la compañía de Pilar, y Sven se pasó todo el camino palmeándome la espalda y dándome ánimos. «Todavía posible de buena *explicación*», me decía. Pati retomó su conversación telefónica y Ole caminó apartado y en silencio, como siempre.

Al salir del ascensor, Pilar fue la única que me preguntó si me encontraba mejor. Le dije que sí. Y la verdad es que no mentí.

9

Los martes por la tarde voy al gimnasio. Bueno, decir que voy es exagerar un poco. Hace unos meses, Silvia, Paloma, María y yo nos apuntamos entusiasmadas, convencidas de que si íbamos juntas seríamos constantes. Ja. Los martes por la tarde, lo que hacemos en realidad es arrastrar nuestros culos sin tonificar hasta la cafetería que está enfrente del gimnasio para tomarnos una coca cola antes de la clase de zumba, y ahí nos quedamos. Al principio nos sentíamos culpables y alguna hizo incluso ademán de levantarse para entrar, pero desde hacía semanas reinaba una

especie de consenso tácito y ninguna había vuelto a mencionar el tema. Ahora que teníamos cada vez menos tiempo y solo conseguíamos compaginar agendas los sábados por la noche, y con maridos, lo habíamos convertido en nuestro momento sagrado de regresión adolescente y chismorreos.

Ese martes en particular, el tema introductorio fue la fiesta, por supuesto. Lo bien que lo pasamos, la ilusión que le había hecho a Alberto y lo mayores que nos vamos haciendo. Treinta y cinco años ya, increíble.

—Bueno, Elenita, entonces... ¿Qué pasa con vosotros? ¿Tenemos boda a la vista? —Paloma estaba emocionada—. No por nada, eh, que ya sé que siempre dices que no quieres. Pero una fiesta sorpresa no es propio de ti. Tanta entrega y tanto detalle que no sé, me da la sensación de que

podrías estar ablandándote... —Sonrió con malicia—. ¿Me equivoco?

Había contestado a todas las preguntas con desenvoltura, más o menos, al acecho de ese punto en la conversación en el que tendría que tomar una decisión y enfilar uno de los dos caminos posibles: revelarles mi descubrimiento o mentir. Y Paloma me lo acababa de poner en bandeja. Dudé unos segundos antes de contestar. Habiendo experimentado la burbuja de intimidad con Alberto, sabía de sobra que las parejas quedan excluidas de la famosa cláusula «no se lo digas a nadie», y temía que mis amigas, como tantas veces había hecho yo misma, les confiasen a las suyas la información que atesoraba con ahínco. Me daba pavor que se descontrolase y le llegase al

susodicho antes de haber decidido qué quería hacer con ella.

—Pues no sé si te equivocas, Paloma, pero lamento decirte que ya no tiene importancia. —Al final, los años de uniforme compartido inclinaron la balanza. Me esforcé por ser sarcástica—. Resulta que llevo unos cuernos que no quepo por las puertas.

Paf, bombazo. Las tres se quedaron paralizadas, con la patata frita a medio camino una y el vaso a punto de rozar los labios las demás.

Estallaron al unísono: «¿Cómo?» «¿Cuándo?» «¡Qué dices!» «¿Con quién?» Conseguí desgranar la información de que disponía a trompicones, pues me interrumpían constantemente al borde de la histeria y la cólera no disimulada y, cuando confesé no haber hablado con él todavía, se

escandalizaron aún más. Aunque la verdad, después de las reacciones que suscitó esto mismo en la oficina, no me esperaba otra cosa. En cualquier caso, fui sincera con ellas y admití que había sido un palo, que no me lo esperaba para nada y que esa era la razón por la que, por ahora, no tenía intención o fuerzas para enfrentarme a él.

—Hay momentos en los que le echaría a patadas y otros, la mayoría, en los que me da mucha vergüenza que la relación se acabe por eso —expliqué. Se habían tranquilizado algo y me escuchaban, muy atentas—. Sería como reconocer que soy idiota. Dejarle porque me ha hecho daño es muchísimo más humillante que dejarle por imbécil, y quiero llegar a ese punto, al del imbécil, para no quedarme llorando sola en casa, gritándole a la pared. ¿Entendéis?

María dijo que no, que no lo entendía. Que le parecía bastante más estúpido seguir con él como si nada.

—No te equivoques —protestó—, saberlo sin que lo sepa no te da ninguna ventaja sobre él, por mucho que hayas vivido engañada un año. Es un hijo de puta y, cuanto antes te libres de él, mejor para ti.

Silvia la apoyó, aunque matizó que ella entendía lo que pretendía hacer. Lo que no veía tan claro era si eso me iba a beneficiar o a perjudicar más.

—Si lo que buscas son pruebas a posteriori de que es un miserable, no te hace falta seguir con él para encontrarlas —hablaba serena, con esa voz delicada y esa corrección extrema que domina desde el colegio—. Puede justificar lo que ha hecho, darte todo tipo de explicaciones, pero ha

perdido el control sobre la imagen que tienes de él. Al fin y al cabo, si ocurrió hace tanto tiempo, lo que vas a reinterpretar son recuerdos, y lo que haga a partir de ahora ya no te afecta en absoluto.

«Tiene razón —pensé—, mi plan es absurdo e infantil.» Buscaba excusas para no enfrentarme a la situación y seguir manteniéndola en una dimensión paralela, en un submundo fantástico que, en realidad, no me aportaba nada más que confusión y malestar. No había descubierto nada nuevo desde el sábado pero, para ser sincera, tampoco me había esforzado mucho. Más bien nada. Me limitaba a impedir que me descubriese él a mí, como si fuese yo la que tuviese algo que ocultar. Ridículo, ¿no? Pero entonces ¿por qué lo hacía? ¿Qué era lo que, de verdad, me impedía desencadenar el estallido?

Paloma callaba, abstraída. Demasiado ensimismada para estar cavilando sobre mi drama, debimos de pensar el resto, porque nos quedamos mirándola indiscretas, reclamando una reacción. Se sobresaltó cuando advirtió nuestra atención.

—Quizás... —Carraspeó. Se removía en su asiento, incómoda—. Bueno, creo que... que estáis exagerando. Fue hace mucho tiempo, Elena, y Alberto es buen tío. Te quiere, de eso no hay duda, y... bueno, todos metemos la pata alguna vez, ¿no?

—No, Paloma, no todos metemos la pata alguna vez —protestó María airada, imitando con desdén el tono ingenuo de Paloma—. Por lo menos no todas las patas. Yo, por ejemplo, no le he puesto los cuernos a nadie en mi vida.

En general, procuramos no tenerle en cuenta a María la agresividad con la que aborda ciertos

temas, pero Paloma es más sensible y suele ofenderse. Roja de furia le contestó que, primero, aquello no era verdad, que muchas veces había empezado una nueva relación antes de terminar la que tenía y, segundo, que Martín también tuvo un desliz y no fue más que eso.

—Si no le llego a perdonar —concluyó iracunda—, ya me dirás tú. ¡Y mira lo bien que estamos ahora!

Se le había escurrido de la boca. Me refiero al desliz de Martín, porque los fuegos cruzados entre Paloma y María son bastante frecuentes y no era la primera vez que se intercambiaban lindezas de ese tipo por tonterías. Cuando se ponen así, me da por pensar que, si no nos conociésemos de toda la

vida, lo más probable es que no fuésemos amigas; pero la convivencia en grupo es lo que tiene, para bien: que aprendes a tolerar a gente —y a quererla, sobre todo— que en otras circunstancias habrías rehuido.

Por eso mismo, supongo, a María se le resbaló la ofensa de la cara y el resto no tuvimos que intervenir para calmar los ánimos. Nos habíamos quedado de piedra. Paloma también, claro, visiblemente arrepentida por su descuido, aunque ya no podía echarse atrás y no le quedó más remedio que confesarnos su secreto. A regañadientes nos contó que Martín se había acostado con su exnovia unos meses antes de casarse con ella. Como yo, tampoco se enteró enseguida, sino después de la boda, en una de esas noches terapéuticas de porros y verborrea eufórica

en la que les dio por ponerse a recordar, entre risas y ternura, los inicios de su tortuoso romance.

—Me estaba metiendo con ella —explicó—. Ya sabéis lo putón que es y cómo tonteaba con él cuando nos la encontrábamos por ahí, por mucho que yo estuviese delante. Martín me decía siempre que pasaba de ella, que no tenía que preocuparme, pero yo me ponía enferma cada vez que la veía. Hasta que se marchó a Londres a vivir no me quedé tranquila. El caso es que esa noche, no sé por qué, volvió a salir el tema y empecé a regodearme en lo que había engordado, lo fea que estaba y la jeta que se le debió de quedar al enterarse de que nos habíamos casado. Martín estaba tan relajado que no se dio ni cuenta. De pronto me dijo algo así como: «Ya ves, se quedó flipada. La tía pensaba que iba a volver con ella y

cuando le dije que me casaba se rebotó que no veas. ¡Hasta me echó de su casa!»... Tardé un minuto en comprender lo que me estaba diciendo.

»El resto os lo podéis imaginar. Monté un pollo de tres pares de narices y no paré hasta saber todos los detalles. Acabamos llorando los dos.

»Estaba súper arrepentido —añadió, en tono de disculpa—. Nada más hacerlo, se dio cuenta de lo imbécil que había sido. Había estado a punto de contármelo un montón de veces, pero le daba miedo estropear nuestra relación. Y yo le creo.

Nos quedamos calladas, asimilando la información. Martín era un gilipollas. Yo, desde luego, no le creía.

—Pero, Paloma... ¿por qué no nos dijiste nada?
—Silvia formuló la pregunta que todas nos hacíamos. Habían pasado dos años desde la boda

y, en todo este tiempo, no le habían faltado oportunidades para desahogarse con nosotras. Se supone que nos lo contábamos todo.

—Pues no sé, Silvia —respondió hastiada—, no era plan de ir proclamándolo a los cuatro vientos. Bastante mal lo estaba pasando ya. Imagínate, te acabas de casar, eres súper feliz y de pronto te enteras de eso. Me desilusioné con todo, así, en un momento, y no tenía ganas de hablar de ello. En casa fue el monotema durante semanas, ¿sabes? Luego la cosa se calmó y, cuando volvimos a hablarlo, lo dimos por superado. Ya no tenía sentido desahogarme con nadie, mucho menos con vosotras. Si os lo llevo a contar entonces, le odiaríais.

Creo que la única que comprendió que la vergüenza podía hacerte callar algo así fui yo. Al

contrario que María, que rumiaba pestes contra Martín, Silvia fue más cortés, aunque también más dura. Le parecía que a toro pasado era injusto y muy egoísta. Y muy cobarde, sobre todo.

—Hacer méritos a escondidas durante meses o años y, como dices tú que pretendía, confesar después el daño hecho es... es casi maquiavélico —argumentó—. Así, lo que se consigue es invertir los papeles: el verdugo arrepentido le muestra a la víctima su larguísima penitencia, de manera que, si esta no le perdona, se convierte en una desagradecida rencorosa.

Silvia era increíble, pensé.

—Ya, sí, si tienes razón. —Paloma retorció una servilleta con la vista clavada en la mesa. Estaba abochornada—. La verdad es que hubiese

preferido no saberlo. Por lo menos me habría ahorrado el disgusto.

Nos miró resignada, esbozando una sonrisa que no sentía. Debió de darles tanta pena, que ni Silvia ni María quisieron hostigarla más. Desganadas, fuimos cambiando de tema despacio, aunque el ambiente se mantuvo pesado. Una hora después, nos despedimos hasta el sábado con un regusto amargo y quedamos en llamarnos si surgían novedades.

Camino de casa, en el autobús, estuve dándole vueltas al relato de Paloma. A pesar de las elucubraciones de Silvia y de lo dura que había sido con la confesión tardía de Martín, la idea de un Alberto torpe y arrepentido empezó a

perfilárame más realista que la del Alberto malvado y manipulador de los últimos días. Casaba mejor con su personalidad y, además, esa versión tenía una ventaja enorme. Y es que no me dejaba a mí en tan mal lugar como la anterior. Empecé a sentirme poderosa, de nuevo, y me tentó la posibilidad de ser cruel.

El jueves se me echó encima y todavía no había mantenido ninguna conversación con Alberto. A ver, había mantenido varias, claro está, es imposible no hablar con alguien si vives con él, y menos si no quieres que se dé cuenta de que te pasa algo y te pregunte. Pero ni aun teniendo a huevo la historia de Martín para intentar provocar una confesión, me atreví a sacar el tema de las infidelidades.

Natalia —que la noche anterior, cenando en casa de mi padre, amenazó incluso con decírselo ella—, Paloma, Silvia y María me whatsapppeaban

a todas horas, presionándome. «¿Has hablado con él? ¿Y ahora? ¿Y ahora? ¿Y ahora?» Insoportable. Sin embargo, y a pesar de que el caso de Paloma me ofrecía una perspectiva nueva y más amable, tanto el nudo en el estómago como las taquicardias que me daban cada vez que descubría a Alberto observándome extrañado, olfateando un percal desagradable, me parecían síntomas claros de no estar preparada en absoluto. Para lo que fuese que me tenía que preparar, que aún no lo tenía muy claro.

En la oficina el ambiente era todo lo contrario. Nadie me preguntaba nada. Solo Ole, con el que se supone que tenía un poco de confianza, se atrevió a indagar más allá con un «qué tal estás» sentido —«bueno, ahí sigo», le contesté— y a decirme que si necesitaba desahogarme, ya sabía. El resto, en

general, estaba más atento de lo normal y me hablaban con cuidado, como si tuvieran miedo de que me fuese a romper en cualquier momento. Don Ignacio era el único que no me dirigía la palabra, aunque me sonreía todo el tiempo, entre acojonado y compasivo. Pero si bien eso era menos penetrante que el acoso de mis amigas, tampoco es que fuera demasiado agradable y me estaba empezando a desesperar igual. Odio ser el centro de atención. Menos mal que ese día, de nuevo, la casualidad se empeñó en no dejarnos atascados ahí.

A las dos en punto, como casi todos los jueves, Sven hizo acto de presencia en la oficina. Venía a entregar unos *sketchs*, dijo, y tras hostigarnos un poco a todos con su frescura modernista, se acercó a mi mesa a consolarme en voz baja,

aparentemente súper preocupado por mi estado anímico. Porque conozco esa obsesión nórdica por la armonía comunitaria y los protocolos sociales —que se reducen a que si alguien te ha comentado algo de su vida, la próxima vez que te lo encuentres estás obligado a preguntar por ello, así sea su ascenso o sus hemorroides—, que si no pensaría que le gusto a Sven. O que es un cotilla. En cualquier caso, como me cuesta ser borde, fingí tomar buena nota de sus recomendaciones coehlianas con una enorme sonrisa, pero el mal disimulado azoramiento de Pati empezó a ponerme nerviosa. A sus veintisiete años, y aunque se esfuerza con tesón por parecer una castigadora nata, se le nota bastante que sigue anclada en una especie de superpoperismo cutre y es de esas que siempre acaban prendándose de tíos como Sven y

sufriendo muchísimo. «Por su bien —pensé—, espero que pronto entienda que es inútil, además de frustrante, enamorarse de la pegatina de tu carpeta, por más que esta se te aparezca en carne y hueso dos días por semana en tu lugar de trabajo.»

—¿Nos vamos, Elena? —Pilar me reclamó desde la puerta, abrochándose la chaqueta y salvándome el pellejo sin saberlo.

—Enseguida estoy —contesté levantándome veloz.

—¿Te apetece La Tasca Suprema o prefieres el japonés ese nuevo que han abierto? —preguntó.

Un día cualquiera, que yo me fuese a comer con Pilar no habría suscitado reacciones de ningún tipo. De hecho, me consta que, menos don Ignacio, los demás solían esperar a que la señorita Rottenmeier, como la llamaban con recochineo,

saliese primero para evitar tener que compartir mesa o café con ella. «No me apetece comer con una pseudomadre repipi», se quejaba Ole cuando intentaba convencerle. Pero ese día, o esa semana, debían de estar alineándose los planetas, porque de repente Sven se unió con espontánea alegría a nuestra incursión culinaria, si no nos importaba, claro, y acto seguido el resto empezó a caer. La falsa esnob decidió que ya no estaba a dieta —«yo prefiero el japonés, que me han dicho que está fenómeno»— y el *nerd*, que por un día haría el esfuerzo de iluminarnos con su sabiduría nipona («solo si sabes lo que hay que pedir», puntualizó).

En apenas un minuto, se estableció una especie de euforia amigable que hasta parecía natural. Ni siquiera se enturbió con la presencia de don Ignacio, reclutado por Pilar en su despacho

mientras nos poníamos los abrigos. Aunque al principio remoloneó un poco, haciéndose de rogar, no tardó en ceder advirtiéndonos de que ni él ni la empresa eran el Banco de España y que no pensaba invitarnos.

—Ande, no sea bobo, don Ignacio —se recochineó Pilar—. Si no nos invita ni a un mísero café en Navidad, ¿por qué iba a hacerlo hoy?

Pero nada más sentarnos a la mesa, se diluyó la falsa intimidad. Normal, pensé, si siempre nos habíamos relacionado por separado, en grupos reducidos —Pilar y don Ignacio, Pilar y yo, Ole y yo, y paro de contar— y esta era la primera (¿la segunda?) vez, en los tres años que llevaba trabajando allí, que nos reuníamos todos juntos fuera de la oficina por voluntad propia. Teníamos la fragmentación demasiado interiorizada, y

prueba de ello fue el silencio incómodo que se extendió y las caras de arrepentimiento que intentamos camuflar tras las sonrisas mientras buscábamos, a toda prisa, un tema de conversación colectivo e inocuo. Por suerte habíamos ignorado las protestas del jefe, que no había parado de repetirnos durante todo el camino que eso eran tonterías de modernos aburridos y que donde hubiese un buen cocido que se quitase todo lo demás, y acabamos en el japonés. En cuanto trajeron la carta tuvimos material de sobra con el que entretenernos un buen rato. «¿Qué es esto?» «¿Pica?» «¿Tendrán tenedores?» Y funcionó. En serio. La comida estaba resultando agradable y distendida, incluso para don Ignacio, que parecía ir perdiéndoles el asco a las algas, hasta que Pati la pifió.

—Bueno, y lo tuyo ¿cómo va? —me preguntó a bocajarro, bañando un maki en soja—. ¿Has mandado a la mierda ya al cabrón ese de Alfonso?

Como si alguien hubiese apretado un botón, dimos un respingo todos a la vez.

—Alberto —carraspeé—. Se llama Alberto.

—Alberto, Alfonso... Qué más da —lo dijo divertida, hermanándose conmigo a través de su desprecio—. Si total, para lo que te afecta ya, ¿no?

Me miraron todos, entre curiosos e incómodos.

—Todavía no he hablado con él. —Intenté sonar firme. Quería zanjar el tema y volver a la conversación agradable de antes, pero la mueca de espanto de Pati me empujó a añadir una explicación. Avergonzada, señalé—: No he encontrado el momento.

—Pues chica, tan fácil como que cualquier

momento es oportuno, ¿no? —Me hablaba enfadada, como una profesora a una alumna descarriada y desesperante—. ¿No vivís juntos? O sea, vamos, que oportunidades habrás tenido de sobra. Otra cosa es que no te hayas atrevido.

—No es eso.

—Claro que no —ironizó—. Y entonces ¿qué es?

—Tiene razón, Elena. —Ole se me adelantó—. Le ves todos los días. Además, no puedes acusarle de insincero si tú misma lo estás siendo. No le dejas explicarse y eso, aunque sea culpable, es algo a lo que tiene derecho.

—¡Y una mierda derecho!

Pati saltó como una hiena y se puso a bufarle a Ole todo tipo de improperios. Que si esas cosas no se explican, que si era un cerdo, como todos, por

cierto, que si se merecía una lección. Iban dirigidos contra Alberto, claro, pero como no soportaba a Ole, puso mucho sentimiento gritándoselos a él.

—Bueno, eh, también puede ser una, eh... ¿cosa estúpida? —Sven les interrumpió con un hilillo de voz. Cogió carrerilla y se esforzó al máximo por hacerse entender—. Las gentes hacen cosas estúpidas muchas veces y luego necesitan segunda oportunidad. Se aprende de fallos, ¿no?

—Sven, tío, eso es un topicazo. No vale para todos los casos. —Pati no desaprovechó la ocasión para dejar al sueco en evidencia. Debía de formar parte de su estrategia para hacerse irresistible.

—Bueno, eh... no es «típico». A mí me pasa una vez —se sonrojó—, hace mucho tiempo.

—¿Te pusieron los cuernos? —preguntó Pati, incrédula.

—No, no, yo soy que pongo cuernos. Borracho. Muy mal. Yo era mucho enamorado, pero estaba estúpido y ella no perdonarme a mí. He aprendido la lección, pero ella ya no quiere ser novia de mí nunca más. —Sonrió, resignado—. Ahora en España intento olvidar, pero todavía soy triste a veces.

Le costaba demasiado expresarse en español y no sonó excesivamente afligido. Quizás, por eso mismo, la historia resultó aún más trágica. Algo me decía que Pati se estaba mordiendo la lengua, mientras lamentaba su radicalismo y se moría por ser la sueca de turno y perdonárselo todo. Los demás callamos, mirando a Sven con comprensión. Y es que daba pena, la verdad, un chico joven,

guapo y con talento sufriendo por amor. Además, el concepto de una exnovia injusta y soberbia, lejana y desconocida, era bastante tentador incluso para mí. Sin embargo, cuando empezaron a sucederse las condolencias y las muestras de comprensión, me asaltó una idea terrorífica. Alberto también era un chico joven, guapo y con talento. Tan soso como inofensivo. La personificación perfecta del buen chaval. Si su lío con la tal Pilimindrina había sido un error y se arrepentía tanto como Sven del suyo, cara de corderito incluida, ¿acabaría convertido en la víctima? ¿Se compadecerían todos de él y me odiarían a mí? Al fin y al cabo, yo siempre había sido la mala de la relación. La que no quería casarse, ni tener hijos, ni comer en casa de sus padres los sábados, ni ceder en nada de lo que

para Alberto podía ser importante. Alguien tan bueno y tan entregado no debería ser juzgado con tanta dureza por un error, y mucho menos por aquella que tanto se había beneficiado de su generosidad y tolerancia, ¿no? ¿Cómo no se me había ocurrido antes esa posibilidad? La imagen de un Alberto acabado y pesaroso aireando su desgracia y ganando adeptos para su aflicción, me produjo entonces más rechazo que satisfacción. Y, sobre todo, más rabia. Era como una doble humillación. «El crimen perfecto», pensé, mordiéndome los labios.

La comida nos relajó a todos bastante y decidí aprovechar la ocasión para salir a mi hora sin que nadie me fulminase con la mirada. Quería llegar con tiempo al piso, antes que Alberto, y pensar con tranquilidad en lo que haría. Más bien en el cómo, porque ya tenía decidido el qué: se lo diría esa noche sin falta. Llevaba casi una semana viviendo sobresaltada en mi propia casa, con el miedo constante a ser descubierta, y solo me relajaba cuando estaba fuera. Normalmente la gente vive al revés o, por lo menos, hasta hace unos días yo vivía al revés. Estaba agotada.

Coloqué el portátil de Alberto sobre la mesa del salón y me senté a esperar con una cerveza. La situación de Sven me había parecido mucho más extrapolable a la mía que la idea con la que me había estado machacando Natalia desde el sábado. Y en cierto modo completaba la perspectiva que gané al enterarme de lo de Paloma. Había algunas diferencias importantes, claro, como que tanto Sven como Martín se habían acostado con otra una sola noche y en plena borrachera —o eso decían—, mientras que, por lo que podía deducirse de los mensajes, lo de Alberto había sido más intenso. No podía pues calificarse de desliz y había, sin lugar a dudas, sentimientos implicados. ¿A cuento de qué iba si no a decirle a la otra que la echaba de menos, que guardaría su secreto o que no se arrepentía de nada? ¿Se habría enamorado

de la tal Pilimindrina? ¿Por qué había seguido entonces adelante con nuestros planes de irnos a vivir juntos? ¿Por miedo? ¿Por pena? ¿Porque se había dado cuenta de que me quería a mí?

Esto era lo que, en verdad, más me atormentaba, el no saber qué había pasado realmente entre ellos y qué le había llevado a decidirse por mí al final. Decidirse, sí, porque había pasado un año y seguía conmigo, ¿no? Esto es algo que no suele tenerse en cuenta cuando se habla de cuernos, supongo que porque suena a excusa y no queda bien decirlo, y porque lo normal es centrarse en lo esencial —a saber, que el cornudo es una pobre víctima y el infiel un cabrón egoísta—, pero siempre se ignora el hecho indiscutible de que, en cualquiera de las situaciones, cuando la infidelidad se queda en aventura, el infiel, de alguna manera, premia al

engañado. Al fin y al cabo, podría dejarle y pegarse la gran vida, sin tener que andar escondiéndose. Si se queda con él y le oculta lo que ha hecho, pensé, no puede ser más que por miedo a perderle o incluso a hacerle daño. Se me ocurrió de pronto que, quizá, Alberto había necesitado esa aventura para protegerse de mí, del daño potencial que prometía hacerle de manera subliminal cada vez que le ratificaba lo poco que necesitaba una relación estable o un futuro con alguien. Todo el mundo daba por hecho que Alberto me quería desde que nos habíamos conocido —mucho antes de liarnos, cuando yo todavía andaba detrás de Pablo—, que deseaba formar una familia y que esperaba paciente a que un día claudicase. Más que decisiones conjuntas, en cada paso que dábamos hacia la formalización

la gente veía una victoria por su parte. Había un desequilibrio emocional evidente entre nosotros y él no parecía querer desmentirlo, ni siquiera en público. Pudiera ser, razoné, que su ataque no hubiese sido más que una autodefensa desesperada. Tenía toda la lógica, claro, que toda aquella sumisión pasase factura en algún momento; nadie soporta tanta humillación sin acabar reventando. Y, como me quería tanto y no deseaba dejarme, por muy mal que le tratase, ponerme los cuernos había sido su acto de rebeldía. Para demostrarse a sí mismo que él también podía plantarme cara a mí. Que no era tan calzonazos.

Pobre.

Soy consciente de que, en ese momento, había empezado a justificarle el escarceo alegando flojera emocional. Algo muy propio de mi

inherente cobardía, ahora lo veo claro, pero esa tarde me estaba resultando un razonamiento de lo más brillante y muy profundo que, además, me permitía seguir siendo la fuerte y estar por encima de él. Una cagada de argumento, todo sea dicho. Menos mal que, cuando se abrió la puerta y entró Alberto, le siguieron Sergio y dos maletas.

Pareció más alarmado que sorprendido al encontrarme tan pronto allí y me miró resignado, como pidiendo disculpas, mientras se apartaba para dejarme saludar a su mejor amigo.

—Hola, Sergio. —Le di dos besos, cariñosa, sin poder disimular mi asombro—: ¿Te vas de viaje?

Sergio se miró los zapatos, derrotado.

—No... —Viendo que no conseguía despegar

los labios, Alberto contestó por él—. Elena, Marina le ha echado de casa.

Aunque comprendí de inmediato que la situación clamaba emergencia por los cuatro costados, no supe qué decir.

—Está con otro —puntualizó Sergio con voz quebrada.

Alberto me lanzó una mirada elocuente y rozó mi espalda al pasar a mi lado, sin querer, resucitando con ese gesto una complicidad casi olvidada que yo le devolví con naturalidad. Fue como cuando unos padres están enfadados entre ellos y aparece su hijo con un problema, que entonces el enfado se vuelve pequeñito y se reanuda el trabajo en equipo, sin rencores, borradas todas las diferencias hasta que se solucione.

—Lo siento mucho, Sergio —balbuceé.

Alberto le instaló en el cuarto que usábamos como despacho y, aprovechando que Sergio fue al baño, me puso al día. Por lo visto, me contó atropellado, Marina llevaba unos meses liada con uno del gimnasio, no sabían quién, y acababa de decidirse por él. El piso era de ella, así que lo lógico era que fuese Sergio el que se marchara y, tal y como se lleva con sus padres, estaba dispuesto a dormir en la calle antes que volver a casa.

—No podía dejarle así —dijo suplicante—. Es mi mejor amigo.

—Claro, Alberto, no te preocupes —le tranquilicé—. Has hecho lo correcto.

Cenamos cerveza y patatas fritas y Sergio se emborrachó enseguida, alternando sarcasmo y fatalidad. Decía que no lo entendía, que no había sospechado nada, que Marina estaba como siempre y que, de la noche a la mañana, paf, se había ido todo a la mierda. Yo asentía con ternura —conocía perfectamente esa sensación—, pero no conseguía sentir pena por él. Conozco a Sergio lo suficiente como para admirar el aguante de Marina, mucho mayor que el de cualquiera de sus exnovias. No era la primera vez, ni sería la última, que una mujer le dejaba así de tirado, harta, y la mayoría de las veces era porque él deseaba que así fuese. Cuando decide que ya no quiere a la infortunada de turno, la machaca hasta que acaba hastiada de cabrearse. En esta ocasión, pensé, se había llevado de regalo una lección de humildad.

No le vendría nada mal aprendérsela para la próxima.

—Quédate todo el tiempo que quieras, Sergio.
—Me levanté y le apreté el hombro—. Lo importante ahora es que te recuperes. Esta es tu casa, ya lo sabes.

Despejé la mesa de latas, vacié el cenicero y le di las buenas noches. Noté que Alberto me observaba agradecido y aliviado mientras me alejaba y supuse que, después de tantos días escurridiza y malhumorada, se alegraba de atisbar algo de normalidad en mi comportamiento. Me metí en la cama y, pese a estar bastante cansada, no pude parar de darle vueltas al exceso de información que había ido acumulando esa semana. Paloma, Sven, Sergio, Alberto... ¿Qué coño estaba pasando? De pronto parecía que la

infidelidad era algo frecuente, cercano incluso, y que yo había estado viviendo en los mundos de Yupi. Me pregunté si sería algo perceptual, como cuando quise ser original y me corté el pelo muy corto, hace años, que fue salir de la peluquería y empezar a ver gente con el mismo peinado por todas partes.

En cualquier caso, estaba pasmada. Y la presencia de Sergio me descolocaba el plan de acción. Por un lado, convertía mi casa en zona segura y me permitía, ahora sí, observar con tranquilidad a Alberto, en un ambiente íntimo pero menos intimidatorio que estando a solas; por otro, me obligaba a buscar un lugar distinto para mantener la conversación. Un Vips, quizá, como cuando éramos adolescentes. Pero ¿cuándo? ¿Al día siguiente? ¿Al otro? ¿La semana próxima? ¿Le

diría: «Oye, quedamos para tomar un café que tenemos que hablar»? Al fin concluí que no tenía mucho sentido planificar la logística de la situación. Ya se me ocurriría algo llegado el momento.

Me dormí antes de que Alberto se acostase.

Hacía justo una semana que había descubierto los mensajes y no podía seguir así, tenía que aclarar la situación de una vez por todas. Esto me lo decía Natalia el sábado por la mañana, o mejor dicho, me lo machacaba, encerradas en su cuarto con la excusa de ayudarle con su currículum.

—¿Te has acostado con él desde entonces?

Sentí una sacudida de rubor. No me esperaba la pregunta. Adoro a mi hermana y a mis amigas, no se me ocurre nadie con quien tenga más confianza, pero este es un tema que dejó de ser novedad hace tiempo y que, como tal, ya no se trata de forma

explícita y directa. Hubo una época, justo antes de hacernos mayores, en la que sí intercambiábamos información al respecto. Íbamos perdiendo la virginidad poco a poco, una detrás de otra, y el sexo era el baremo por el que se medía la trascendencia de la amistad. «¿Lo has hecho?» «¿Y qué tal?» «¿Te ha dolido?» Eran preguntas que solo te dejabas hacer por tu mejor amiga. Luego se diluyó el encanto y, cuanto más serios iban siendo los novios, menos hablábamos de sexo entre nosotras. Ahora, alguna noche de copas, amparadas en la risa y la ocasionalidad del momento hemos confesado, muertas de vergüenza, rutinas, manías o preferencias, incluso alguna que otra duda. Y hasta ahí. Todo dentro de los límites del decoro y la decencia. Tan superficial que ni de puntillas nos hemos atrevido a mentar la

masturbación. Y es que, cuando tienes una relación estable —y ya no te digo si vivís juntos—, la pareja se convierte en una especie de unidad blindada y el sexo, en un supuesto demasiado íntimo, carente de interés comunitario. Un tabú, vamos. Y una frivolidad, sobre todo. Porque socialmente se da por hecho que en una pareja hay sexo regular, pero al mismo tiempo se acepta y alienta la norma de que disminuya la frecuencia y la pasión y de que, muchas veces, suceda más por compromiso que por gusto. Por cumplir con tu elección. El sexo es como un paso previo, el trámite que te abre la puerta a una intimidad más profunda, para perder relevancia nada más alcanzarla. Lo importante es el vínculo, te dicen, y si sobrevive al tiempo es porque, por mucho que

diga el *Cosmopolitan*, hay otras cosas más valiosas que la cama.

Yo no me había vuelto a acostar con Alberto desde que descubrí los mensajes, claro, y ante la perplejidad de Natalia, que inquirió sorprendida cómo era posible entonces que mi novio no hubiese sospechado nada, tuve que reconocerle que desde hacía tiempo eso no era algo extraño en nosotros. Por supuesto que él lo había intentado, le dije. Acercamientos desapasionados cuando nos acabábamos de meter en la cama, con el pijama y los dientes recién cepillados, una caricia por aquí, otra por allá, algo de conversación. Nada que un par de bostezos y un «buenas noches» tajante no pudiesen detener.

—Pues vaya mierda, ¿no? —Natalia estaba

indignada—. ¿Me estás diciendo que el sexo tórrido solo dura lo que dura el tonteo?

—No lo sé, Natalia, no tengo ni idea —contesté—. Es mi primer novio en serio.

No supe transmitirle más esperanza. A mi alrededor las parejas no se miraban mucho, o se miraban enamorados y enternecidos, nunca lujuriosos. A mí el percal no me entusiasmaba, pero, siendo sincera, tampoco es que Alberto me arrebatase sexualmente, así que me había acogido a esa dinámica de pareja aburrida sin excesivo alarmismo.

—¿Tus amigas están igual? —preguntó, casi desesperada.

—Natalia, la mitad están embarazadas y la otra mitad recién paridas. —Reí, con cierto bochorno aliviado. Al menos, me consolé, no era la única—.

Doy por hecho que, ahora mismo, el sexo por puro entretenimiento no es lo habitual.

No mencioné a María, a la que todas suponíamos en verbena nocturna continua. Calculando sus ciclos y apurando sus ovulaciones, no me pareció que tuviese mejor vida sexual que las demás.

—No lo entiendo... —Natalia seguía consternada—. Con esa pinta de pijos rancios que tenéis todos, jugando a ser mayores antes de tiempo, que si golf, que si pantalones de pinzas, que si comidas todos los domingos en casa de los suegros, te juro que siempre os había imaginado perversos en la cama. Un poco para compensar vuestra vida de prestado. Por lo menos eso.

—Puede que no sea lo normal. —No lo dije

pensando en mí, sino en ella, en su repentina desilusión.

Se quedó callada, mirando ensimismada a ninguna parte. Tardó un rato en reaccionar.

—¿Y no te parece tristísimo?

Dijo tristísimo, sí, no patético o terrible.

—Supongo... —reconocí, avergonzada. Claro que me parecía tristísimo—. No he pensado mucho en ello, la verdad. Con Alberto siempre ha sido así, no sé si me explico.

—Perfectamente, Elena, te explicas perfectamente. —En un segundo recuperó su vigor protestón y agorero y empezó a regañarme—. Me estás diciendo que en realidad no estás enamorada de Alberto, que no lo has estado nunca, vamos, y que en el fondo lo sabes. Lo que no entiendo es por qué sigues perdiendo el tiempo con él.

Me observó triunfal y yo me limité a ponerme a la defensiva.

—Natalia, no te pases, tía —gruñí—. Yo no he dicho eso. Ni siquiera lo he insinuado. Ahora estoy un poco confusa con todo lo que ha pasado, pero ya llevo casi cinco años con Alberto. Estábamos bien. Nadie aguanta con alguien tanto tiempo si no está bien. Puede que no sea la relación más apasionada del mundo, vale, pero me hace, eh... Me hacía feliz.

—¿Con Pablo también era así?

Era una pregunta capciosa, no me cupo ninguna duda.

—Vete a la mierda, Natalia.

Oj, cómo me había dolido la alusión. Me empezó a pesar el cuerpo desde dentro, como si

estuviese implosionando a cámara lenta, y volví a sentir un vértigo olvidado.

—Ya sabes que lo de Pablo nunca fue una relación de verdad. No se puede comparar —añadí enfadada.

—Sí se puede. —Me estaba retando—. Es simple. Piensa: ¿Te duele igual?

—No.

Claro que no me dolía igual, pensé, no tenía nada que ver. Con Alberto vivía en una balsa de aceite, sin sobresaltos —por lo menos hasta hacía una semana—, y con Pablo me sentía morir cada minuto. Habían sido años oscuros, de altibajos emocionales; que si estamos juntos, que si no lo estamos, que si solo somos buenos amigos. Follamigos, se dice ahora. Aunque la amistad no era sincera, ni real. Era una coartada, nada más,

que nos impedía enfadarnos y reclamarnos nada, o reclamárselo yo, en realidad, porque nos lo pasábamos tan bien juntos, nos caíamos tan bien, que no merecía la pena estropearlo por un capricho tan ilusorio como un noviazgo. No era verdad, por supuesto, porque para mí no era ningún capricho. Yo quería estar con él a toda costa, y cualquier migaja de afecto me parecía un triunfo. Llegué a perder un curso entero en la universidad andando detrás de él, plegándome a sus humores y sus deseos con la absurda esperanza de que no tardaría en darse cuenta de que me quería y no podía vivir sin mí. Y una tarde no pude más. Al límite de mi resistencia emocional, decidí cambiar de estrategia y le dejé por teléfono. «No quiero que vuelvas a llamarme», dije, y le colgué. Confiaba en que, pasado el desconcierto inicial,

acabase llamándome para suplicarme que volviera. Estuve meses vigilando el teléfono como una demente, espiándole por Facebook, convenciendo a mis amigas para ir a los bares en los que creía que estaría. Hundiéndome, poco a poco, en mi propia desesperación. Nunca llamó. Y justo ahí, en el punto más sombrío de mi desconsuelo, apareció Alberto. El perfecto, el buenazo, el respetuoso, como si llevase esperándome una eternidad. Aguantó mis lloreras y escuchó con ternura cada uno de mis desvaríos, sin juzgarme ni una sola vez. Se conocían del colegio, Pablo y él, los dos habían ido a los Jesuitas. Pablo era de los que renegaban, llevaban zapatillas de colores y camisetas imposibles, escuchaban música experimental y fumaban porros. Y Alberto, más guapo, más alto, estudioso y deportista, era de

los que opinaban que una camiseta de Tintín era rebeldía suficiente. Un buen chico. No se soportaban, claro, y en pleno delirio vengativo, no se me ocurrió nada mejor que empezar a hacerle caso. Por joder a Pablo. El resto es tan de manual que da hasta pena. Nos hicimos inseparables y una noche de borrachera me dije, «qué coño, no está tan mal», y me lié con él. Y la siguiente también, y la siguiente. Y un día fuimos al cine, a cenar, me compró un regalo por Navidad... Al cabo de muchos meses, cuando conseguí recuperarme y volver a mirar a mi alrededor, nos habíamos fusionado. Alberto formaba parte de mi vida y de la de mi entorno, estabilizada de pronto en hogares. Ya nadie salía de fiesta, ni a ligar, ni planeábamos noches de chicas y borrachera. ¿Cómo, si casi todas se habían hipotecado y la

mitad no podía beber? Ahora todo eran cenas en pareja, alguna copa en un sitio tranquilo, siempre una casa, y a bailar en las bodas. ¿Cómo iba a sobrevivir el sexo a eso? Se había acabado convirtiendo en una obligación doméstica más, como poner la lavadora.

—¿Y por qué sigues con él? —Natalia continuaba cojonera.

—Supongo que, después de todo, sí que le quiero.

—No digas gilipolleces Elena, por Dios. ¿No te das cuenta? —Cambió el tono, más cálido ahora—. Te estás dejando llevar por la inercia del contexto y como no retomes pronto las riendas de tu vida, vas a acabar arrepintiéndote. Dentro de diez años será demasiado tarde.

No contesté. No quería seguir hablando del

tema. Pero Natalia no me había dado aún el golpe de gracia.

—Que no te haga infeliz —dijo al fin— no significa que te haga feliz.

Llamaron a la puerta de la habitación interrumpiéndonos. Era mi padre. Mandó a Natalia a por pan y un par de cosas más y a mí me puso un aperitivo en la mesa de la cocina. Patatas, aceitunas y berberechos, que tienen mucho hierro.

—¿Qué tal todo? —preguntó, sentándose.

—Bien.

—He pensado en comprarle un jersey a Alberto.

¿Qué te parece?

—¿Un jersey? —Le miré confusa.

—Por su cumpleaños —aclaró. No me pasó desapercibida la extrañeza en su voz.

—Ah, sí, claro, qué tonta —reaccioné nerviosa—. Un jersey está bien, sí. Aunque no hace falta que le regales nada, papá.

—Elena... —me regañó.

—Ya. Vale —claudiqué—. Seguro que le encanta un jersey.

Nos quedamos callados. Intentaba buscar un tema alternativo, no quería hablar de Alberto, pero no se me ocurría nada.

—Te pasa algo, ¿verdad? —preguntó de pronto.

—¿A mí? —Di un respingo. No me esperaba que fuese tan directo—. No, para nada. ¿Qué me va a pasar?

—Ya —dijo—, no te preocupes, que no voy a indagar más. A mi edad, entiendo que algunos problemas se solucionan mejor en privado. Solo quiero que sepas que estoy aquí para lo que

necesites y que no tienes por qué avergonzarte de nada.

—Ya lo sé, papá. Gracias.

—No me des las gracias, Elena, soy tu padre.

Qué manera de cagarla, pensé, sonriéndole con cariño; siempre tan pragmático. Me preguntó entonces por Natalia. Qué tal la veía, si por casualidad me había comentado qué planes tenía, si la notaba triste o desmotivada, si había hablado con ella sobre su futuro profesional. Lo de siempre, vamos. Estaba muy preocupado por ella, dijo, tanto idealismo político y tanto quejarse le parecía una pérdida de tiempo. «Lo que tiene que hacer esta niña —protestaba—, es buscarse un trabajo e irse de casa, o al extranjero a seguir estudiando», le daba igual. Que aquí en España era complicado ya lo sabía, y más como bióloga, pero

Natalia tenía treinta años y la excusa de las pocas salidas profesionales empezaba a apestar. Por desgracia, él no podía ayudarla con unas prácticas o una oportunidad. De lo suyo imposible, no conocía a nadie. Le daba muchísima rabia. ¿Entendía su malestar? Sí, lo entendía. ¿Estaba de acuerdo con él? Sí, claro, también lo estaba. Pero aquel discurso no era nada nuevo, como tampoco lo era, por descontado, que mi hermana no tenía ninguna intención de marcharse de esa casa.

Cuando murió mi madre, yo tenía cuatro años y Natalia uno. La única que la recuerda bien es Teresa, que cumplió nueve una semana después del accidente. Pero al contrario que mi padre, que se comporta como si ella pudiese volver en cualquier momento, mi hermana mayor actúa como si nunca hubiese existido. También se llamaba Teresa. No

le gusta hablar de ella ni de lo que ocurrió, ni de cómo lo vivió, tan pequeña y tan consciente al mismo tiempo. Solo una vez, hace años, cuando todavía vivíamos todas en casa, nos contó que los días que siguieron a su muerte nuestras tías maternas acorralaron a papá. «Estas niñas son muy pequeñas para crecer sin madre», le repetían machaconas, sin importarles que estuviésemos delante, y un hombre con su posición, directivo en un banco, no podía atenderlas como debía. La gota que colmó el vaso fue la tía Sara. Por lo visto, una noche se presentó en casa sin previo aviso, cargando una maleta y dispuesta a instalarse con nosotros. «Para ayudar», dijo. Muy típico de ella.

—Me acuerdo de esa noche. Papá se enfadó muchísimo. —Estábamos sentadas en la cama, de madrugada, y Teresa hablaba muy bajito. El

Madrid había ganado la Liga, o un partido importante, y había tanto bullicio en la calle que no podíamos dormir—. La echó a gritos y pegó un portazo. Vosotras estabais dormidas, erais muy pequeñas, pero yo sí les escuché. Estaba asustada. Nunca había oído a papá perder los estribos de esa manera. Al rato, cuando ya no se oía nada, me levanté de puntillas y me acerqué a la cocina. Papá estaba allí, de pie, apoyado en la encimera con la camisa remangada. Creo que estaba intentando liar croquetas, no estoy segura, pero algo hacía que no le salía y, de pronto, se puso a llorar como un niño pequeño.

No fue la última vez que lloró. También lo hizo con su primer cocido, incomible, y el día que le vino la regla a Teresa. De esas veces sí que me acuerdo, aunque intentó esconderse para que no le

viésemos. Lo más probable es que no fuesen las únicas. Recuerdo que me impactó mucho verle así, deshecho y cabreado, y que no pude evitar odiar a mi madre con todas mis fuerzas por haberle dejado solo. Él, en cambio, la tenía muy presente, rellenando obsesivamente aquí y allá los vacíos rutinarios que había dejado. Consiguió que tuviésemos una infancia corriente, en casa, sin tías entrometiéndose, con brócoli hervido, cocido los domingos, vestidos en las fiestas y tampones con aplicador. Solo que detrás de todo aquello, de esa mano invisible y maternal que nos custodiaba la niñez y nos dejaba crecer despacio, a nuestro ritmo, el que estaba era mi padre, impertérrito, trajeado y prudente.

Pero ya no somos unas niñas. La casa se ha vaciado, y mi padre está cada día más mayor y

más solo, pese a que sigue manteniendo con alegría las cenas de los miércoles y algunas comidas los fines de semana. Y yo no me siento con fuerzas para decirle que esa es la razón por la que intuyo que Natalia es tan desastre. Sin trabajo, ni pareja, ni futuro a corto plazo justifica ante el mundo su seguir en casa, paralizando el tiempo para que nuestro padre no se marchite. En familias en las que falta la madre suele ser la hija mayor la que se hace cargo de las funciones maternas, creciendo demasiado deprisa, pero él nunca permitió que Teresa dejase de ser la niña que era. Sin embargo, no debió de contar con la otra cara de la moneda, y es que ahora es Natalia la que está atrapada en su papel de hija eterna.

¿Cómo iba a decirle eso a mi padre? Sospecho que lo sabe, no hay que ser un lumbreras para

darse cuenta y, además, se pasan el día como el perro y el gato. «No sé cómo no le da vergüenza a tu hermana —me dice cuando llama para desahogarse después de una discusión— que la tenga que regañar como si fuese una niña pequeña. ¡Con treinta añazos que tiene ya!» Y yo le doy la razón, siempre, porque suele tenerla y porque no quiero ir más allá y dejarle intuir que, en cierto modo y sin querer, la culpa es suya.

—Podrías hablar con ella —me dijo al cabo de un rato de silencio fúnebre—. Seguro que contigo no se pone a la defensiva.

—Lo haré, no te preocupes —le tranquilicé—. Pero hoy no, que podría sospechar que me lo has dicho tú.

—Gracias. —Me sonrió—. ¿Te quedas a comer?

Me sentía mal, derrotada, y rechacé el ofrecimiento. Mentí, diciendo que nos habían invitado los padres de Alberto y me marché directa a casa, deseando estar unas horas a solas y en silencio. Pensar tranquila. Llevaba una semana creyéndome el ombligo del mundo y se me acababa de desenmascarar, de nuevo, la insignificancia de mi problema. Lo mío tenía solución. Lo de Natalia y mi padre, en cambio, dolería de por vida.

Envuelto en una manta, los ojos arrasados en lágrimas y dos tristes velones colgándole de la nariz. De esa guisa me encontré a Sergio tirado en el sofá de casa. Se asustó al verme. Alberto parecía ser el único que no había mentido sobre sus planes para la comida, por lo que Sergio debía de estar esperándome a mí tanto como yo a él. Muerto de vergüenza, intentó disimular su estado apiltrafado restregándose las lágrimas con la manga del jersey y sorbiéndose los mocos mientras se incorporaba con rapidez, como si le

hubiesen descubierto echándose una siesta en la mesa de la oficina.

—¡Elena! —saludó atropellado, intentando fingir alegría.

Los dos sabíamos que no había colado. Me acerqué despacio y me senté a su lado. Carraspeó, revolviéndose incómodo.

—¿Estás bien? —pregunté.

Pero se le desbordaron los ojos y no pudo contestar. Le abracé sin decir nada, como se abraza a un niño desconsolado al que no se puede ayudar y él se dejó, reanudando el llanto en un gesto que solo hacen los que asumen su impotencia. No, no estaba bien, me dijo al cabo de un rato, ya más calmado. Echaba de menos a Marina y se sentía traicionado.

—Anda, ve a lavarte esa cara y vamos a dar una

vuelta —dije, sin dar lugar a réplica—. Te sentará bien salir un rato.

Media hora más tarde, habíamos andado un par de manzanas en silencio, a paso firme y sin rumbo fijo, desafiando el frío seco de Madrid. Salir a la calle después de una llorera, sobre todo en invierno, es como echarse a la cara un cubo de agua helada: te despeja y te corta las lágrimas, devolviéndote a una inofensiva realidad.

—¿Qué hacías en casa, por cierto? —preguntó de pronto. Ya no lloraba y había dejado de gotearle la nariz—. Pensé que comías en casa de tu padre.

—Sí, pero después de pasarme toda la mañana encerrada con Natalia en su cuarto, he decidido huir —bromeé—. Ya sabes cómo es, hay días que está insoportable.

Rió, un poco nada más, discreto y sin resignación. Había sido buena idea salir, pensé, mientras se diluía la tragedia y los temas triviales y protocolarios empezaban a fluir con apacibilidad. Nuestras familias, el trabajo, el frío, las obras en Madrid. Volví a sentir la normalidad perdida y me relajé, como hacía tiempo que no lo hacía, o que no me dejaban; los unos con su preocupación exagerada, el otro, con su molesta acechanza. Miramos un par de escaparates, entramos en una tienda de discos y acabamos en un bareto de Malasaña, donde pedimos unas cañas y algo de picar.

—Bueno, ¿y tú? ¿Qué tal con Alberto? Espero no estar cargándome vuestro nidito de amor.

Era una pregunta inocente, predecible incluso, casi una mofa. Conociendo a Sergio, seguro que

solo trataba de disculparse a su modo, jocosos y ligeramente mordaz y, sin embargo, a mí me saltaron todas las alarmas. ¿Le habría contado Alberto que me notaba rara? Seguro que sí, pensé, son mejores amigos; ¿sabía él lo de Pilimindrina?

Contesté que bien, que no se preocupase. ¿Qué iba a decir? Alberto y Sergio son uña y carne desde pequeños y así, claro, tras cinco años de relación constante, no habíamos podido evitar la ilusión de que también era un buen amigo mío. Siempre hemos hablado de todo, o casi. De sus novias, ligues, de su trabajo y las broncas con sus padres, pero jamás de Alberto o de los sentimientos que pueda tener hacia él. No solo porque sea más amigo suyo que mío, que también, sino porque sé, siento, que en algún momento impreciso su aprecio creció más allá de lo que

Alberto le consentiría a nadie. Jamás hemos tonteado, o no de manera explícita, pero yo lo noto en su reacción cohibida y avergonzada, como disculpándose, cada vez que le pregunto por sus novias o le trato con más cariño que a los demás. En eso, y también en esa sonrisa tontorrón que pone —o ponía antes de Marina—, cuando le pido algo o bromeo con él. Como un niño enamorado de su profesora, tan inocente que no puede ocultarlo porque sabe, en el fondo, que nunca pasará de ahí. Sospecho que él sufría en silencio, no lo sé a ciencia cierta. Pero no podía ser casualidad ese emborracharse de más justo en las épocas en las que estaba segura de gustarle, más bien de que estaba enamorado de mí, y en las que yo, cruel, sin saberlo o sin querer saberlo, alimentaba su

esperanza, mostrándome inaccesible y cercana al mismo tiempo.

—Eso es de calentapollas, Elena —me decía María, cuando lo veía deshecho en alcohol, evidenciando un tormento del que yo me sabía la causa y ella, tan lista para estas cosas, la intuía.

Y, aunque yo se lo negaba, tenía razón María, pero yo no podía evitarlo. Me enternecía mucho verle así, torturado por sus sentimientos y su culpa. Me gustaba. Y me gustaba así, de lejos. Sentía celos cuando se echaba una novia y, de la noche a la mañana, notaba la distancia y el desinterés, la falta de miradas. Como si me hubiesen robado algo que no podía reclamar. Hacía como que me alegraba por él, claro, le preguntaba por ella con hipócrita simpatía, esperando, en el fondo, que la dejase rápido y

volviese a mis pies. Como el perro del hortelano, que ni come ni le gusta ver a otros comer.

Y fue por eso, porque Alberto era un tema tabú entre nosotros, por lo que me irritó su interés. Me sentí tentada a achacárselo a Marina, su novia más formal y seria, la mujer que había conseguido arrastrarle hasta la convivencia. Desde que estaba con ella parecía más serio, más centrado. Incluso enamorado de verdad. Preguntarme por mi relación podría haber sido una señal de madurez por su parte, por supuesto que sí, pero ya no estaban juntos y yo montaba guardia desde hacía una semana. Por eso su pregunta me sentó como si me hubiesen dado una bofetada. En ese momento comprendí con terror que, si Sergio sabía lo de Pilimindrina, si lo sabía desde el principio, debía de llevar más de un año apiadándose de mí.

Sintiendo pena. ¿Y hay algo más dañino para el respeto que la pena? ¿Y para la veneración? Enrojecí avergonzada. «He estado un año entero haciendo el ridículo», pensé. Pavoneándome delante de Sergio como un trofeo inalcanzable y prohibido mientras él pensaba: «Pobrecita... ¡Si supiese!». Dios, cómo odiaba a Alberto.

Sin embargo, a Sergio le contesté que no se preocupase, que estaba todo bien. Y, aunque intenté insuflarle a mi tono despreocupación y sorna, me consta que resulté demasiado esquiva y poco convincente. Debió de notar el titubeo, la retirada breve de mi mirada, cómo la paseé en círculo un segundo de más, para acabar posándola en mi servilleta y sonreír con timidez, como pillada en un renuncio. Pero no dijo nada más y los

dos nos quedamos callados, cabizbajos y taciturnos hasta que trajeron la comida.

Carraspeamos, aliviados por la interrupción, y empezamos a comer.

—Sergio...

—¿Sí?

Esperó. Yo dudaba. De repente mi súper plan para salvar mi orgullo de amor platónico confesándole que sabía que Alberto se había liado con otra dejó de parecerme la panacea. No sabía qué hacer. Si se lo decía a Sergio, ya no habría marcha atrás.

—Lo sé —dijo tras unos segundos de tensión silenciosa.

Me sobresalté. Me miraba a los ojos muy serio y, durante una fracción de segundo, juro que pensé que me lo iba a revelar todo. Negué con la cabeza

y esperé, animándole a continuar. El corazón me latía desbocado.

—Estas bravas están asquerosas —gruñó.

Tardé un momento en reaccionar y salir de mi perplejidad. ¿Las bravas? Me entró la risa. Al principio, nerviosa, luego infantil y sincera.

—¡Te lo digo en serio! —exclamó. Sonreía exagerando su indignación—. No sé de qué te ríes, es la cosa más repugnante que he comido en mi vida.

Me habían empezado a resbalar lagrimones por la cara y tuve que agarrarme la tripa. Era patético y esperanzador al mismo tiempo. Ahí estábamos Sergio y yo, los traicionados, los tristes, los llorosos, paseando nuestro drama como si fuese el fin del mundo, y resulta que la vida seguía y nosotros no podíamos evitar seguir viviendo. Las

patatas estaban malísimas, era verdad, y que aquello nos importase era decisivo. Nos decía que sobreviviríamos. Nos decía, sobre todo, que nadie se moría de esto y que nosotros no íbamos a ser los primeros.

La tarde se nos pasó volando entre cañas, compras y picoteo. La disfruté muchísimo. Tras años encasillada en mi papel de burguesa en potencia —como diría Natalia—, con viajes interesantes, restaurantes modernos y gin tonics de sabores, siempre igual, siempre lo mismo, salir sin plan y sin destino con alguien a quien solo veía de visita me resultó refrescante y esperanzador. Como cuando era joven y podía inventarme los sueños. Pero a las siete, mientras apurábamos la enésima última cerveza, llamó Alberto y me reventó la ilusión. ¿Dónde narices estaba? ¿No recordaba

que teníamos una cena esa noche con *mis* amigas y *sus* maridos? Confusa por las cervezas, le solté la verdad sin excusas ni adornos.

—Lo siento. Se me ha olvidado. He salido a picar algo con Sergio y se nos ha ido el santo al cielo.

—¿Con Sergio?

—Sí.

—¿Has salido a picar algo con Sergio?

—Sí —contesté seria, mientras sonreía a Sergio, que me observaba con una inquietud cercana al pánico. Alberto se quedó callado. En su respiración, acelerándose al otro lado del teléfono, percibí cómo el enfado se imponía a la preocupación y apenas conseguí descifrar el murmullo acelerado con el que se despidió, antes de colgar de malas maneras. No había sido ni

mucho menos mi intención cabrearle y, sin embargo, con el teléfono inerte en la mano, me sorprendió no sentirme culpable, sino más bien triunfal. Está muy mal, lo sé, y demuestra mucho infantilismo por mi parte, aunque en ese momento no me importó lo más mínimo. Desde que había descubierto los mensajes, era la primera vez que me sentía, de nuevo, empoderada. Empoderada de verdad. De repente, era como si hubiese recuperado la capacidad de ser déspota y arrogante como antes, pero ahora encima con toda la razón. «Quizás Pati no sea tan tonta —pensé—, y dejarme querer por otro sea la mejor manera de resucitar mi dignidad.» Con la malicia patente en mi sonrisa, paré un taxi y nos fuimos a casa.

Nada más entrar por la puerta, Sergio corrió a esconderse en su cuarto. No le culpé. Al fin y al

cabo la novia de Alberto soy yo, y qué menos que dejarle un poco de espacio para echarme una merecidísima bronca. Yo, en cambio, jugué a ignorar sus miradas fulminantes y el tono ofendido con el que me preguntó, varias veces, por dónde habíamos estado, qué habíamos hecho y cómo es que no había comido en casa de mi padre. «Jódete», pensaba.

—¿Y qué tal?

—Bien.

—Ajá.

—...

—¿Y dónde habéis comido?

—En un bar pequeño de Malasaña. No lo conoces.

—Ajá.

Cada pregunta me parecía una victoria, pues

sabía que lo que él buscaba era la explicación—disculpa que, en una situación normal, tendría que haberle vendido antes incluso de saludar. Con muchos besos y ronroneando, como una buena novia arrepentida. Pero me resistía a dársela, soberbia, empujándole a exigírmela humillado por la curiosidad. No tardó en hacerlo, aunque sonó más impaciente que implorante y, pese a que podría haberlo zanjado con algo de mano izquierda, pues a Alberto no suelen gustarle los enfrentamientos, opté por encogerme de hombros con resignación y, despectiva, encaminarme a la habitación diciendo que oj, vaaale, que síii, que tenía razón y que la próxima vez le avisaría. Ahora, si no le importaba, iba a cambiarme.

—¿Se puede saber qué coño te pasa?! —
increpó.

Me siguió por el pasillo y su furia me pilló desprevenida. En mis fantasías sádicas, Alberto sufría en silencio y no solía enfrentarme de cara. O, si lo hacía, lloriqueaba como un perrito.

—¿A mí? —Quise hacerme la sorprendida, pero fui exagerada.

—Sí, a ti, joder, ¡a quién va a ser! —chilló—. ¡Estás rarísima! ¡Llevas toda la semana rarísima, Elena, no sé qué coño te pasa!

—No me pasa nada, Alberto, no te preocupes.

Pero sí que me pasaba, claro, y negándolo con la mirada baja y un hilillo de voz no hacía más que confirmárselo. Me sentí idiota por haber pensado que no se atrevería a encararse conmigo, por dar por hecho que interpretaría mi extraño comportamiento como un castigo por el suyo. Llevaba toda la semana evitándole, llegando tarde

del trabajo y con oportunísimos dolores de cabeza. Y él no me preguntaba nada. «Esta —me decía— es la prueba más fiable de que se siente culpable.»

—¿Quieres casarte? ¿Es eso lo que te pasa? —gritó, irritado y suplicante al mismo tiempo

Me dio un vuelco el corazón. Horror.

—Porque te recuerdo, Elena, que no soy yo el que tiene un problema con eso —continuó. Su voz se había calmado y ahora hablaba conciliador y lleno de esperanza—. Es más, sabes perfectamente que por mí cuando quieras. Si has cambiado de opinión, yo feliz, pero no hace falta que te pongas así conmigo, joder, que si he dejado de insistirte es porque fuiste muy clara desde el principio.

—No quiero casarme, Alberto, no es eso.

—Y entonces ¿qué es? —imploró.

Sentí que me desinflaba. Toda esa altanería, el

sadismo de hacía solo un minuto, se me antojaron grotescos. Porque, en serio: ¿qué ganaba yo jugando con él? ¿Qué sentido tenía todo esto en realidad? ¿Qué mierda de dignidad se suponía que iba a recuperar así? Alberto estaba a punto de llorar. Comprendí su frustración y me dio todo tanta pena, que decidí que había llegado el momento. No era el mejor, sin duda, nada que ver con cómo me había imaginado la escena. Pero precisamente por su falta de parecido con una emboscada era el más adecuado. Allí, de pie, enfrentados por una tontería de esas que solo auguran una explosión mortífera, el asunto recobraba la espontaneidad que nunca debió perder. Respiré hondo y le miré.

—Alberto...

—¿Sí?

Y el teléfono se puso a sonar.

No nos movimos. Conscientes de la grieta que ese ring ring estaba abriendo, paralizamos el instante en un intento de no dejar que se nos escurriese. Nos mirábamos en silencio, esperando. Y, justo cuando el aparato recuperó el mutismo, un ignorante Sergio se lo cargó del todo, apareciendo en escena para anunciar que le dolía un poco la cabeza y que no iba a venir a la cena.

—No te enfades con Elena —se acercó a Alberto, compungido—, solo quería animarme un poco. Ha sido por mi culpa.

Alberto suspiró, agotado de decepción. Le palmeó el hombro a su amigo con camaradería y se marchó a la cocina. Adiós al momento.

El restaurante quedaba cerca y fuimos dando un paseo. Alberto estaba tranquilo, aunque se mantenía en silencio, y yo, que arrastraba el agotamiento de todo el día fuera bebiendo cerveza, preferí no romperlo y esperar a despejarme un poco con el frío. Supuse que volvería a sacar el tema en breve y me mantuve alerta, ensayando diálogos en mi cabeza a la espera de la pregunta. Había perdido las ganas de pelearme con él y de martirizarle. Pero cuando por fin se atrevió a hablar, preguntó por Sergio.

—Pues no muy bien, la verdad —contesté—. Cuando he llegado a casa me lo he encontrado hecho un ovillo y llorando a moco tendido en el sofá. Por eso lo he sacado de casa.

—Has hecho bien. —Se le notaba preocupado, abandonado ya su papel de novio ofendido y

sumergido en el de padre postizo. Me cogió la mano y la apretó contra su pecho—. Perdóname.

Como soy una cobarde, no me atreví a corregirle.

Hablamos de Sergio durante todo el camino. Sobre todo, claro, de la infidelidad de Marina, y pasamos un buen rato especulando sobre sus posibles razones y circunstancias. Sin sacudirme del todo la actitud defensiva, me sorprendí justificando la de ella, argumentando lo difícil que era estar con Sergio, el infierno que debía de haber pasado con él y lo harta que debía de estar. «Estaba muy enamorada de él —dije—, no creo que lo hiciese para joder.» Alberto, en cambio, no estaba de acuerdo. «Podría haberle dejado sin más —opinó—, nadie la obligaba a estar con él, ¿no?» Engañarle había sido mezquino. Me asustó ver

nuestra dinámica reflejada en esa descripción. Por momentos, incluso, tuve la sensación de que estábamos hablando de nosotros mismos, con los papeles invertidos y resguardados por otra historia. Y yo empecé a recelar de mí misma, porque, ¿qué tipo de engranaje moral me hacía ver a Marina como una víctima y a Alberto como un ser ruin y despreciable? Y, lo más extraño de todo, ¿por qué estaba siendo Alberto tan tajante con ella si él había hecho lo mismo? Me sentí confusa, desorientada, y tuve ganas de llorar. La vida era una mierda y yo seguía un poco borracha.

Por suerte, llegamos al restaurante. Silvia y Rafa esperaban en la barra y los demás no tardaron en aparecer. Cuando fuimos a sentarnos, María me secuestró con la excusa de salir a fumar y así poder acribillarme tranquilamente con las

preguntas que, desde hacía unos días, abrían todas nuestras conversaciones virtuales.

—Bueno, cuenta, cuenta, ¿tenía una explicación?

Solté el humo con mucho aspaviento. Hacía demasiado frío.

—No se lo he dicho todavía, María. —Mi tono sonó hastiado en comparación con el suyo, demasiado ansioso.

—Joder, Elena, en serio. —Se encendió el cigarrillo. Estaba nerviosa, pensé—. ¿Y por qué no?

—Pues porque no he podido —contesté impaciente—. Se lo quería haber dicho el jueves, pero se presentó con Sergio en casa y ahora lo tenemos ahí todo el día, de concubina.

—Ya, claro. —Me fulminó con la mirada—. ¿Se lo piensas decir en algún momento?

Estaba siendo hiriente y lo peor de todo es que no era por nada relacionado con mi asunto. María no estaba bien, se lo notaba desde hacía tiempo, pero preferí no decirle nada. Tampoco esta era la ocasión adecuada. Carlos salió a buscarnos y entramos sin pronunciar una palabra.

Entonces no lo sabíamos, pero fue la última cena en la que iba a darse esa constelación de parejas. Por suerte, y a pesar de los malos humos de María, lo pasamos bien. Silvia contó anécdotas divertidas de sus clientes, Carlos imitó a todos los políticos y Rafa, que es un marujo de cuidado, y yo despellejamos el mundo del corazón con una mala leche liberadora. Nos reímos tanto que temimos que Paloma se pusiese de parto varias veces. Alberto, contra todo pronóstico, estuvo especialmente bien, atractivo incluso. Esa sosería suya que tanto me enerva suele convertirle en un

interlocutor con aplomo y sabiduría aparentes, casi magnéticas, cuando se explaya en temas de ingeniería. Supongo que porque nadie más le entiende, claro, y en otras circunstancias me habría parecido hasta pedante, pero después de la confesión de Paloma, presenciar cómo rebatía imperturbable al arrogante de Martín —que ya de por sí me caía como el culo— me produjo una satisfacción morbosa.

Me relajé y disfruté de la noche, corriendo un tupido velo sobre mi estatus de cornuda. También bebí mucho, quizás demasiado, y creo que fue eso, en parte, lo que propició que me acostase con Alberto al llegar a casa. En realidad no me apetecía nada. O más bien dejó de apetecerme en cuanto cruzamos la puerta y la acústica callejera de la charla y las risas se transformó, de golpe, en

el silencio reconocido del hogar, ese infravaloradísimo asesino del romanticismo. Aun así lo hice. Total, si hacía meses que la mayoría de las veces le aceptaba sin excesivas ganas, calculando el tiempo que había pasado desde el último polvo —una semana, bien; quince días, demasiado—, con la sensación de estar llevando una contabilidad secreta que medía mi derecho a que me doliese la cabeza o a estar agotada sin enfurruñamientos por parte de Alberto. «Esta — me dije— solo era una más.»

Pero cuando empezó a besarme, tumbados sobre la cama, noté el calor húmedo de su boca como algo extraño, antinatural, casi desagradable. Y sus manos, siempre delicadas, evidenciaron por primera vez una torpeza que, por mucho que intenté ignorar, acabó por irritarme. Sin embargo,

en vez de apartarle, dejé que, poco a poco, una morbosidad inexplicable me arrastrase y, alejándome de la escena y con la objetividad de un extraño, me puse a observar a Alberto en la distancia. Llevaba quieta un buen rato, pero él no parecía haberse dado cuenta. Estaba a su bola, metido en su mundo, empeñado en conseguir su orgasmo y ajeno por completo a mi cambio de actitud. Su ruido, como de onanista ensimismado —entre llanto, esfuerzo y olvido de sí—, monopolizó la habitación, retumbando en mis oídos. Y yo me sentí de pronto tan sola, tan usada, que no pude evitar odiarle y le empujé brusca, llena de una repulsión física que no me molesté en disimular.

—¿Estás bien?

Me había encerrado en el baño y sus palabras

me llegaban amortiguadas a través de la puerta. Tenía tantas ganas de pegarle, estaba tan llena de rabia, que se me escapaban las lágrimas. Me vibraba la garganta. Respiré hondo, tratando de pararlas y serenarme.

—Estoy un poco mareada —mentí, con voz temblorosa—, creo que he bebido demasiado.

Se levantó solícito y entró en el baño. Estaba sentada encima del váter, encorvada hacia delante, y había hundido la cara en las manos, los codos apoyados en las rodillas como si me encontrase mal de verdad. Se agachó a mi lado y me acarició la espalda con cuidado. Volvió a preguntarme si estaba bien. Asentí de nuevo dentro de mis manos y levanté la cara, adoptando una mirada enferma y desamparada.

—Tampoco has bebido tanto —dijo con dulzura

— Igual te ha sentado mal la cena.

— Sí, puede ser. — Sonreí fingiendo que me costaba un mundo hacerlo.

— ¿Te traigo algo? ¿Un vaso de agua?

— No, no. Déjalo. — Le aparté un poco, como si lo único que necesitase fuese aire. Su actitud solícita y preocupada, en comparación con la voracidad egoísta que acababa de adivinar en la cama, me resultó falsa e interesada. Sentí más asco todavía—. Se me pasará. Voy a acostarme.

Me levanté despacio, aparentando debilidad, pero rechacé su ayuda con una energía desproporcionada, incoherente para lo indispuesta que se supone que estaba. Alberto me siguió sin decir nada. De vuelta en la cama, me abrazó por detrás, acariciándome la nuca con ternura.

— Sabes que te quiero, ¿verdad? — me susurró.

Asentí con la cabeza. Un asentimiento lento, de convaleciente. Sabía que no podía dejar de contestarle algo, pero no quería hablar, no quería decirle «yo también». Empezaba a atragantárseme tanta hipocresía por mi parte. ¿Qué coño se suponía que acababa de pasar? ¿Por qué no le había dicho nada?

Apenas un año antes, meternos en la cama y quedarnos dormidos sin más era poco habitual. Aunque llevásemos cuatro años juntos, la inercia del noviazgo sin formalizar —que hacía que nos sintiésemos raros, casi en falta, cuando compartíamos cama sin desnudarnos— sobrevivió unos meses a la mudanza. Las noches sin sexo brillaban como una prueba tangible de que lo nuestro se consolidaba, de que no dependía del sexo. Ahora era al revés. Recordé haber leído en

algún sitio que el sexo en la pareja tenía diferentes significados para hombres y mujeres. Para nosotras, decía el artículo, acostarnos con nuestra pareja era la consecuencia lógica de un vínculo fuerte y una intimidad sentida; para ellos, en cambio, constituía la medida de la relación. La presencia de sexo equivalía a la ausencia de problemas.

En ese momento entendí que Alberto llevaba tiempo tanteándome de esa manera, y de que yo, menos inconsciente de lo que me habría gustado reconocer, le había seguido el juego, cediendo lo justo para no levantar sospechas y evitar que me preguntase. Intenté entonces evocar los días posteriores a su viaje a Barcelona, si nos habíamos acostado menos y cuál de los dos había tomado la iniciativa, pero no lo conseguí. En mi

cabeza se enredaban las noches de complicidad disfrutada y estas, sosas y desapasionadas, en las que solo me preguntaba cuánto le quedaría para terminar y poder dormirme tranquila, dándole la espalda. Se habían convertido en mayoría.

Esa noche, sin embargo, se había añadido un elemento nuevo: el manto de extrañeza que desde el sábado recubría mi mirada, agudizándola sin remedio. Sus dientes algo torcidos, un grano que le había salido en la frente, los cuatro pelos que le sobraban en el entrecejo, sus gemelos rectos y sin muscular, pasando por sus gustos musicales o su manera de estirar el cuello al besarme. Toda una retahíla de detalles, pequeños defectos que antes pasaba por alto, me golpeaban ahora ampliados, acaparando mi atención. Llevaba una semana entera recreándome en ellos, celebrándolos como

trofeos de una victoria privada y secreta, definitiva. Porque, ¿qué clase de futuro te espera con tu pareja cuando aparece la repulsión? ¿Acaso hay mayor humillación que ser dejado con cara de asco?

Me levanté y fui al salón. Alberto roncaba ya. Abrí su portátil y, a oscuras, busqué los mensajes. Seguían allí, obviamente. Volví a leerlos varias veces, sin alterarme ya, mientras dejaba que un mal presagio me asaltase. Muy arrepentido no parecía, la verdad. Porque «te echo de menos» significa que todavía pienso en ti, ¿no? En plena mudanza, ilusionados, nuestra primera noche en la casa nueva, rodeados de cajas, agotados pero felices, proponiendo disposiciones alternativas para los muebles, cenando pizza muertos de frío, ese frío que dan las casas desnudas, y ansiosos por

establecer una rutina, nuestra rutina. ¿Y él estaba pensando en otra? ¿Deseando que viniese a verle a Madrid? No conseguía entenderlo, no me entraba en la cabeza que alguien pudiese fingir tan bien, que Alberto pudiese fingir tan bien. ¡Si yo, que no había hecho nada malo, estaba al borde del infarto diario! ¿Con quién fingía entonces? ¿Conmigo o con ella? ¿O con cuál de las dos fingía más? ¿Quién coño era Alberto en realidad? ¿Y Pilimindrina? Su perfil era pobre, llevaba meses sin actualizar nada y apenas compartía algún artículo de opinión en catalán. Por no hablar de las fotos, que no llegaban a diez en total, todas de paisajes, la Costa Brava en invierno y Barcelona desde Montjuic, *calçots* sobre papel de periódico y poco más. Derrotada, cerré el ordenador y salí a la terraza a fumar.

El domingo nos despertamos tarde y sin ganas. Yo apenas había dormido. Estábamos desayunando los tres, sin demasiada convicción, cuando Sergio propuso ir al cine esa tarde y yo recordé de pronto que le había prometido eso mismo a Carlota. Plan de chicas con mi ahijada, me disculpé sin pena.

—Elena, no quiero que te cases con Alberto. —
Me lo soltó así, a bocajarro, desde esa seguridad aplastante con la que hablan de la vida los niños de nueve años. Le había invitado a una

hamburguesa después de la película y me habría reído si no me hubiese dado miedo lo oportuno del momento.

—¿Por qué dices eso, Carlota? —pregunté extrañada—. ¿No te gusta Alberto?

—Me da igual —contestó. Había dejado de comer y me miraba, mayestática. Me lo iba a explicar—. O sea, ni me gusta ni me deja de gustar, es muy mayor para mí. Pero si te casas, tendrás un bebé y dejarás de hacerme caso tú también.

Me quedé de piedra. Qué injusta era la vida, pensé, y qué poco podemos hacer para escondérselo a los niños. Para mí, lo mejor del mundo habían sido mis hermanas y estaba segura de que ellas pensaban lo mismo. Por eso Teresa lloró tanto cuando no se quedaba embarazada otra

vez. Años y años intentándolo sin resultado, hasta que decidieron asumir la felicidad a tres y con hija única. Marchaba bien, de maravilla incluso, disfrutaban de su niña y de su familia, y hacían planes molones de padres enrollados, serenos y satisfechos. Y entonces llegó Miguel por sorpresa y sin que nadie le esperase, a descalabrarles los esquemas a todos. Sobre todo a Carlota.

—Nunca dejaré de hacerte caso, tonta —bromeé buscando su complicidad—. Eres mi ahijada, ¿recuerdas? Eso es casi casi como un hijo. Ahora lo que pasa es que Miguel es muy bebé todavía, y los bebés son un coñ... un poco rollo. No se puede jugar con ellos y hay que estar pendiente todo el día. Pero ya verás cuando crezca, seguro que os lleváis genial y te encanta tener un hermano.

—Ya. Eso dicen todos. —Suspiró resignada y

permaneció callada un rato antes de retomar su hamburguesa. En medio segundo volvió a ser una niña resabiada y adorable—. Tía Elena...

—Dime.

—¿Tú por qué siempre dices que no quieres tener hijos?

Sonreí con picardía, pese a que me avergonzó la pregunta. Es verdad que siempre lo digo, pero es que no me gustan nada los niños. No me han gustado nunca. Me parecen seres incomprensibles y ruidosos, agotadores, de los que procuro mantenerme alejada en la medida de lo posible. Aunque también es verdad que desde hacía un par de años Carlota despertaba en mí sentimientos encontrados. No se lo había contado a nadie, pero cada vez que me la llevaba al cine, a patinar por el Retiro o a merendar churros, fantaseaba con que

era mía. Mi hija. Me gustaba la sensación de intimidad, charlar cogidas de la mano paseando por Madrid, sin prisas, solo nosotras dos. Imaginaba cómo la educaría, las cosas que le explicaría, que cocinábamos juntas y nos reíamos un montón. Sin embargo, cuando Alberto se unía a nuestros planes, la fantasía se resistía. Por alguna razón que no me había molestado en indagar, la imagen de los tres no me cuadraba. Alberto como padre no me llamaba la atención. Y eso que se desvivía por Carlota.

—Uy, todavía soy muy joven para pensar en niños —contesté al fin.

—¡Pero si tienes más de treinta años! —Se indignó—. Treinta años es súpervieja.

—¡Carlota! —Me reí—. Pero ¿qué dices? ¿No ves que no tengo ni una arruga?

—Bueno, todavía no, pero tienes más de treinta años, ¿no?

—Vaaaale.

—Y te vas a casar con Alberto.

—Que no voy a casarme con Alberto, pesada.

—Y entonces ¿por qué vives con él?

Lo preguntó muy seria, seguramente porque tenía razón. En ese momento me pareció una tontería, el ridículo estereotipo que asumen los niños en nuestra sociedad, el matrimonio como símbolo de soledad vencida y existencia plena, y así se lo hice saber. Luego entendí que, en su inocencia, Carlota no podía estar refiriéndose a eso, sino más bien al amor. Al amor romántico, ahora tan vapuleado y ridiculizado. En el fondo era lo mismo que el arrebató, aquel mismo deseo que Natalia se negaba a dejar marchar, el que te

impulsa a hacer locuras, a querer irte al fin del mundo con otra persona, casarte incluso, no conformarte con que solo sea la adecuada. Con Pablo creí haberlo sentido y acabé padeciéndolo. Con Alberto, en cambio, me había sumido en una vacuidad embotadora, tan reconfortante que todo lo anterior resultaba prodigioso, casi inverosímil. Me sentía segura, sin duda, pero ¿era eso ser feliz? No me atreví a responder.

De camino a casa de Teresa compré algo de sushi. Un baño de espuma y siete cuentos después, dimos a los niños por acostados y cenamos las dos solas, disfrutando del silencio. Cuando terminamos me encendí un cigarrillo y le ofrecí uno a mi hermana. Dudó antes de cogerlo.

—¿Cuándo vuelve Gonzalo? —pregunté.

—El miércoles por la noche.

—Lo estarás deseando, ¿no?

—Pues no te creas que tanto.

Había tardado un momento en contestar, paladeando la primera calada. Quise haber oído mal. Teresa y Gonzalo eran, con diferencia, la pareja más estable que conocía y no estaba segura de poder soportar otra desgracia a mi alrededor.

—Los fines de semana son horribles —se apresuró a explicarme, sonriente, tras advertir mi turbación—, pero entre semana me las apaño bien. Carlota va al cole y tengo a María José para la casa y la comida. Y por las noches, a partir de esta hora, puedo estar sola y no tengo que andar negociando con otro.

La observé con escepticismo y se rió. Me aclaró

que no era que no soportase a Gonzalo —«no me mires así», dijo—, era solo que le gustaba tener tiempo para ella de vez en cuando. Me pareció lógico. Si había días en los que esperar a alguien para la cena o pactar la serie de esa noche me agobiaba bastante, con dos niños pequeños y arresto doméstico supuse que esa sensación sería mucho más recurrente.

—Teresa, ¿a ti no te da... cosa... que Gonzalo viaje tanto? —Vacilaba. No era algo fácil de preguntar—. Quiero decir tantos días. Cosa por él, digo, porque, no sé...

—¿Porque se líe con otra? —me interrumpió guasona.

Deduje pues que no, o que le daba igual, que también podría haber sido, y ella volvió a insistir en que no le preocupaba en absoluto. Lo que por

otra parte, pensé, era lo más lógico en el mundo normal en el que vivía hasta hace unas semanas.

—¿A qué viene esa pregunta? —inquirió recelosa.

—Solo era curiosidad.

—Ya. —No la había convencido—. A ti te pasa algo, ¿verdad?

—No, ¡qué dices! —contesté—. Si es una pregunta de lo más normal.

—No, no lo es.

—Lo que tú digas.

—Elena... —Se puso seria y me retó con la mirada—. Que tengo ojos en la cara. No seas boba, anda, cuéntamelo.

Exasperada, iba a protestar, pero un torrente de lágrimas se abrió paso hasta mis ojos y, sin llegar a pronunciar una palabra, me puse a llorar. Mi

hermana se acercó y me abrazó sin decir nada, y yo terminé de dejarme llevar, acunada por sus brazos. Estuvimos así mucho rato. Cuando conseguí tranquilizarme, me soné los mocos y encendí otro cigarro. Se lo conté todo. Los mensajes, la fiesta, el llanto en la oficina, el polvo desganado de la noche anterior. Todo. Me escuchó muy atenta, sin interrumpirme, y después volvió a abrazarme.

—Está bien, Elena —dijo—, no te agobies.

—Ya, Teresa, pero tengo que tomar una decisión pronto. —Gimoteaba sin mucha convicción, como una niña pequeña frustrada que solo quiere que le hagan caso—. No puedo seguir así más tiempo.

Frunció la boca, escéptica.

—¿Sabes lo que quieres hacer? —preguntó.

—Sí. No. —Se me llenaron los ojos de lágrimas

otra vez—. No lo sé.

—Bueno, no pasa nada —me tranquilizó—. Tómate el tiempo que necesites.

—¡Pero, Teresa! —lloriqueé—. Todo el mundo dice...

—Elena —interrumpió severa—, todo el mundo opina siempre como le conviene. Natalia y María te dicen que le dejes, Paloma que quizás haya sido un error, el sueco ese de tu oficina te cuenta su milonga particular... ¿no te das cuenta? Cuando ocurren cosas así, la gente aprovecha para revivir catarsis propias y que la otra persona haga lo que ellos no hicieron, no les dejaron hacer o, por usar el ejemplo de tu amiga Paloma, confirmar que su decisión fue la correcta y no es tan humillante como, en el fondo, a ella misma le parece.

Me dejó procesar la información unos segundos.

Aunque yo no la miraba, sentía su atención centrada en mí.

—La pregunta es —continuó, más calmada—. ¿Tú qué quieres hacer?

Resoplé antes de contestar. Tenía un nudo en el estómago.

—No lo sé.

—Pues no hagas nada todavía. Estás en tu derecho.

—¿Tú crees?

—Sí, lo creo.

—Me da miedo equivocarme, Teresa —admití—. ¿Y si la cago?

—Pues te aguantas. O lo arreglas. —Rió con una despreocupación liberadora—. Escúchame bien, Elena: hagas lo que hagas, nada es vinculante. Quiero decir que no es algo a lo que te

comprometas para toda la vida. Puedes perdonarle, intentarlo, dejarle, incluso dejarle sin decirle el porqué. De todas formas, hasta que vivas tu resolución no sabrás si ha sido la correcta. Y lo que es más importante, elijas lo que elijas, no tienes por qué atenerte a eso toda la vida.

La miré sin comprender.

—Imagina que decides perdonarle sin decirle nada —explicó—. Nadie te asegura que dentro de un mes, o un año, vuelva a atormentarte esto u otra cosa y acabes dejándole igual. Y esto es así con todas las opciones que tienes a tu disposición ahora mismo. ¿Entiendes?

—Sí —contesté, afirmando con lentitud—. Tienes razón.

—También puedo estar equivocada, ojo —

añadió—, no soy una experta. Pero, por lo que me has contado, hay una cosa que sí que tengo clara.

—¿El qué?

Me apretó la mano con suavidad.

—Que esto no es, ni remotamente, un problema de pareja.

«No es un problema de pareja», repetí. No se trataba de comprar una casa a medias, ni de tener un hijo, ni de nada cuya resolución necesitase un acuerdo mutuo. Alberto había hecho algo por su cuenta y yo ahora tenía que decidir, por mí misma, hasta qué punto me afectaba. La opinión de mi novio, fuera cual fuese, no tenía ninguna importancia en realidad. Me pareció absurdo, de tan obvio. ¿Por qué no había caído yo antes en eso? Miré a Teresa, que sonreía de nuevo, y me acordé de cuando vivíamos todavía en casa y

siempre andábamos quejándonos las unas de las otras. Ahora que nos hemos independizado, sobre todo a nivel emocional, de aquella época solo queda la nostalgia de lo que tuvimos juntas y no supimos apreciar. Hacía años que Natalia y yo despreciábamos en secreto a Teresa por su conformismo desmesurado, y nunca era a ella a la que recurríamos en busca de consejos, ni amorosos ni de ningún tipo. Tenía la casa hecha un desastre y su hija mayor se sentía abandonada, su trabajo se resentiría al volver de su baja maternal, tenía una hipoteca y un marido simpático aunque nada extravagante. En ese momento, sin embargo, me sentí culpable. Había sido muy injusta con ella, y lo peor de todo era que Teresa parecía aceptarlo con resignación y un punto de orgullo. Como un mentor satisfecho cuando su alumno favorito le

supera y se emancipa, celebrando sus triunfos pero dispuesto en las adversidades. Discreto y sin reproches. Claro, es mi hermana mayor. «Recuerda que es tu decisión, Elena —me dijo al despedirnos — y que, solo por eso, hagas lo que hagas estará bien.»

La conversación con Teresa había sido un soplo de aire fresco a mis comeduras de cabeza y los ataques de culpabilidad. Por fin alguien que no solo no me reclamaba la confrontación con Alberto, sino que además entendía mi ritmo y me animaba a seguirlo. «Tendría que haber hablado con ella mucho antes», me dije al llegar a casa. En cualquier caso, esa noche dormí del tirón, profundamente, y el lunes me desperté, por primera vez desde lo que me parecía una eternidad, ligera y de buen humor. Hasta volví a cantar en la ducha. Un poco ingenuo por mi parte,

todo sea dicho, porque aunque Teresa había barrido a Alberto del horizonte de mi problemática —«recuerda, no es un problema de pareja»—, seguía teniendo una. Y bastante gorda, por cierto. Pero esa mañana era algo con lo que no me quería amargar.

En la oficina, el ambiente estaba de lo más distendido, acorde con mi jovialidad y, sobre todo, con el hecho de que don Ignacio no acabase de pasar dos días peleándose con su descendencia adolescente y conservase su cartera intacta. Además, los acontecimientos de la semana anterior debían de haber favorecido, así en general, una especie de microclima de compañerismo agradable, porque a las diez en punto volvíamos a salir todos juntos en tropel, dispuestos a tomar una café con una naturalidad digna de un ritual

centenario. Ni siquiera don Ignacio se hizo de rogar.

Mientras nos servían los desayunos, alguien, no recuerdo quién, se interesó por nuestros fines de semana. Pati, queriendo impresionar a Sven, se apresuró a contestar que había salido muchísimo y conocido sitios súper interesantes, o sea de verdad. El sueco ni se inmutó. Pilar contó que ella, en cambio, había estado bordando unas colchas para sus sobrinos y apenas le había dado tiempo a nada más.

—Cumplen catorce y dieciséis dentro de poco —puntualizó orgullosa—. Les van a encantar.

—¿No son un poco mayores para colchas? —Ole estaba horrorizado. No me extrañó. Solo de imaginar el tipo de colcha que podría regalar una solterona de cincuenta y tantos que se abrocha la

blusa hasta el cuello y siempre lleva faldas de franela por debajo de la rodilla, se me ponían los pelos de punta.

—¿Tú no te tapas por las noches, o qué? —ironizó Pilar.

—Sí, claro que me tapo —contestó despectivo—. Pero preferiría dormir desnudo a la intemperie que con una colcha de florecitas.

—No sea grosero, Olegario, se lo ruego.

Don Ignacio es el único que llama a Ole por su nombre completo. No lo hace con mala intención, creo, pero Ole rechina los dientes cada vez que lo escucha. «Igual que mi padre, mi abuelo, y el padre de mi abuelo —me contó uno de los días que salimos solos a tomar un café—. Y encima esperan que cuando tenga un hijo le haga la misma putada.» «A mí —le dije entonces— no me parece

tan feo. Los hay peores.» «Es feo de cojones, Elena, por Dios, pero aunque no lo fuese.» Me confesó que no era por el nombre en sí, sino por lo que significaba. Ole, Olegario Sánchez, llegó hace diez años a Madrid desde un pueblito de Extremadura, cateto y pobre, al que no vuelve más que de mala gana en Navidad. Enjuto y esmirriado, con sus gafas de pasta y camisas estridentes parece querer sepultar sus orígenes rurales bajo un *coolismo* desmesurado, casi agresivo, despreciando a todo aquel que no comparta su obsesión por la informática, la ciencia ficción y la música experimental. Siempre he pensado que en el fondo no es mal tipo, aunque esté lleno de complejos y, muchas veces, lleve demasiado lejos la afectación propia del *nerd* que de modo

constante se esfuerza por aparentar ser. A Pilar la tiene frita.

—Pero vamos a ver, ¿quién ha dicho que sean de florecitas? —Pilar no parecía dispuesta a dejarse amedrentar esa mañana.

Pues de cuadritos, le daba igual.

—De cuadritos tampoco, no se haga el listo —le amonestó como a un niño impertinente e inofensivo—. Son motivos complicados. El bordado es un arte que requiere mucho trabajo. Greedo, por ejemplo, está lleno de detalles. Es el que más me está costando.

La expresión de Ole se transformó de repente.

—¿Greedo? —preguntó, sorprendido.

No daba crédito a lo que acababa de oír. Yo tampoco, claro, pero por otras razones: no tenía ni

idea de qué o quién era Greedo, y por la cara que pusieron los demás, deduje que ellos tampoco.

—El mismo —contestó Pilar, visiblemente satisfecha con la reacción que había provocado.

—Pero ¿Greedo-Greedo?

—Sí, Greedo-Greedo. Ese es para la colcha de Fernando, el mayor —explicó—. Es fan. Al pequeño en cambio le gusta más Solo y están todo el día a la gresca sobre quién disparó a quién primero. En mi opinión fue Han, por supuesto, casa más con su personalidad ambigua. Pero, chico, no es cosa mía convencer a nadie, así que a cada uno su antihéroe y todos tan contentos.

Sonrió. Ole seguía mirándola con la boca abierta.

—Perdonad. —Pati carraspeó—. ¿De qué coño estáis hablando?

—De... —Ole titubeaba, la vista fija en una impasible Pilar—. ¿De *Star Wars*?

Pati puso los ojos en blanco y murmuró un «jooooder» significativo. Levanté las cejas en su dirección, asertiva. Sí, quería decirle, yo también odio *La Guerra de las Galaxias*. Aun así me fascinó ver el repentino cambio de actitud por las dos partes. Supuse que el asunto, o la escena, o la coyuntura era muy especial, pues ella dejó de regañarle y Ole, de natural impertinente hasta conmigo, empezó a tratar a Pilar con un respeto casi reverencial. Ni siquiera cuando disintieron sobre quién disparó a quién primero volvió a su tono peyorativo y a sus sarcasmos.

Los escuchamos un rato en silencio, sin atrevernos a interrumpir, y empezamos a charlar entre nosotros. Primero bajito, para no molestar;

luego, cuando nos quedó claro que ni Ole ni Pilar pensaban dejarse interceptar por otra conversación, con normalidad. No recuerdo bien de qué hablamos, imagino que de nada en particular, pero sí que ni Pati ni Sven me preguntaron sobre Alberto, y que don Ignacio no intentó sacar temas de trabajo. Nuestra cháchara no fue tan apasionante como la de nuestros vecinos, aunque no estuvo demasiado mal. Desde luego el resto del día trabajamos tranquilos, animados incluso, con una sensación de equipo armónico que nunca antes me había atrevido a experimentar.

Odio el puré, cualquier puré, con todas mis fuerzas. De hecho, esas personas sonrientes de los anuncios que afirman disfrutar de una «cremita de verduras calentita» en invierno, y encima de brick, me resultan de lo más sospechosas, como captadas por alguna secta. Puaj. Cuando era pequeña, recuerdo que una de las cosas que más me frustraban era que, no teniendo madre, acatásemos sus menús como si siguiese viva y nos hubiera dejado la nevera llena de tuppers. No entendía por qué no nos alimentábamos solo de comida basura. Después me sentía culpable por pensar eso, claro,

porque ni mi madre había dejado nada en la nevera, ni podía estar segura de qué querría ella que cenásemos en caso de estar viva. Me consta que mi padre es demasiado perfeccionista. Ahora sigo comiéndome el puré sin respirar y no suelen gustarme los menús de escolar que se empeña en cocinarnos los miércoles, pero adoro esas cenas semanales, puré incluido. Precisamente la banalidad de la comida es lo que hace que, por unas horas, me sienta como si viviésemos juntos todavía. Esa noche había, cómo no, crema de zanahoria de primero y croquetas de segundo.

—Elena, tía, deja de comer pan y termínate el puré, anda, que se van a enfriar las croquetas.

A Natalia tampoco es que le apasionase el primero, pero como cenaba sano a diario, estaba acostumbrada a engullir sin pensar.

—Voy.

Tomé un par de cucharadas más y recogí los platos, intentando disimular que me había dejado la mitad. Traje la fuente de croquetas.

—Por cierto, ¿tienes algún plan para este verano? —preguntó mi padre. Teresa no había podido venir porque llegaba Gonzalo y Natalia parecía de mal humor, no solo por mi lentitud. La pregunta solo podía ser para mí.

—Eh... —dudé. Me sorprendió que no incluyese a Alberto en mis planes y caí en la cuenta de que ese día, ni él ni mi hermana habían preguntado por él—. Pues no, en principio no. ¿Por?

Dejó el vaso y de mirarme, con un deje de timidez apenas perceptible.

—No, por nada —contestó. Partió una croqueta.

Fruncí el ceño, extrañada, y no me moví, animándole a explicarse.

—Bueno... —terminó de masticar y tragó—, a lo mejor os parece un disparate. Y además Teresa lo tiene bastante complicado. Pero —carraspeó—, se me ha ocurrido que podríamos hacer un viaje los cuatro, como antes.

Natalia y yo nos miramos sorprendidas. Sentí una punzada de nostalgia. Hacía años que había abandonado esas imágenes y, de pronto, se me abalanzaron los recuerdos encima, todos a la vez.

—Por supuesto, serían nada más que unos días, una semana a lo sumo —se apresuró a puntualizar—. No hace falta que sea todo el mes.

—¿Va en serio? —Natalia preguntó escéptica. Como yo, no debía de estar dándole crédito a lo que acababa de escuchar.

Los viajes con mi padre. Fueron la única diferencia consciente y asertiva que se permitió en nuestra infancia. Imagino que quiso alejarnos de los lugares de veraneo comunes —Comillas, Javea y el Puerto de Santa María—, donde recalaban nuestros amigos con sus familias, y donde, por tanto, más se notaría la ausencia de una madre. A finales de julio nos metía a las tres en el coche —un Volvo ranchera verde oscuro, cuyo olor a puro y cuero todavía puedo evocar—, y ponía rumbo al norte. Un destino cada verano y caminos llenos de aventuras siempre. Hoteles perdidos en puebluchos desconocidos, algunos con encanto, idiomas extraños y malsonantes, platos nuevos, estupendos a veces, asquerosos otras, dolor de pies y horas y horas de veo-veo en carretera. Sobre todo, muchas risas recordándolo todo en

Navidad. Recuerdo que bastantes años nos quejamos, que alguna —Teresa, seguro— llegó incluso a pasarse las cinco semanas enfurruñada, castigándole con su mal humor el no poder estar con sus amigos en la playa. En septiembre, lloriqueaba, nos sentiríamos excluidas de todas las bromas colectivas. Era injusto y cruel. Pero él no se rindió nunca. Le encantaba viajar y, a pesar de lo cuadrulado que era, le encantaba viajar así, sin plan definido y con todas nosotras alborotando en los asientos traseros.

Luego nació Carlota y los veranos cambiaron. Los padres de Gonzalo tienen una casita en Sanxenxo y, porque es lo más cómodo para la niña, dicen, se pasan todo el mes de agosto apalancados en la costa gallega, huyendo del calor e hinchándose a percebes. Los demás procuramos ir

a verles todos los años, por separado, intentando coincidir unos días los cuatro. No es ni remotamente parecido a nuestros periplos europeos, claro, pero es mejor que nada y además ya somos mayorcitas. Hemos aprendido a renunciar y a conformarnos.

Por eso me sorprendió tanto la propuesta. Ya no era solo Carlota, ahora también estaba Miguel, y en verano seguiría siendo un bebé. Sería muy difícil que Teresa se prestase a un *revival* este año. Quizás, pensé, lo proponía como una despedida, augurando que me faltaba poco para formalizar mi relación o sellarla con un embarazo. Al fin y al cabo iba camino de los treinta y cuatro.

—Sí... —en su voz afloró la decepción—. Bah, dejadlo. Ha sido una tontería.

—Pues a mí no me parece ninguna tontería —

repliqué—. Es más, creo que es una idea genial, papá.

Sonreí entusiasmada. Natalia estuvo de acuerdo también, aunque fue prudente en su arrebató. Si encontraba trabajo, dijo, era probable que no pudiese cogerse vacaciones tan pronto. Prefería no hacerse ilusiones.

—Bueno, tú por eso no te preocupes —la tranquilicé—. Lo vamos organizando papá y yo y que se vaya apuntando quien pueda.

—Vale. Eso me parece bien.

Mi padre me lanzó una mirada elocuente. «Gracias», decía. Creí entonces comprender el verdadero significado de su propuesta. No se trataba de despedirme a mí, ni de hacerle compañía al hombrecito entrañable y solitario en que se estaba convirtiendo él. Se trataba de

Natalia. Se le iban acabando las excusas para seguir en casa y su situación empezaba a acusar una realidad trágica y dolorosa. El último eslabón de nuestra infancia perdida. El día que se marchase de allí, mi padre se quedaría solo y de su casa se irían borrando las huellas de nuestro hogar. Sabíamos que lo aceptaba, ella también, aunque no se atrevía a dar el paso. Se sentía demasiado responsable. Pero mi padre debía de haber estado dándole vueltas al asunto desde nuestra última conversación y, devorado por la culpa, llegado a una conclusión. Si conseguíamos que Natalia disfrutase de la tristeza, intuí, si se daba cuenta de que aquello que se negaba a soltar llevaba ya tiempo perdido, se liberaría. Y es que así, me dije, vivimos todos los que tuvimos

infancias felices, convirtiendo la melancolía en un refugio placentero.

Está bien. Decidí que me encargaría de ese viaje y que conseguiría que fuésemos los cuatro.

—Son increíbles —murmuraba Ole fascinado, contemplando las colchas de Pilar. Ella, de pie a su lado, le iba señalando los detalles orgullosa.

Estaban tan enfrascados en su mundo que apenas me saludaron al pasar. Así llevaban desde el lunes, él persiguiéndola, inquiriendo a todas horas sobre su vida con la ansiedad del converso, y ella dejándose querer, complacido objeto de devoción. El día anterior habíamos ido a tomar un café Ole y yo —Pilar no pudo acompañarnos—, y no había parado de hablar de ella los veinte minutos que pasamos en la cafetería. Que si qué fuerte, que si

sabía un montón, que no se lo esperaba para nada. A mí me hubiese gustado hablar un poco de Alberto, exponerle con tranquilidad las conclusiones a las que había llegado con Teresa e incluso comentarle lo del viaje con mi padre y mis hermanas. Natalia era un asunto recurrente entre nosotros y, aunque no la conocía, solía preguntarme por ella. Pero no hubo manera de calzar otro tema en la conversación. Estaba como obsesionado. «Se le pasará», pensé, con una punzadita de celos.

A mediodía, volvimos al japonés. Sven lo propuso nada más aparecer por allí, no sé si en broma. «Hoy está jueves —dijo sonriente—, ¿también comemos juntos?» y en medio segundo estábamos todos cogiendo los abrigo, como si en vez de preguntar nos hubiese metido prisa. Don

Ignacio fue el único que se hizo de rogar otra vez, un poquito solamente, creo que más por costumbre que por falta de ganas, porque luego durante la comida se comportó con bastante normalidad. En los postres se atrevió incluso a consultarnos sobre aquello que nos gustaba hacer a los jóvenes de hoy —«la juventud», dijo— cuando pasábamos los fines de semana con nuestros padres. «Planes juntos y divertidos, ya saben a lo que me refiero.»

Por supuesto, no teníamos ni idea. Lo que sí sabíamos, en cambio, era que a los dieciocho nadie quiere malgastar los sábados con sus progenitores. Pero intuimos el motivo de su curiosidad y nos dio tanta pena que no nos atrevimos a decírselo. Al fin y al cabo, por lo que nos había contado Pilar, solo pasaba un fin de semana de cada dos con sus hijos y aparte de eso

no se veían nunca. Conociendo a don Ignacio, además, di por hecho que tampoco debían de tener fluidas conversaciones telefónicas, si es que mantenían alguna en absoluto. De todas formas nos lanzamos a proponer ideas un poco al tuntún: ir al cine, a cenar, salir de compras, visitar un museo... en fin, un compendio de tópicos manidos que no funcionan con todo el mundo y que Pati, a la que debíamos de estar pareciéndole idiotas redomados, desechó enseguida.

—Vamos ver, don Ignacio —espetó en tono de reprimenda—. No es por no querer ayudarle, conste, pero ¿no sería mucho más fácil llamar a la madre de las criaturas y preguntarle a ella, que les conoce mejor que nosotros?

—No nos hablamos —contestó don Ignacio, escueto y cortante. Lo hizo demasiado rápido,

como si hubiese estado esperando esa pregunta en concreto.

—¿Cómo que *no nos hablamos*? ¿Y eso por qué? Si llevan separados muchísimo tiempo, ¿no?

Hay días que pienso que Pati padece alguna variante no clasificada del síndrome de Tourette. En serio, no he conocido en mi vida a nadie más indiscreto. Seguro que Pilar sabía de la historia personal de nuestro jefe —después de todo, era su secretaria desde hacía años—, pero para el resto de la plantilla era como si don Ignacio hubiese nacido calvo, separado y con sobrepeso. No conseguíamos, o no queríamos imaginárnoslo joven, enamorado o fuera de la oficina en absoluto. Era una visión demasiado perturbadora.

En cualquier caso, don Ignacio no respondió. Se limitó a poner cara de sufrimiento. Pero de

sufrimiento de verdad, no de incomodidad o vergüenza, habituales en él, sino de dolor. Contuvimos la respiración y Pilar, angustiada, intentó cambiar de tema. Que si creíamos que se acercaba otra ola de frío, dijo, que lo había escuchado en las noticias.

—Yo no he oído nada —zanjó Pati. E insistió. Sin embargo, esta vez no sonó impertinente, ni curiosa, sino preocupada—: ¿Por qué no se habla con su exmujer, don Ignacio?

Como un torrente, con la vista fija en las migas del mantel y los ojos llenos de pena, don Ignacio se puso a hablar. Su mujer le había dejado hacía mucho tiempo, empezó, de la noche a la mañana. Los niños eran todavía pequeños, así que aunque llevaba ya meses recriminándole el poco caso que les hacía, que no era detallista, que no la animaba

con su vida ni la ayudaba en nada, en fin, un montón de cosas por el estilo, no se lo esperaba.

—Creí que era lo normal en un matrimonio —se disculpó, perplejo, reviviendo la escena—, que solo estábamos pasando una pequeña crisis de esas que tiene todo el mundo. Intenté que entendiese que estábamos en un momento delicado, con muchos gastos, la hipoteca, los colegios, las vacaciones de verano... lo normal en aquella época, supongo. Alguien tenía que trabajar para sacarles adelante y además tenía que pensar en mi carrera. Estaba empezando, no podía bajar el ritmo, si no no llegaría a nada. Pensé que acabaría comprendiéndolo y no le di mayor importancia, pero un día se puso como loca. Me gritó cosas horribles. Que era un fracasado, que solo decía gilipolleces. —Se ruborizó al pronunciar la última

palabra—. «No eres ni el presidente de España —teatralizó—, ni un obrero de la construcción, solo un oficinista de mierda. Un mediocre. Un don nadie.»

Calló un momento, pensativo. Nadie se atrevió a moverse. Ni siquiera nos mirábamos.

—Fue... —titubeó. No encontraba la palabra.

—¿Vulgar? —completó Pati, con un hilillo de voz. Los demás conteníamos la respiración.

—Sí, vulgar —asintió, agradecido y derrotado a la vez.

Le había dejado por otro que ganaba la mitad y ni siquiera vestía traje, y lo peor de todo es que le dijo que se había enamorado de él por eso precisamente. Porque ni se las daba de gran empresario ni quedaba como un hortera allá adonde iba. Él no estuvo de acuerdo en que lo

suyo era un quiero y no puedo y decidió dejarla marchar, convencido de que, algún día, triunfaría de verdad y ella tendría que tragarse sus palabras.

—Hasta hoy —concluyó, perdido en sus recuerdos.

Nos quedamos mudos. No hizo falta que añadiese lo que todos sabíamos, el motivo por el que, crueles, solíamos burlarnos de él. Por mucho que intuyésemos la miseria emocional de don Ignacio, jamás, hasta ese momento, la habíamos humanizado de esa manera, encarándonos con el dolor que le causaba la conciencia de su propio fracaso. Debía de sentirse muy solo para contarnos algo así, recalcando los detalles humillantes. Y Pati muy mal, pues tenía los ojos llorosos y ese día no volvió a decir nada más.

Teresa había estado muy cariñosa esa semana. No es que normalmente no lo sea, pero con la vida ajetreada que lleva, que se acordase de llamarme o escribirme a diario me hizo sentir arropada. Más bien querida, porque fue la única, de todos los que me llamaron, que solo se interesó por cómo estaba yo, así en general. Me contaba anécdotas inocentes, como que Miguel había empezado a sonreír o que Carlota llevaba todo el día hablando de mí. Ni una sola vez me preguntó qué tal iba el Asunto o si había hablado con Alberto.

—¿De verdad te ha dicho que no tienes que

decírselo si no quieres?

Como era de esperar, Natalia no veía con buenos ojos la indulgencia de nuestra hermana mayor. Me había llamado ese mismo viernes por la mañana para decirme que Gonzalo y Teresa salían por la noche y que se iba a quedar con los niños. Quería un poco de compañía.

—Si no quiero no, Natalia —contesté cansada de su hostigamiento—, si no estoy preparada. Prepa-ra-da.

—Pues no veo la diferencia. —Cambiaba de canal desganada, sin mirarme. Miguel y Carlota dormían ya—. No sé si es la edad, que os vuelve gilipollas, o qué os pasa.

Pasé de entrar al trapo. Había un punto de amargura excesivo en su tono y decidí dejarla despotricar con libertad. Y elegir la película,

claro. Un bodrio tan aburrido que, una hora más tarde, roncábamos plácidamente en el sofá.

Nos despertaron Teresa y Gonzalo, que llegaron pronto y bastante achispados. A pesar de nuestros bostezos, mi cuñado dio por hecho que nos quedaríamos un rato y, mientras mi hermana comprobaba que sus hijos seguían allí donde los había dejado y le preparaba un bibe a Miguel, nos puso una copa sin preguntar.

—¿Qué tal en Hong Kong? —dije desperezándome aún.

—Un rollo, Elenita, mucho trabajo.

Gonzalo es algo payaso y muy cariñoso. Él y Teresa llevan una eternidad juntos, más de diez años, y a nosotras nos trata como si también fuésemos sus hermanas pequeñas, sin tomarnos demasiado en serio, pero implicándose cuando se

tuercen las cosas. Supongo que esa es una de las muchas razones por las que papá le adora.

—Pues a mí no me importaría pegarme esos viajes, aunque fuese para trabajar.

—Bah, no te creas que he visto mucho. Además, no sería un destino para ti. No te dejan fumar en ninguna parte, ni siquiera por la calle.

Me reí con ganas.

—¡Entonces ni de coña!

—Bueno, ¿y tú qué tal? Teresa me ha contado lo de Alberto...

—¡Eso! ¿A ti qué te parece? —Natalia se despejó de pronto, olfateando un aliado.

—Pues no sé —contestó indeciso—. Hombre, me parece mal, claro, pero tampoco sabemos qué ha pasado exactamente, ¿no?

Se le esfumó la jocosidad de la voz y me miró,

sus ojos esbozando una disculpa. Supuse que su mujer le habría puesto al día sobre las desavenencias con Natalia.

—No tengo ganas de hablar del tema —zanjé, aceptando su complicidad. Aproveché que Teresa volvía del cuarto de los niños para cambiar de tercio—. Pero ya que estamos todos juntos, podríamos concretar un poco el viaje con papá, ¿no?

Mi hermana mayor asintió, robándome el cigarro, y Gonzalo dijo que le parecía genial que nos fuésemos los cuatro. Él se quedaba con los niños sin problema. No obstante, Natalia volvió a poner la misma cara de circunstancias del miércoles y repitió la cantinela del posible trabajo nuevo y su consecuente falta de vacaciones.

—¡Venga ya, Natalia! —le increpó Teresa—.

Perdona que te lo diga, pero si no estás trabajando todavía es porque no te da la gana. ¿Cuánto tiempo llevas sin nada? ¿Dos años?

—Vete a la mierda.

Suspiraron las dos, furiosas, retándose con la mirada. Teresa no soportaba los victimismos de ningún tipo y no era la primera vez que le cortaba el rollo a nuestra hermanita. El resto se lo agradecíamos un montón, aunque éramos tan cobardes que solo la apoyábamos con nuestro silencio. No era fácil capear las borderías de la pequeña de la familia. Esa noche, sin embargo, decidí armarme de valor.

—Tiene razón —dije. Apenas me había salido un hilillo de voz, pero todos se callaron asustados. Cualquiera pensaría que había dado un golpe en la mesa—. No te lo tomes a mal, Natalia, te lo pido

por favor. No es un reproche. Entiendo —carraspeé—, entendemos que te dé reparo dejar a papá y marcharte de casa, pero no puedes seguir allí para siempre. Tienes que hacer algo con tu vida.

Se extendió un silencio espeso, de esos decisivos que preceden a una gran explosión o un gran alivio. Natalia hervía de rabia.

—No entendéis nada —dijo al cabo de unos segundos, y se echó a llorar.

Se equivocaba, por supuesto. Claro que comprendíamos lo que le ocurría. Es más, nos sentíamos hasta culpables. Un poco como si estuviésemos eludiendo una responsabilidad. Al fin y al cabo, Teresa y yo habíamos salido de allí y vivíamos sin preocupaciones, aparecíamos cuando nos apetecía o nos invitaban, y no veíamos las

miserias del día a día. Natalia volviendo pronto a casa para que papá no cene solo, sentándose con él a ver *Pasapalabra* porque le parte el corazón encontrárselo zapeando tristón en un sofá demasiado grande y ordenado, desayunando los Frosties que le sigue comprando, como quien permite un capricho, sin que ella se atreva a decirle que desde hace tiempo prefiere solo un café.

—Papá sobrevivirá. —Teresa había abandonado el reproche y hablaba con suavidad.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —Las lágrimas seguían resbalándole por las mejillas, pero ya no estaba a la defensiva.

—Pues porque sí —contesté yo—, porque no le va a quedar otra.

—Pero si te quedas —intervino Teresa—, no le

estás dejando ni que lo intente. Él está tan atrapado como tú, Natalia. Si te marchas y le dejas solo, seguro que se busca la vida. Quién sabe, igual hasta se echa una novia.

Natalia sonrió, dejándose animar por la perspectiva. No era demasiado probable, todo hay que decirlo. En todos estos años, jamás de los jamases habíamos encontrado indicios de que mi padre tuviese alguna relación con una mujer. Y eso que de mayores no nos habría importado nada. Incluso alguna vez, con el fondo de verdad que tiene cualquier broma, le habíamos animado a buscarse una. «Con lo brujas que sois —zanjaba guasón—, me la espantáis seguro.»

Esa noche nos quedamos hablando hasta las tantas. Gonzalo se retiró a una hora más o menos prudente, dejándonos a solas. Acabamos llorando

todas, nos reímos mucho y fue como si no hubiese pasado el tiempo. Mi hermana pequeña acabó confesando que le encantaría irse al extranjero, estudiar otra cosa, psicología tal vez. La biología le gustaba, confesó, pero no se veía trabajando de eso. «Pues vete —la azuzamos—, y vete pronto.» Teresa se comprometió a ocuparse un poco más de papá.

—Prometo apuntarle a bailes de salón —dijo—, y obligarle a jubilarse cuando le toque. Además, pienso encasquetarle a los niños todo lo que pueda.

Nos despedimos tarde, borrachas, y con la cálida sensación de un futuro que se perfilaba feliz o, por lo menos, prometedor. Me alegré por ellas de verdad, y me propuse, yo también, recuperar la ilusión.

Alberto me despertó con suavidad. «María ha llamado cuatro veces —susurraba—, parece importante.» Con la boca seca y los ojos hinchados, miré la hora —las diez de la mañana— y me arrastré hasta el teléfono. Marqué su número con un nudo en el estómago.

—María...

—¡Elena! ¡Date prisa, que hemos quedado a las once! —Sonaba pletórica.

—¿Hemos quedado? —pregunté, con mi voz de ultratumba.

—Te he mandado tropecientos mensajes.

—Estaba dormida...

Cuando me miré el careto en el espejo del baño la quise matar. Antes de meterme en la ducha, le juré a mi reflejo de zombi que no volvería a fumar y a beber nunca más. Alberto, que había dado por hecho que después de dos fines de semana desaparecida ese sábado tendríamos al fin algo de tiempo para nosotros dos, se indignó bastante. «He anulado el partido de pádel para hacer algo contigo —protestó—, ¿y ahora te vas?» Estaba empezando a mosquearse y con razón, así que antes de poder escabullirme, dolorida por la resaca, tuve que jurarle varias veces que no estaba planeado y que, por eso mismo, seguro que la convocatoria era más solemne de lo que en un principio parecía. «María está rarísima —argumenté—, tengo que ir.» Llegué pues con algo

de retraso al Vips de Neptuno. María y Paloma ocupaban una mesa al fondo y me esperaban para pedir. Silvia, me explicó María cuando me senté, no venía. Había dicho que después de una semana trabajando no podía largarse por las buenas y que, para colmo, les tocaba comida en casa de sus suegros. Si su niña y su marido eran bienvenidos, quizás se apuntasen al café.

—Le he dicho que no, por supuesto. —María fue implacable—. Plan de chicas es plan de chicas.

Ni a mí ni a Paloma nos hubiese molestado que vinieran, pero algo en la contundencia de María me llevó a pensar que, excluyendo familias, lo que pretendía era alejarse de Carlos unas horas. No se lo discutí. Al fin y al cabo, me dije, el martes no nos habíamos visto —estaban pintando el gimnasio

y Paloma tenía cita con el ginecólogo— y tampoco es que quedásemos mucho a solas fuera de allí.

Después de un desayuno reconstituyente nos dedicamos a vagar por Madrid, a mirar escaparates y a regalarnos algún capricho tonto, de esos que sabes de antemano que no estrenarás jamás, para acabar alcoholizadas en la sobremesa de una comida a todas luces excesiva. Paloma no bebió, claro, aunque la ausencia de Silvia debió de resultarle lo suficientemente agorera, porque se adaptó enseguida a nuestra euforia tontorróna y no se quejó de su tripa ni una sola vez. En menos de un mes podría volver a beber, a comer jamón y a hacer todas esas cosas que le estaban prohibidas, pero se le acabaría la autonomía y empezarían a atosigarle las noches en vela y las cacas ajenas. Estaba acojonada.

De Alberto hablamos poco. Casi nada, en realidad. El tema había dejado de ser novedoso y yo me mantenía bastante serena, así que aceptaron mi postura —sobre todo Paloma, por la cuenta que le traía— y no me fustigaron demasiado. Además, María convivía con sus propios problemas que, como confesó a mitad de la segunda copa, no tenían ya tanto que ver con que no se quedaba embarazada, sino más bien con que empezaba a no estar tan segura de querer hacerlo.

—¿Cómo que no estás tan segura? —Paloma se había indignado—. Y todo el tiempo que llevas intentándolo, ¿qué?

—¿Qué pasa con eso?

—Pues que tener un hijo es una responsabilidad importante. —Se acariciaba la tripa mientras hablaba, ahora sí, demostrativa—. Y me parece

una frivolidad que a estas alturas digas que puede que no estés tan segura. ¿Y si te llegas a quedar embarazada?

—No digas gilipolleces, Paloma, por favor. — María se estaba cabreando. No debía de ser la reacción que esperaba—. Si me hubiese quedado embarazada ni me lo habría planteado. Te recuerdo que llevamos más de un año buscándolo, buscándolo, y que no hay manera. Tú no tienes ni puñetera idea de lo mal que llegas a sentirte cuando ves que van pasando los meses y nada. Digo yo que podré dudar si me sale de los cojones, ¿no?

—¿Y Carlos? —interrumpí.

A mí tampoco me había gustado la actitud de Paloma, pero María se estaba poniendo demasiado a la defensiva. No quería que se peleasen. Además

me interesaba la opinión de Carlos. Él siempre decía que quería muchos hijos, una familia numerosa y divertida, como la suya. Y me caía bien. La repentina desgana de su mujer no le estaría resultando fácil.

—Pues no lo sé. —Respiró hondo antes de contestar, tranquilizándose—. No lo he hablado con él todavía.

—¿Cómo que no?

—Pero ha dejado de preguntar si esa noche toca. —Ignoró mi pregunta—. Incluso parece aliviado de no tenerme todo el día detrás, test de ovulación en mano, reclamando su semilla como quien recuerda los turnos de la lavadora.

A Paloma le horrorizó la comparación. Yo la entendí perfectamente. Si la rutina ya era mortal de por sí, no era tan difícil imaginar la repercusión

extra que algo así podía tener en cualquier relación, plagándola de inseguridades y reconsideraciones constantes.

—Estamos en un momento complicado. —Su voz sonaba triste, casi fatalista—. Al principio nos lo tomábamos a broma, nos hacía hasta ilusión llamarnos para avisar de que esa noche tenía que haber tema. Lo pasábamos bien, como si fuese una aventura. Luego perdió la gracia, claro. Cada regla que tengo ha pasado de ser una decepción compartida a una frustración individual. Ya ni siquiera nos consolamos. Y el sexo... —suspiró—. Bueno, es como si ya no tuviese mucho sentido por sí mismo.

—¿Has hablado con tu ginecólogo? —Paloma había suavizado el tono.

—Sí. Fuimos a verle hace unos meses y me hizo

todo tipo de pruebas. Dijo que estaba perfecta, que no me preocupase. Que había gente que tardaba más.

—¿Y un especialista?

—Ya... eso dice mi madre. Lo que pasa es que antes de investigar a fondo qué nos pasa, o sea, cuál de los dos tiene el problema o si hay un problema grave, creo que tenemos que saber hasta qué punto tener hijos es realmente importante para nosotros. Y ahora mismo no es una conversación que me apetezca tener con Carlos, la verdad. Estoy muy quemada con la situación. He empezado a dudar de todo.

Nos quedamos calladas, la vista clavada en nuestras copas. Parecía que estuviésemos en un entierro.

—¿Te refieres a si queréis seguir juntos a pesar

de todo? —pregunté al cabo de un rato. Había hablado despacio, con miedo a dar en el clavo. Me miró con resignación fatalista un momento antes de contestar.

—Sí, a eso me refiero.

Era la primera vez que María verbalizaba lo que en el fondo más le preocupaba. Los dos iban a cumplir treinta y cuatro, pero el tiempo, en esta tesitura, siempre corre más rápido para nosotras las mujeres. Tenía que darse prisa en tomar una decisión y le daban miedo las consecuencias de cualquiera de las dos. ¿Se arrepentiría de dejarle o de seguir con él?

Dos copas más tarde no habíamos llegado a ninguna conclusión definitiva y nos despedimos mareadas y tristonas, abrazándonos mucho y muy fuerte. De camino a casa, reconfortada por la

ginebra y el bamboleo del autobús, me puse a pensar en María pero, sobre todo, en lo que habíamos cambiado. Había pasado toda mi vida con ellas y todavía nos recordaba durante aquella etapa, larguísima, en la que a pesar de los llantos, cambiar de novio con frecuencia era lo más normal del mundo. Habíamos superado auténticas tragedias mano a mano. Tragedias que al principio eran puro teatro —porque, a los dos días, ya había otro que nos gustaba mucho, muchísimo más—, pero que a medida que nos hacíamos mayores iban aumentando en gravedad.

Y es que ahora, rebasados los treinta y con los amigos emparejados o comprometidos, desperdigados entre otros grupos de amistades —los del trabajo, los de la universidad, los otros padres de la urbanización—, quedarse soltero no

era una elección tan sencilla como parecía. Incluso sin hijos, ni siquiera era atractiva. La soledad acechaba a la vuelta de la esquina. Y la acompañaban la pereza, el miedo, la falta de costumbre para hacer nuevas amistades o recuperar contactos de antaño; es decir, volver a empezar, poco a poco y a ciegas.

¿Me pasaba eso a mí? ¿De qué tenía miedo en realidad? Sabía que nadie se moría de esto y que, si había sobrevivido a Pablo, con más razón lo haría a Alberto. Lo que no conseguía adivinar era cómo sería mi vida más allá de ese momento. Me angustiaba verme sola en esas cenas con parejas, depender de amigos de amigos solteros que querrían presentarme, matando la despreocupación del coqueteo. A los veinte te imaginas haciendo locuras con el chico que te gusta; a los treinta, en

cambio, evalúas al hombre que tienes delante y te preguntas si será de los que dejan los calcetines tirados debajo de la cama o si le huele el aliento por las mañanas.

—¿Qué tal ayer? —Alberto estaba de espaldas inspeccionando la nevera. La noche anterior, cuando llegué, Sergio y él estaban viendo el canal de deportes y me esperaban para cenar, pero yo había bebido mucho y tenía resaca, así que apenas me quedaron fuerzas para ponerme el pijama y meterme en la cama.

—Bien. —Me acababa de levantar y tenía la boca pastosa. Me picaban los ojos. Era tarde y hacía ya rato que habían desayunado, así que serví el café que quedaba y le eché medio azucarero

antes de desplomarme sobre una silla—. ¿Vas a cocinar?

—Pensaba, sí, pero no se me ocurre nada. —
Cerró el frigorífico y vino a sentarse a mi lado. Me sonreía de buen humor.

—Hombreee... ¡Dichosos los ojos! —Sergio entró en la cocina y me palmeó la espalda, burlón—. ¿Qué? ¿Mucha resaca?

Por toda respuesta solté un bufido de anciano terminal.

—¿Tenéis plan para hoy? —preguntó.

—Creo que no —contestó Alberto, señalándome con guasa. Yo ni me inmuté.

—Había pensado en salir a dar una vuelta y comer por ahí. Me han hablado de un sitio en Chueca donde hacen unas hamburguesas de muerte. ¿Os apetece?

—A mí sí. Y Elena tiene pinta de necesitar una de esas urgentemente.

Nos reímos. La verdad es que me moría de hambre. Me di una ducha larga para despejarme y me puse el jersey viejo de Alberto que usaba para estar por casa en días como aquel. Seguía destemplada. Dos horas más tarde, después de la hamburguesa y medio brownie, menú resurrección por excelencia, empecé a encontrarme mejor.

—Entonces ayer bien, ¿no? —Alberto volvió a preguntarme, le picaba la curiosidad. Como cualquier pareja estable, supongo, solíamos comentar las intimidades de nuestros allegados y, aunque él no era cotilla por naturaleza, había acabado por cogerle el gusto a este tipo de relatos. Al fin y al cabo, tu propia vida resulta siempre más comprensible si tienes con qué comparar.

—Sí, bueno...

Enumeré por encima lo que hicimos y dónde estuvimos. Tenía prisa por llegar al meollo de la reunión. «Ya lo imaginaba —dijo Alberto cuando terminé—, se veía a la legua que algo les pasaba.» Con María había intentado ser positiva, darle ánimos, presentarle un futuro soportable, pero con ellos me explayé pesimista, completando las inquietudes y los miedos de mi amiga con mis propias reflexiones apocalípticas. Alberto asentía a todas comprensivo.

—Se les ha podrido la relación —concluí con tristeza—. No creo que salgan de esta.

—Pobres. Tiene que ser muy duro.

—Pues yo no lo entiendo —protestó Sergio. Había escuchado en silencio, observando su servilleta, y ahora parecía malhumorado—. Quiero

decir, tener hijos no lo es todo, ¿no? Lo importante, digo yo, será estar bien con tu pareja y luego ya si eso vienen los niños. —Bajó la voz y añadió, más amargo—: Lo que creo, Elena, es que tu amiga no quiere a su marido lo suficiente. Si le quisiese de verdad no se estaría planteando dejarle porque no se queda embarazada.

«No le falta razón», pensé, aunque en la vida real las cosas no son tan fáciles. Intenté explicarle que quizás, para algunas personas, los hijos formaban parte de la relación, de lo que esperan de ella. Que no eran una entidad independiente, vamos. La familia, argumenté sobre la marcha, es lo que la mayoría pretende cuando se establecen con una pareja, sobre todo a nuestra edad, que ya apremia. No importa el modelo de familia, tener descendencia sería como completar el concepto,

por mucho que la relación en sí luego tenga su propio espacio dentro de él. Era cierto que no recordaba a María muy niñera, o no tanto como Paloma, por ejemplo, que esa sí llevaba pregonando desde el colegio que quería un niño y una niña, pero Carlos sí que lo era y eso María lo había sabido desde siempre.

—Y lo aceptó —dije—. Se casó con él y, de hecho, fue ella la que empezó a hablar de que le gustaría quedarse embarazada al poco de nacer la niña de Silvia.

Sergio me miraba escéptico y yo comencé a agobiarme, perdida en mis propias consideraciones. Me desanimaba que fuese todo tan relativo.

—También podría ser —añadí, hastiada—, que tiene miedo de que Carlos la deje por esto y

prefiere atacar primero. Algo así como un mecanismo de defensa o... bah, yo qué sé.

Nos quedamos callados, abatidos por la desesperanza. Sergio suspiró, todavía irritado, y en ese instante creí comprender.

—¿Marina quería tener hijos? —Me salió del alma, casi sin querer. Jamás había hablado de este tema con él y, sin embargo, había dado por hecho que no entraba en sus planes. ¿Había tocado, sin saberlo, una fibra sensible con el problema de mi amiga?

—Supongo que sí —contestó. Parecía confuso—, pero eso no tuvo nada que ver. Yo nunca he dicho que no quisiese tener hijos, Elena. —Sonrió de nuevo, malicioso—. No como tú.

Me quedé de piedra. Alberto, que se había mantenido distante durante nuestra discusión,

levantó la vista espantado. Sergio había metido la pata y a mí, de pronto, se me abrieron nuevos horizontes y nuevas dudas. ¿Acaso fue esto lo que había empujado a Alberto a engañarme? Si, según mis cálculos, lo de Pilimindrina había ocurrido justo antes de irnos a vivir juntos, ¿lo hizo porque quiso comprobar antes si tener hijos era más importante para él que estar conmigo? ¿Si sería feliz con otra? Y entonces, ¿por qué no me preguntó directamente si quería tenerlos con él?

Alberto no lo había hecho nunca. Preguntarme, digo. Lo de casarnos lo comentamos varias veces, es verdad, pero solo cuando decidimos irnos a vivir juntos y acertó especulando sobre la reacción de su madre. Yo había sido tajante. Tal y como llevaba siéndolo desde hacía muchísimos años, todo sea dicho, proclamando a los cuatro vientos

que no pasaría por el altar ni tendría hijos jamás. Aunque si alguien me hubiese preguntado el porqué, me habría dado vergüenza confesar la verdad. No me gustaban los niños, cierto, pero tampoco me veía soltera y sin descendencia el resto de mi vida. Era solo que no era capaz de imaginar con quién, y eso, para mí, era más importante que el qué. Mi contundencia, en realidad, no era más que una pose, la coletilla jocosa que arrastro desde la adolescencia y que, pensaba, tanto me había ayudado a salvaguardar mi orgullo y mi dignidad.

—Yo paso de esas chorradas —le dije a Pablo una noche.

Estábamos sentados en la acera, frente a un portal, fumándonos un porro. Era verano. Nos habíamos encontrado en Pachá, a las tantas de la

mañana, y nos disponíamos a perpetuar el ritual de falsos amigos con derecho a roce que llevábamos perfeccionando años. Me acababa de contar que su hermano se casaba.

—Qué chungo eres, Elena —se burló.

—¿Por?

—No sé, porque suena muy radical, ¿no?

—No veo por qué —repliqué altiva—. ¿Te parecen radicales también las que van diciendo por ahí que sí que quieren casarse y tener hijos?

Se rió, mirándome a los ojos, lleno de deseo y timidez. Llevábamos por lo menos cuatro años arrastrando ese vínculo ficticio, y aun así sentía que no terminábamos de conocernos.

—Me encanta lo chungo que eres —dijo.

Y yo me derretí. De esperanza, entre otras cosas. En esos momentos me sentía omnipotente,

protegida. Porque en la mierda de sociedad machista en la que vivimos, cuando una mujer dice que no quiere hijos siempre parece más fuerte, más independiente. Como si de manera tácita estuviese afirmando que no necesita a nadie, que no se va conformar con cualquiera. Que no está de caza, en definitiva.

Pero yo sí lo estaba, claro, quería cazar a Pablo. A mi manera, eso sí. Quería obligarle a convencerme de que fuésemos novios, forzarle a arrastrarse, a que me atesorase como un trofeo, en vez de aceptar la naturalidad que un día estuvo dispuesto a ofrecerme. Porque no fue siempre así de superficial y fraudulento. Hubo una época en la que me llamó varias veces proponiendo planes normales, fuera de la dinámica nocturna de discoteca en la que habíamos empezado y en la

que terminaríamos tiempo después de aquella conversación. Ir al cine, tomar un café, ver una película en su casa; en fin, los tanteos habituales entre dos personas que quieren conocerse sin copas ni chunda chunda de fondo, porque quizá, piensan, lo nuestro podría ir más allá. Pero aunque me moría por él conservé mi arrogancia, la de no quiero nada serio y no te necesito, contestando tarde a los mensajes, hablando de otros chicos delante de él, dejándole plantado. Estaba convencida de que con cada feo que le hacía, le iba resultando más y más irresistible. Una gilipollez por mi parte, ahora lo sé, porque cuando quise darme cuenta de que la estaba pifiando ya era demasiado tarde y a él ya se le habían acabado las ganas y la paciencia.

Con Alberto, en cambio, no adopté la pose de

mujer fatal. Me había dejado llevar casi desde el principio. Me conocía bien y le habría bastado una conversación seria sobre el tema de los hijos para comprender que mi rebeldía no era más que una actitud y mi vida real igual de mediocre que las de los que me rodeaban. Al fin y al cabo, no había que ser un lumbreras para ver que vivíamos juntos y aburguesados y que, a pesar de no estar casados, no nos diferenciábamos de un matrimonio cualquiera. Ni en el sexo. Por un momento, me visualicé con cuarenta años y sentí vértigo: parecía infeliz.

Sé de sobra que los prejuicios son malos. Pertenezco a una de las primeras generaciones que soportan la culpa de la anterior y las esperanzas de la siguiente. Esperanzas de igualdad, solidaridad y fraternidad. Se nos lleva aleccionando con ahínco mucho tiempo para proteger a aquellos que continúan siendo discriminados por motivos que, desde hace no tanto, se saben y aceptan como obsoletos e ilícitos: mujeres, extranjeros, homosexuales, negros. Cualquiera susceptible de sufrir segregación social por estas u otras razones similares está blindado en mi subconsciente de tal

forma que la mínima aprensión que puedan provocarme, por independiente a su condición que esta sea, me avergüenza sobremanera.

Es algo que acepto y defiendo y que, además, me hace sentir bien. Liberal y progresista. Luego mi mundo se puso patas arriba y me di cuenta de que no lo era, no lo somos ninguno, de que los prejuicios están más extendidos y son más dañinos de lo que pensamos. Y es que, ¿qué pasa con otras personas? Quiero decir, por ejemplo, con gente como Pati. Es una pija, superficial e impertinente; es altiva, boba y bastante cargante. Lo deduje al minuto de conocerla por su forma de vestir, su tono afectado al hablar, como si tuviese una patata metida en la boca, sus comentarios estúpidos y su nulo interés por nada que no fuese el sexo opuesto o estar a la última. Y esto lo hice porque contra

gente así sí que estoy llena de escrúpulos. Escrúpulos que socialmente están tan aceptados — incluso alentados— que, hasta ahora, ni se me había ocurrido identificarlos como tales.

Lo peor de todo es que yo no soy la única presa de las malas convenciones y, muy a mi pesar, Pati tampoco es la víctima exclusiva. En la oficina, ni don Ignacio, ni Ole, ni siquiera Sven o Pilar se han librado del encasillamiento denigrante que nos hemos asignado los unos a los otros. Y a saber cómo me han etiquetado a mí. Lo de Pilar fue especialmente humillante. Me refiero a enterarnos así, de casualidad, comprendiendo al mismo tiempo su falta de interés por impresionarnos, la poca necesidad que sintió de demostrarnos que no era como llevábamos años pensando que era.

Con Pati nos pasó lo mismo, por lo menos a mí.

No sé si los demás llegaron a entender la trascendencia de lo que ocurrió aquel lunes, otro de aquellos en los que don Ignacio se traía la mala leche de casa porque el fin de semana con sus hijos había vuelto a ser una auténtica decepción, un desastre, y necesitaba desahogarse con cualquiera de nosotros. Dos semanas antes me había tocado a mí y todo indicaba que, esa vez, Pati no iba a poder escaquearse.

—Patricia, haga el favor de pasar a mi despacho —le gruñó.

—¿Cómo? —La ingenuidad de su asombro me conmovió.

—Que haga el favor de pasar a mi despacho —repitió, marcando cada sílaba con una mala leche que me asustó.

—Voy —contestó sin mirarle. Aún necesitó un

momento para terminar de toquetear su móvil y levantarse.

Don Ignacio, mientras, esperaba en la puerta con el gesto crispado. Cuando la cerró detrás de ella, Ole y yo alzamos las cejas, mirándonos con cara de circunstancias. Ante todo, compañerismo entre asalariados.

Sin embargo, media hora después Pati abandonó los dominios del jefe canturreando como si saliese del baño. La esperábamos cabreada, llorando, despedida o despidiéndose, pero para sorpresa de todos emergió de allí jovial y satisfecha. Tal era su aplomo, que nadie se atrevió a preguntar nada. Ni siquiera a media mañana, cuando bajamos a tomarnos un café y don Ignacio nos acompañó de un humor estupendo; no hubo ni que convencerle.

La perplejidad fue templándose a lo largo del

día, que como un lunes cualquiera se nos hizo eterno y aburrido. Yo no volví a pensar en el tema hasta que, a las seis en punto, se nos desveló parte del misterio. A esa hora a la que en teoría terminaba nuestra jornada, la pija se levantó con parsimonia, recogió su mesa, se puso el abrigo y cogió su bolsa de deporte. «Es para compensar los excesos del finde —nos había dicho la primera vez que la traje—, y además está súper de moda.» O sea. Ese lunes, sin embargo, en vez de lanzar besos al aire y desaparecer a la carrera, por segunda vez en el día entró en el despacho de don Ignacio y le urgió a darse prisa.

—Venga, jefe, que ya es la hora.

—Voy.

Como un tomate, consciente del ojiplatismo del resto de la oficina, don Ignacio la siguió

apresurado, abrazado a la misteriosa mochila que desde hacía años yacía abandonada bajo una de las sillas de su despacho. «Hasta mañana», susurró huido antes de desaparecer por la puerta muerto de vergüenza.

—Se lo ha llevado a correr —comentó Pilar en voz alta. Nuestro desconcierto era tal que Ole y yo nos habíamos quedado mirando la entrada con la boca abierta.

—A correr... —repetí, como una autómatas.

—Bueno, ahora lo llaman *running* —añadió resabiada—, pero es lo de ir a correr en chándal de toda la vida, vamos.

Nos entró un ataque de risa. No sabíamos qué nos parecía más surrealista, si don Ignacio sudado y medio asfixiado correteando detrás de Pati y sus amigas, monísimas todas en mallas y con iPods de

colores, o contándole a alguien que había empezado a hacer *rúnin* con su inglés de Alcorcón. Pilar se rió también, aunque dijo que le parecía fatal burlarse de esas cosas.

—Reconozco que no es un hombre atractivo —explicó—, pero es que desde que le dejó su mujer ha ido a peor. Aunque ha tenido épocas mejores, no creáis, hace unos años quiso incluso ponerse en forma. De ahí la bolsa. Precisamente la trajo un lunes, dispuesto a apuntarse a un gimnasio al salir del trabajo.

—¿Y? —preguntó Ole, ahogado por una carcajada.

—Es la primera vez que la saca de la oficina.

Ole y yo seguimos riéndonos un rato, pero Pilar no nos regañó más. Y es que, por una vez, no estábamos siendo crueles. La estampa de esa

pareja peculiar, cual padre torpe e hija perseverante, era cómica y al mismo tiempo estaba llena de ternura y buenas intenciones. Y algo menos alegre, claro. Porque todos sabíamos de la miseria del jefe y a todos nos daba muchísima pena, pero a pesar de nuestra pretendida superioridad moral, ninguno estaba dispuesto a esforzarse lo más mínimo. Justo la última persona de la que nos esperábamos algo así, nos acababa de dar una lección de humildad. Un mordisco en nuestras conciencias.

El miércoles Pilar no vino a trabajar. «Está enferma —explicó Ole—, tiene un gripazo de campeonato.» Era la primera vez que faltaba desde que la conocía y, pese a que me temí lo peor, la jornada transcurrió tranquila. Conseguimos organizarnos bastante bien y no agobiar a don Ignacio que, ese sí, se pasó el día sentado a su mesa con cara de huérfano.

Al salir, decidí ir dando un paseo a casa de mi padre. «Así me despejo y llamo a María», pensé. El día anterior tampoco nos vimos —segúan pintando el gimnasio —y no había podido hablar

con ella desde el sábado, apenas un par de lacónicas intervenciones en el grupo de whatsapp. Conociéndola, sabía que seguiría ofuscada en su drama, llorando por las esquinas. Lo intenté tres veces, pero no me cogió el teléfono. Le dejé un escueto mensaje en el contestador —«Soy Elena, quería saber qué tal estás. Llámame si te apetece. Un beso»— y continué mi caminata. Había recorrido ya varias manzanas cuando empecé a arrepentirme de no haber cogido el autobús. Hacía muchísimo frío y para colmo se puso a llover, así que, sin pensármelo mucho, apreté el paso y me metí en la primera cafetería que vi. Nunca imaginé que me la encontraría allí.

Estaba sentada a la barra, ocupada con su móvil. Debía de llevar un buen rato ahí porque el

camarero se acercó a retirarle la taza sin preguntar. Café, supuse.

—¿Marina?

—¿Elena? —Me miró incrédula, y en sus ojos se mezclaron alegría y timidez. Tardó un segundo de más en levantarse y saludarme de verdad. Todavía nos tanteamos un momento, con un punto de desconfianza y la incertidumbre de quien sabe que su relación depende de factores externos que se han vuelto desfavorables. Nos presentó Sergio al poco de conocerla, pero a pesar de habernos visto a menudo durante los últimos tres años, habíamos mantenido una distancia prudente. Siempre había procurado no encariñarme con ninguna de sus novias, y con Marina, aunque me caía bien, no quise hacer una excepción. Ni siquiera cuando se fueron a vivir juntos.

Sin embargo, ese día seguí un impulso inesperado y, sorprendiéndome a mí misma, le pregunté si le apetecía otro café, o una cerveza. Fuera llovía a cántaros y no tenía prisa, le dije. Aceptó complacida, aunque durante un segundo me pareció ver refulgir en su mirada un destello de sospecha, como si de pronto cayese en la cuenta de que podía estar metiéndose en una encerrona, la excusa perfecta para echarle en cara lo mal que lo estaba pasando Sergio por su culpa. Pero yo ya me había sentado y no pudo dar marcha atrás.

—¿Qué tal estás? —El camarero acababa de traernos las cañas, evidenciando un silencio tenso que solo esa pregunta podía romper. Las dos sabíamos a qué me estaba refiriendo. Marina se revolvió incómoda en la silla y traté de

tranquilizarla—. Te veo muy bien, en serio. Feliz. Me alegro mucho.

Sonreí con toda la calidez de la que fui capaz.

—Sí —confirmó, amagando una risa infantil—, estoy más tranquila.

Poco a poco, añadió, iba haciéndose a la idea de que Sergio no estaba.

—¿Y tu novio? —Me había propuesto no indagar sobre el tema, pero algo en su respuesta no encajaba y me salió sin pensar.

Bajó la vista y permaneció callada un momento. Se mordía el labio inferior, inquieta. «La duda antes de la confesión», pensé. ¿Estaría arrepentida? Me aterraba la idea de que se pusiese a llorar.

—¿Estás bien?

Alargué mi mano hasta la suya y la apreté con

delicadeza.

—No hay ningún novio —dijo al fin. Habló pausada, marcando cada sílaba—. Me lo inventé.

Se quedó observándome, atenta a mi reacción. Me había hecho una revelación y esperaba el veredicto. Yo, por mi parte, si había alguna explicación que no me hubiese ni planteado, era justo esa. Estaba tan perpleja que apenas atiné a formular una pregunta coherente. Marina continuó, recuperando el aplomo, y me contó que quiso hacerle daño a Sergio, humillarle. No para vengarse, aclaró, lo estaba pasando tan mal que no le quedaban fuerzas ni para eso, sino porque quería terminar con la relación definitivamente y necesitaba un punto de no retorno.

—He intentado dejarlo miles de veces —dijo—, tú lo sabes, y siempre acabábamos volviendo.

Sergio no es mal tío y yo le quiero, pero estar con él es imposible. Al menos para mí. Entendí que estaba sufriendo para nada, que él nunca cambiaría y que yo no conseguiría ser feliz a su lado, así que me inventé que le había engañado con otro. Sabía que esto era lo único que no me perdonaría jamás, ¿entiendes?

Parpadeé confusa el medio minuto que tardé en asimilar la información. Y cuando comprendí lo que me estaba diciendo, me entró un ataque de risa. Tal cual.

—Lo siento —dije, secándome las lágrimas. No podía parar. Marina me miraba desconcertada—. Perdóname. Me da mucha pena que hayas tenido que hacer esto, de verdad, pero es que es lo más brillante que he escuchado en toda mi vida.

Rió también, aunque la suya fue una risa triste.

Sospeché entonces que quizás viese en mí su última oportunidad de echarse atrás, la única llave que le permitiría abrir esa puerta que ella misma, con tanta valentía, se había cerrado. Si yo le contaba a Sergio lo que había pasado en realidad, Marina retornaría de manera automática a su papel de pobre novia sufridora, de histérica desesperada, y la relación podría volver a empezar. No obstante, preferí callar y creer que había sido el subconsciente, que en ocasiones nos delata o nos intenta arrastrar a esas situaciones enfermizas que hemos conseguido dejar atrás pero que, aun así, todavía nos llaman.

A pesar de todo, conseguimos cambiar de tema y mantener una charla distendida y banal. Marina preguntó por Alberto como quien pregunta por el tiempo que hará mañana y, aunque la promesa de

intimidad y secretismo que se perfilaba tras su confesión me tentó, elegí no desahogarme con ella. Sergio era de todo menos previsible y quién me aseguraba a mí que al día siguiente no se iban a perdonar y a querer como antes. Y ahí estaría de nuevo, peligrosa, la burbuja de intimidad. Pero pasamos un rato agradable y, prometiendo repetirlo otro día, nos despedimos con un gran abrazo. Las dos sabíamos que eso no ocurriría, claro. No solo porque no habíamos intercambiado teléfonos, sino porque, lo dejase o no con Alberto, Marina era para mí, tanto como yo para ella, un fantasma del pasado.

Esa noche, volviendo a casa tras la cena con mi padre y mis hermanas, pensé mucho en lo triste que era verse empujado a dejar a alguien porque no te sientes querido, y más si tú sí que estás enamorado

de esa persona. Me acordé otra vez de Pablo, de lo que me costó a mí dar ese paso, muriéndome por dentro mientras él ponía cara de no entender qué estaba ocurriendo, «si estamos bien así —me decía—, como hemos estado siempre. Somos amigos, ¿no? ¿Para qué quieres estropearlo?». Fue instinto de supervivencia.

Pero ¿y Alberto? Yo no soy Pablo, pero la dinámica de nuestra relación, invertida, no es tan diferente a la que tuve con él, ni a la que tuvo Sergio con Marina. ¿Y si, como Marina, lo que le llevó a reventar la relación fue mi comportamiento despegado y poco entregado? ¿Y si, después de todo, el humillado aquí era él?

Cuando llegué a casa, Alberto dormía. Me acosté a su lado y me quedé mirándole un rato, con una pizca de remordimiento.

—Don Ignacio, ¿puedo hablar un momento con usted?

El tono amistoso de Ole me sorprendió. Normalmente trata al jefe con una altivez denigrante, exagerando tanto tecnicismos como cortesía para hacerle sentir más inferior todavía. Volvíamos de comer algo rápido, pues era viernes y teníamos prisa por salir y empezar el fin de semana. Además, Pilar seguía enferma y, aunque Pati nos arrastró a todos al bar de la esquina a por unos sándwiches, no era lo mismo sin ella.

Salieron juntos del despacho a los pocos

minutos, en silencio.

—Dígale que se mejore de mi parte, se lo ruego.

—Ole recogía sus cosas y don Ignacio, de pie a su lado, le observaba con seriedad. Se le notaba preocupado—. Y llévele flores. Le gustan los tulipanes.

—Descuide, jefe, lo haré.

—¿Vas a ver a Pilar? —preguntó Pati.

Intranquila por el tono solemne con que se hablaban, se había acercado a la mesa de Ole—.

¿Qué le pasa? ¿Está muy mal?

—Muy mal tampoco. Lo que está es sola —lo dijo con tanta pena que se nos hizo un nudo en el estómago. Yo también me levanté y los cuatro nos miramos un momento sin decir nada—.Podríamos ir todos y llevarle algo de comer, seguro que se anima —propuso Ole de pronto. Acechó al jefe,

calibrando su aprobación, y añadió—: Los programas están terminados, no hay nada urgente para hoy.

Don Ignacio meditó un momento y asintió despacio, aún pensativo. ¿Nos parecía bien? Sí, claro que nos parecía bien.

Tardamos más de una hora en llegar a Aluche. Habíamos parado en la floristería, en un bar atestado en el que, según Ole, hacían las mejores croquetas de todo Madrid; había atasco y don Ignacio conducía nervioso, más pendiente de sus asientos de cuero que del tráfico. Bajamos del coche con los nervios a flor de piel. El portal, estrecho, helado, olía a desinfectante y fritanga, una mezcla que me repugnó y descorazonó a partes iguales. Nos abrió la puerta una Pilar congestionada, en bata y calcetines, que se quedó

boquiabierta ante la estampa que formábamos los cuatro allí, parados en el descansillo, el bochorno acechando tras nuestras enormes sonrisas. Parecía que estábamos posando para una foto fingiendo gritar: «¡Sorpresa!» Consciente de pronto del efecto paralizante de su falta de reacción, Pilar se apartó de prisa, sobresaltada, para dejarnos pasar.

—Te hemos traído croquetas. —Ole agitó la bolsa en el aire—. Siéntate, anda, que te las preparo en un momento.

Se metió en la cocina con la confianza del que ha estado más veces ahí y se siente cómodo. Los demás seguimos a Pilar en fila india hasta el salón y nos acomodamos con cautela en el sofá. El mobiliario y la decoración encajaban con su forma de vestir. Muebles de teca imitando antigüedad, lámpara de araña, tapetes de ganchillo y un enorme

sillón isabelino. Todo impecable, eso sí. No pude evitar acordarme de la madre de Alberto, que decía que en la pulcritud reside la dignidad del pobre. La estantería, sin embargo, desencajaba en el decorado almodovariano, inflada como estaba de libros y películas de carcasas coloristas, moderno el diseño y la tipografía en sus lomos. «Auténticos tesoros de coleccionista», me susurró Ole al oído rescatándome de mi pasmo. Nunca había visto nada igual.

—¿Queréis un té? —La obligada anfitriona recogía inquieta aquí y allá. Revistas, libros, el mando a distancia—. Solo tengo té verde. Y chai creo que también. O agua, si preferís.

Aceptamos el té, más por dinamizar el encuentro que porque tuviésemos sed. Nos parecía demasiado formal quedarnos ahí sentados sin

tomar nada, admirando cómo se comía las croquetas.

—¿Qué tal te encuentras, Pilar? —pregunté. Estaba sentada al lado de don Ignacio, que dio un respingo y repitió mi pregunta abochornado. Él, siempre tan correcto y resulta que se le había olvidado lo más importante. Ja.

—Mejor, gracias, creo que ya no tengo fiebre.

Se tocó la frente al contestar, para confirmar sus palabras. Sonreía a intervalos, como si se le olvidase, dejando traslucir una debilidad que le desconocíamos, y se me encogió el corazón.

—Bueno —carraspeó, buscando un registro desenfadado para su voz—, ¿y vosotros? ¿Os estáis portando bien? ¿Me estáis cuidado a don Ignacio?

Le pusimos al día de los últimos

acontecimientos y, poco a poco, la conversación empezó a fluir con naturalidad. Nos tomamos otro té y acabamos llorando de la risa con la crónica que nos regaló Pati sobre la puesta en forma de don Ignacio, su nuevo protegido, al que calificó de un poco torpe pero con gran potencial. Al jefe no le estaba haciendo ninguna gracia, aunque no le quedó otra que aguantarse. Solo faltó Sven, para darle el puntillo absurdo que los nórdicos le transfieren a todo con su literalidad, pero aun así lo pasamos bien. A las ocho en punto, Pati dijo que había quedado y tenía que irse ya, y nos marchamos todos detrás, por imitación, la timidez de vuelta en nuestros gestos, en una despedida precipitada. Pilar seguía moqueando cuando nos acompañó al ascensor. Tenía las mejillas

coloradas y en sus ojos centelleaba algo que identifiqué como felicidad. Me conmovió.

—Hasta el lunes —dije, y la abracé.

Pati desapareció en un taxi, deseándonos un buen *finde*. Tenía prisa. Don Ignacio se ofreció a acercarnos a algún sitio, pero como vive a las afueras y nosotros teníamos línea directa desde allí, declinamos la oferta y nos fuimos en metro.

—Yo creo que le ha hecho ilusión.

Ole le hablaba a mi oreja. El vagón estaba abarrotado de adolescentes eufóricos y arregladísimos, auténticas bombas de hormonas, y tuvimos que quedarnos de pie comprimidos contra la puerta.

—Seguro que sí —contesté. Evoqué otra vez la

casa, con todas sus curiosidades, y no pude evitar sonreír.

Estuvimos un rato callados, observando el ardor quinceañero, sus ganas de juerga, y me perdí en mis reflexiones. ¿Hacía cuánto que no me maquillaba tanto para salir? Yo tenía un cinturón de pinchos como ese ¿Dónde estará? ¿Lo tiraría mi padre cuando me mudé? ¿Mis minifaldas también? Empecé a sentirme muy mayor.

—¿Qué haces esta noche? —preguntó Ole interrumpiendo mi divagación nostálgica.

—No lo sé. Nada especial, supongo. ¿Tú?

—También nada especial —contestó—. He quedado con unos amigos para tomar algo.

—¿Hay más como tú? —Le estaba vacilando.

—Sí, somos muchos, pero nos camuflamos. —

Ole me siguió la broma, sin mostrar agravio. Me guiñó un ojo—. Si te apetece, puedes venir.

—Vale.

Me sorprendió mi arrojo. Los viernes no solemos tener plan fijo, Alberto y yo, aunque se da por hecho que nos quedamos en casa juntos, haciendo algo tranquilo y descansando de la semana. Pero esa noche no tenía ganas de descansar con él. Nos bajamos en Callao rodeados de la marabunta púber. Le había dicho que sí siguiendo un impulso, no sé bien de qué tipo, y empecé a dudar en cuanto echamos a andar en silencio por las calles empapadas. Ole representaba para mí otro mundo, algo desconocido y extraño, casi incomprensible: el universo de los bares pequeños de Malasaña, los festivales de música alternativos, el fanatismo por

la ciencia ficción y el lenguaje oscuro de los ordenadores. Perteneíamos a tribus que se desprecian por principio —de nuevo, los prejuicios—, y, aunque en los descansos de trabajo nos llevábamos bien, siempre lo habíamos achacado a la poca elección que nos dejaba la oficina. Una amistad sustentada en el triste principio del mal menor.

El bar en el que entramos era pequeño, oscuro, y estaba lleno de modernos. Los amigos de Ole, tres hipsters uniformados, resultaron más simpáticos de lo que esperaba, aunque tras un interrogatorio superficial dejaron de prestarme atención y siguieron con sus cosas.

—¿Has visto que no mordemos?

Habían subido el volumen de la música y Ole

acercó su silla. Me reí, achispada, aceptando su burla. Se inclinó hacia mí para no tener que gritar.

—¿Qué pasó con tu novio, por cierto? No volviste a decir nada. Doy por hecho que se arregló.

—Todavía no he hablado con él.

Lo dije con sorna, envalentonada por el alcohol y retándole a indignarse o a echarme una moralina. En ese momento me hubiese dado igual Ole que cualquier otra persona, incluso el propio Alberto. Insólito y fascinante para mí, el entorno, la gente, la música, todo lo que me rodeaba me transportaba a una juventud desconocida, opuesta a la que tuve y que, sin embargo, de algún modo echaba de menos. Sentí la necesidad de fundirme con ese ambiente, como un desasosiego nostálgico. Estaba a punto de cumplir treinta y cuatro años y acababa

de darme cuenta de que era una ignorante. Vivía con mi novio, salíamos a cenar, a mi alrededor se formaban familias, se ahorrraba, se compraban coches y casas y se hablaba de las asistentas y, de pronto, no era el único camino. Ole era mayor que yo, no mucho, un par de años a lo sumo, y no obstante, en su mundo adiviné una juventud asertiva, insurrecta, pero sobre todo prometedora y llena de ilusiones por conquistar.

Se lo dije. Asintió con ternura, dando a entender que comprendía mi anhelo. «Nadie quiere estar solo —dijo—, por eso es tan difícil romper con lo que tenemos y empezar desde cero.» Me contó lo que le había costado a él salir del pueblo, de la vida rancia y soporífera que le aguardaba. Le habían salvado sus notas, la promesa universitaria que sus padres no se atrevieron a negarle y su

instinto de supervivencia. «Soy gay —dijo—, quedarme allí era un suicidio para mí.» Me explicó que habían empezado a correr rumores sobre su relación con su mejor amigo, ciertos todos, y que llegó un momento en el que se negó a acallarlos. ¿Por qué no dar la cara si no estaban haciendo nada malo? Sus padres lo sabían desde que tenía dieciséis y aunque no lo entendían y aún les incomodaba el tema, se habían acostumbrado a aceptarlo en una especie de juego de sobreentendidos que, asumió, era lo más cercano al respeto que podía esperar de ellos. Luego se dio cuenta, decepcionado, de que no era solo asunto suyo ni de su familia. Su amigo, su pareja, la persona que debería haberle dado la mano en público, prefirió guardar las apariencias y echarse novia.

—Se casó con ella y tuvo dos niñas, así que ya ves. Si me hubiese quedado, probablemente seguiríamos juntos. A escondidas, eso sí. —Su mirada era triste y suspiró para sacudírsela antes de concluir su historia—. Elegí no hacerlo. Tomé la decisión a ciegas, muerto de miedo, y aunque me ha costado tiempo aceptarla y todavía me duele cuando voy al pueblo y me lo encuentro, no me arrepiento.

—Hiciste bien.

—Lo sé.

Agaché la cabeza y me dejé llevar por el pesimismo.

—Yo no sé lo que quiero, Ole.

Entonces me miró a los ojos, muy serio, y me cogió la mano.

—Lo único importante, Elena, es saber lo que

no quieres.

—Eso sí que lo sé.

Camuflé las lágrimas que se asomaron dándole el último trago a la cerveza.

—Voy a por otra —dije—. ¿Quieres?

Reinaba un silencio sepulcral. Al principio me extrañó, aunque cuando vi que eran más de las tres comprendí que Alberto llevaría ya un buen rato en casa de sus padres. Repté fuera de la cama, puse una cafetera y, con la boca todavía pastosa, empecé a buscar una nota.

Nada.

Revisé el móvil.

Nada.

Debía de estar muy enfadado. Cabreado como un mono, diría Natalia. La noche anterior me llamó varias veces de madrugada, primero preocupado,

luego cada vez más indignado, y yo solo atiné a decirle que estaba bien y que volvería tarde. Y — oh, punzada de arrepentimiento— que no fuera tan pesado. Cuando por fin llegué, poco antes del amanecer, me metí en la cama de puntillas todo lo rápido que mi agilidad alcoholizada me permitió. Alberto yacía dándome la espalda, demasiado tieso para estar durmiendo, pero estaba tan borracha y tenía tan pocas ganas de discutir, que fingí no darme cuenta y cerré los ojos. Medio segundo después estaba roncando.

Las dos horas siguientes a mi primer café de esa tardía mañana de sábado me dediqué a arrastrar mi resaca por casa. Comí algo, me duché, fumé, vi la tele, recogí el salón. Lo que no hice fue llamar a Alberto. Ni amago siquiera. Recuerdo sentirme invadida por un sosiego agradable, casi excesivo,

en todos mis movimientos. Imagino que la resaca contribuyó a mi embotamiento, claro, pero había algo más en esa actitud, insólita por mi parte. Sabía que mi novio me pediría explicaciones en cuanto volviese, resentido y cargado de razón, y que esta vez no podría escaquearme con una excusa vulgar. No había habido Sergios a los que consolar, ni Marías deprimidas, ni una hermana necesitada de colaboración a quien poder echarle la culpa de mi desplante. La había cagado y ahora sí que no había marcha atrás. No servía de nada seguir dándole vueltas al asunto.

Pasadas las cinco, zapeando aburrida en el sofá, escuché la puerta de casa. Era Alberto. Entró en silencio, con la mirada torcida y una mueca de rabia contenida que en lugar de acobardarme

disparó mi irritación. «Vas listo —pensé—, si te crees el ofendido aquí.»

—¿Y Sergio?

Se lo pregunté altiva, sin saludarle antes. Estaba siendo grosera a propósito.

—Con su madre. —Fue cortante—. Tenemos que hablar.

—No me digas —ironicé.

Gruñó, un quejido más propio de la desesperación que del enfado. Con el abrigo aún puesto se derrumbó a mi lado y sus ojos me regalaron una súplica silenciosa.

—¿Qué te pasa, Elena? —Le temblaba la voz—. ¿Qué está pasando?

Le encaré.

—He leído los mensajes —dije.

Me salió sin pensar, a bocajarro, y durante un

segundo le acompañé en su estupefacción. Sin embargo, mientras yo sí recompuse mi expresión odiosa, Alberto conservó el ceño fruncido, interrogante y desorientado.

—¿Qué mensajes?

Su perplejidad era sincera, o por lo menos lo parecía. No era la reacción que esperaba. ¿Cómo que qué mensajes? Sentí cómo empezaba a abandonarme la calma y me lancé al sarcasmo.

—Sé que no debería haberlo hecho, claro, que todos tenemos derecho a nuestra intimidad y esas chorradas, pero no es el momento de discutir eso. Además, es que ni siquiera los estaba buscando. Pero si de todas formas quieres cabrearte por eso, lo haces luego. Lo que importa ahora es que los he descubierto.

Alberto boqueaba como un pez fuera del agua.

Quería decir algo, pero no le salían las palabras y su semblante bobalicón me estaba sacando de quicio. Entornaba los ojos, desconcertado, intentando recordar a toda velocidad, situar mi acusación. Pasa siempre, supongo, cuando se te recrimina algo de forma tajante, aunque no sepas de qué te están hablando, aunque, incluso, no hayas hecho aquello de lo que se te acusa, no puedes evitar dudar un instante y parecer culpable. Por mi parte, llevaba tres semanas fantaseando con esa conversación y en cada una de sus versiones yo me mantenía mayestática e implacable, diciendo más con mis silencios que con mis palabras. La realidad, no obstante, no estaba siendo tan benévola conmigo.

—¡Alberto, por favor, deja de hacer el imbécil!
—Perdí los nervios—. Sabes perfectamente a lo

que me estoy refiriendo. Y si no lo sabes, peor me lo pones. ¡¿Qué pasa, que lo has hecho más veces?!

—¿El q... el qué? —tartamudeó. Me miraba horrorizado.

—Joder, Alberto —me mordí el labio inferior, furiosa—, que no quiero jugar a los renunciados, que no te hagas el loco, que te he dicho que lo he visto. ¡Lo-he-vis-to!

—Elena, te juro por lo que más quieras que no sé de qué me estás hablando. —Hablabas atropellado, como si intentase calmar a alguien que le apunta con una pistola sin venir a cuento y solo quisiera que la bajase, muerto de miedo.

—Vete a la mierda.

—Elena, por favor...

—Los mensajes, ¿vale? —Le escupía las

palabras con violencia, cada frase una bofetada simbólica que me estaba aguantando—. Los putos mensajes esos de «te echo de menos» —empecé a parodiarle—, «no me arrepiento de nada», «hacía mucho que no me sentía tan a gusto con nadie»... ¡Esos mensajes, joder!

—¿Cómo? —Le cambió el gesto de repente. Le sonaba, deduje, pero todavía no había localizado el recuerdo.

—¡Coño, Alberto! ¡A tu vuelta de Barcelona, el año pasado! —rugía histérica.

Estaba rabiosa y decepcionada al mismo tiempo. Había contado con que lo negase y descubrirle la mentira, con que se pusiese nervioso y confesase, con que llorase, suplicando mi perdón, con cualquier reacción menos esta. La persistencia de su desconcierto me estaba

humillando más que cualquier infidelidad. El mayor desprecio que podía imaginar.

—Tu rollo con la Pilimindrina esa... —Se me quebró la voz—. ¡Mierda!

Alberto parpadeó perplejo, un instante nada más, y de pronto se desinfló como un globo. Se frotó los ojos, absorto, y hundió la cara en sus manos, un suspiro agotado se le coló entre los dedos. Se quedó así unos segundos que me parecieron minutos, horas incluso. Y entonces, muy despacio, como a cámara lenta, levantó la vista y me miró de frente. Lo que vi, sin embargo, no fue ni resignación ni claudicación.

—Elena... no me lo puedo creer.

Sonreía triste. Y, sobre todo, aliviado.

—... No me lo puedo creer.

Lo peor no fue el desconcierto, ni la vergüenza, ni tampoco la reprimenda dulzona, un punto arrogante, de Alberto. Lo peor de todo, sin duda, fue el cansancio. Llevaba tres semanas preparándome, infiriendo posibilidades y asumiendo situaciones. Tres semanas pensando que, como mínimo, el último año de mi vida había sido una gran mentira.

Me había creído engañada por Albertos que evolucionaron según el día, la hora y la compañía. Primero estuvo el Alberto malvado, que disfrutaba

con la emoción clandestina, riéndose entre dientes de mí y mis estúpidas ínfulas de mujer fatal. Luego llegó el pusilánime arrepentido, que procuraba no pensar en ello pero que, de vez en cuando, experimentaba una punzada de remordimiento, rezando para que aquello jamás saliese a la luz y lamentando que no existiese la posibilidad de retroceder en el tiempo y deshacer lo que hizo. Por último apareció el Alberto de corazón dividido, atormentado por la duda y apremiado a decidirse entre las dos, apenándose por mí, que no sospechaba la amenaza y seguía colocando tazas en los armarios de la cocina. Planteándose a ratos si quedarse conmigo había sido la mejor decisión.

Me había imaginado muchos Albertos, superándolos a todos a medida que iban apareciendo. Pero aquel que me encontré fue el

único con el que no había contado. Era el mismo, sin embargo, con el que empecé a salir hacía casi cinco años y con el que convivía desde hace uno, el que quería casarse y no se atrevía a pedírmelo. Le había borrado de un plumazo el día de su treinta y cinco cumpleaños, tiñendo el pasado de falsedad y aplicándome en reconstruirlo, como irrealidad, para poder alejarme de él sin titubeos. Y justo cuando creí que lo había conseguido, que la infidelidad en cualquiera de sus versiones amparaba la decisión de abandonarle, mi excusa me dejó plantada.

—¿De verdad que no te acuerdas? —Hablabas sereno, con la paciente extrañeza de quien intenta explicarle a un niño algo obvio por enésima vez —. Te lo conté justo al volver.

Me lo había contado, sí. Se la encontró en

Barcelona, en una de las conferencias, y ella le reconoció por el apellido. «Soy Pilar —le dijo—, tu tía Pili.» Al principio Alberto no cayó, al fin y al cabo no la conocía de nada y en su casa la mujer de su tío siempre había sido un tema tabú. «Una imbécil —le dijo su madre unas Navidades cuando él era todavía pequeño—, y no me vuelvas a preguntar porque para esta familia es como si estuviese muerta.» Alberto, niño obediente y distraído, retornó a sus juguetes nuevos y se olvidó pronto del asunto. Nunca llegó a ser consciente de que tenía una tía en Barcelona. La semana que pasó allí recuperaron algo del tiempo perdido. Viuda prematura del hermano de Marga, el nuevo marido de Pilar era uno de los organizadores del evento y no tuvieron más remedio que verse a diario. Alberto le fue perdiendo el miedo, poco a

poco, y empezó a gustarle. La última noche se dejó incluso invitar a cenar en su casa, y acabaron despidiéndose con promesas de cariño, más trato y, ante todo, clandestinidad.

—Es una señora increíble, muy moderna —me había dicho en el coche, camino a casa desde el aeropuerto—. Nada que ver con mi madre... ¡Si hasta tiene Facebook!

Estaba eufórico y parloteaba sin parar. Yo le sonreía ausente, fingiendo interés y sorpresa, agradecida por su desordenada verborrea y las intervenciones puntuales e insulsas que me exigía la conversación. Ajá, qué bien, qué fuerte y ¿en serio? Era domingo por la tarde y yo llevaba menos de doce horas de ofuscación melancólica. La noche anterior había salido a cenar a Dabbawala con mis amigas y sus maridos. Un plan

tranquilo y burgués, como todos los sábados. Rafa y Silvia, prácticamente recién parida, corrieron a casa antes de los postres, y los demás les habríamos imitado una hora después si no hubiese sido por Nuria. Compartíamos un porro de despedida a la puerta cuando apareció para hacer lo mismo, emergida del bar de copas que el propio restaurante tenía acondicionado en su trastero abovedado, muy pseudovintage y muy de moda. «Está súper animado —dijo—; anda, bajad a tomar una copilla.» La seguimos, algo escépticos pero sin oponer resistencia, y al acercarme a la barra le vi. Hacía más de dos años que no lo hacía en persona. Por su perfil de Facebook sabía que se había mudado a Londres, que lo pasaba bien, y que yo podía vivir tranquila, sin miedo a encontrármelo en cualquier esquina de Madrid. Y

ahora estaba allí. Pablo. Sin previo aviso. El corazón me trepó a la garganta.

—Hombreeee. —Se le iluminó la cara al verme y se acercó a saludarme, exultante—. ¡Tía chungá! ¿Qué pasa? ¡Cuánto tiempo!

Su alegría, sincera, me dolió como una bofetada. Si hubiese intentado evitarme o tantearme con cuidado, por lo menos sabría que no le importaba una mierda. Pero me recompuse como pude y aparenté todo el entusiasmo del que fui capaz: sí, cuanto tiempo, qué tal en Londres, qué ilusión verte, bla, bla, bla. Me contó que estaba de paso, el fin de semana nada más.

—Espera, que te voy a presentar. —Me puso una mano en el hombro y se volvió hacia su grupo de amigos—. ¡Giulia! ¡Giuuuliaaaa!

Gritaba por encima de la música, haciéndole

gestos para que se acercase a una rubia sonriente y escandalosa que bromeaba con todos.

—Giulia, mira, esta es Elena, una vieja amiga.
—Le pasó la mano por la cintura y me miró—.
Elena, Giulia.

No hizo falta que aclarase lo obvio. Giulia, una italiana encantadora, de esas que ríen sin parar, se hacen selfies sacando la lengua y abrazan a todo el mundo como si les conociesen de toda la vida, hizo lo propio conmigo y se me abalanzó enseguida, ultracariñosa. Su aplomo risueño terminó de pulverizarme el ánimo.

—*¡Piacere*, Elvira! Ups, disculpa. —Rió—.
¿Cómo si dice? ¡Encantata?

Ni un atisbo de recelo u hostilidad por su parte. Por la de Pablo, que la miraba con arrobo ajeno a

mi mal disimulada turbación, ningún indicio de incomodidad. Me quise morir.

—Igualmente. —Sonreí forzada. Ni siquiera la corregí.

Intercambiamos un par de frases de cortesía y regresaron a su velada, enlazados y bromeando. No volvimos a establecer contacto visual en toda la noche. Yo, que había fantaseado infinidad de veces con un encuentro casual que me permitiese confirmar que le había superado, me desmoroné por dentro. Me sentí fea, tonta y sosa, y las siguientes horas me las pasé bebiendo mucho y sufriendo más. Eran felices, muy felices, y esa intimidad que les espí, la tensión sexual afianzada y juguetona que se adivinaba entre ellos me torturó durante días. Pero no era una cuestión de celos, ni mucho menos, sino de rivalidad. Me jodía verle

feliz, así de claro. No lo soportaba. Después de lo que había sufrido, lo mínimo era que fuese yo la primera en restregarle mi ufana indiferencia por las narices, ¿no? No obstante, lo peor no fue eso, o no solo. Lo peor fue que me alegré de que Alberto no estuviese esa noche. Las comparaciones son odiosas y, ante el glamour de la italiana y el desaliño chic de Pablo —seguía llevando deportivas de colores sin parecer ridículo—, la insulsez de mi novio solo iba a resaltar mi mediocridad. Me avergoncé de Alberto por primera vez en mi vida. «Mala señal», me dije ya entonces.

Absorta en esos pensamientos, en el análisis exhaustivo del saludo de Pablo, su mirada, sus palabras, los gestos de complicidad con su novia, los que había intercambiado conmigo años atrás,

lo fea que era la puta italiana en realidad, y qué pintas llevaba, por Dios, se notaba a la legua que era una choni con pasta; así, en ese plan, con una bola de odio y autoconmiseración en el estómago, recogí a Alberto del aeropuerto el domingo por la tarde. Como para prestar atención a lo que me estaba diciendo. Si me hubiese contado que se había liado con otra ni me habría enterado. Es más, es que me habría dado exactamente igual. Solo un par de semanas más tarde, con un plan diabólico y fulminante a ejecutar la próxima vez que me encontrase a Pablo, regresé a la superficie del mundo y, ya sí, volví a vivir mi vida y a interactuar con normalidad. Sin embargo, la tía Pilar y otros asuntos que debieron de surgir esos días aterrizaron sin estrenar en lo más recóndito de mi memoria. Y no fue hasta un año después de

aquellos sucesos, sentada frente a Alberto en el sofá de nuestra casa, cuando a mi mente acudieron retazos de aquel monólogo exultante y explicativo, desordenados pero nítidos.

«La tía Pilar —pensé—, claro, Pili, Pilimindrina. Soy gilipollas.»

Sumisa, qué remedio, aguanté el interrogatorio de Alberto que, a medida que iba recopilando información acerca de mis pesquisas de las últimas semanas, se crecía. «Por eso estabas tan rara —decía—, ahora lo entiendo.»

—¿Por qué no confiaste en mí, Elena?

Le pedí perdón, abochornada, con una apatía que revelaba de todo menos la alegría y el alivio que, en teoría, cualquier novia en esa situación debería estar sintiendo. Estaba aturdida y, sobre todo, agotada.

Alberto me dejó bastante tranquila el resto del fin de semana. Dijo que no estaba enfadado, aunque paladeaba su triunfo con una condescendencia exagerada, arrogante incluso, como autorizándome la abulia por penitencia. Me estaba cayendo como el culo con esos aires de superioridad moral, todo sea dicho, pero ya no me quedaban fuerzas ni para pelearme por eso. Tampoco tuve ganas de llamar a nadie y ponerme a dar explicaciones, parapetada en el baño susurrándole al teléfono. No quería que Alberto me pillase hablando con mis amigas y darle vía libre para sacar el tema y cuestionar mi

comportamiento delante de ellas en la próxima cena de parejitas de mierda. No les quedaría más remedio que darle la razón y apoyarle en su regañina. Me sentí muy sola. Y encadenada, eso también, de una manera extraña, como si, más allá de mi comportamiento infantil —«poco maduro y cero honesto», había dicho Alberto—, todo lo que hubiese sentido las últimas semanas estuviese mal y ahora arrastrase una deuda inmensa con mi novio. Mi único consuelo era que la culpabilidad depresiva me eximía de saldársela en la cama, por lo menos de momento. Así de birria me sentía.

—¡Buenos días!

Ole me había visto llegar de lejos y esperaba

sonriente, sujetando la puerta del ascensor. Entré sin decir nada.

—¿Estás bien? —preguntó confuso.

—Sí.

Mi mirada debió de decirle lo contrario, debió de decirle «insísteme, por favor, insísteme y te lo contaré», porque soltó el botón y, sin consultarme si quería, si me parecía bien o tenía tiempo, cogió mi mano y me sacó de allí. La mantuvo apretada todo el camino hacia una cafetería. No era la de todas las mañanas, sino una un poco más alejada, supuse que era para evitar encuentros inoportunos. Pidió dos carajillos y esperó a que me bebiese el mío antes de preguntar.

—Has hablado con Alberto, ¿verdad?

En su voz no había rastro de la sorna amistosa con la que solía curiosearme la vida.

—El sábado —murmuré.

Me observó callado e inexpresivo, esperando a que yo continuase.

—Fue... —titubeaba—, fue un malentendido.

Quería contárselo, necesitaba hacerlo. En mi cabeza se agolpaban las frases, claras, simples, informativas, pero cuando abría la boca, se escurrían hasta el fondo de mi estómago convertidas en una bola pesada que me ahogaba la voz. Me daba vergüenza verbalizar lo ocurrido, contextualizar el error, *mi* error, explicar el porqué de mi lapsus, y tener que confesar que aquí la hipócrita era yo. Sentía un miedo atroz, pues no me quedaría más remedio que admitir que las últimas semanas habían sido una mentira y yo el objeto de una atención inmerecida.

Ole me cogió de la mano y agachó la cabeza.

Forzando el contacto visual, sonrió con ternura. Que fuese gay me hizo sentir cómoda, liberada de esa distancia de seguridad que me obligo a mantener en cualquier relación con el sexo opuesto susceptible de ser malentendida, maridos de amigas incluidos. Respiré hondo y, sin dejar de mirarle, empecé a hablar. Lo hice de forma desordenada, saltando de un tema a otro sin orden ni concierto, hablándole de Alberto, de nuestra relación, de Pablo incluso, de Sergio y Marina, de Natalia, Teresa y sus consejos autoexcluyentes. Pero sobre todo hablé de lo que habían significado para mí esos días pasados.

—Que tu novio te ponga los cuernos es objetivamente humillante, no importan las circunstancias o lo mucho que se arrepienta después. Y yo estaba humillada, te lo juro, Ole,

como no lo había estado antes en toda mi vida. Y aun así, a pesar del golpe, de la decepción y la sensación de que se habían descojonado de mí en mi propia cara, no me sentía tan tan mal. Quiero decir que han pasado cosas gracias a esa «tragedia» —entrecomillé con un gesto la palabra, en un intento de arrebatarse la fatalidad que implicaba—, cosas que me han hecho feliz.

»Como si se hubiesen abierto grietas —continué—, pequeñas todavía, pero muy prometedoras.

En pocos días, estar sentada allí con él llorándole mis penas, llevarle croquetas a Pilar o salir a comer todos juntos sin motivo aparente se había vuelto normal. Y no solo eso. La relación con mis hermanas estaba dando un giro, de vuelta a unos orígenes descuidados, y en cuanto a mis amigas, algo se estaba rompiendo, depurando más

bien. Que la semilla de todo aquello fuese una simple equivocación me exigía tapar esas fisuras, regresar a una vida que, aunque hasta hace poco me parecía evidente y manejable, ahora me resultaba ficticia y agobiante.

—No sé qué me pasa, Ole. —Escondí la cabeza entre mis brazos apoyados en la mesa.

—Deberías estar contenta —dijo. No era un reproche.

—Lo sé.

Me obligó a incorporarme y me miró con seriedad. Seguía cogiéndome la mano.

—También deberías saber que la felicidad es traidora. Que te deja tirado cuando menos te lo esperas.

Esa paz cósmica que sentía, explicó, ese universo que se había creado a mi alrededor

últimamente no era mentira, y sin embargo desaparecería de todas formas. Se desgastaría, como todo, comido por la rutina y el decaimiento de la euforia general. Ahora estábamos enamorados de la situación, cegados por el descubrimiento, explorando, hasta que un día uno se marche, o dos se emparejen, Pati vuelva a ponerte nerviosa o tengan que cerrar la empresa y todo empiece a irse poco a poco a la mierda otra vez.

—¿Entiendes? —preguntó.

—Sí, entiendo.

Entendía, porque era una sensación conocida. «Me invade a veces —confesé—, cuando estoy con mis amigas y me doy cuenta de que jamás volveremos a saltar el muro del colegio, a copiarnos en los exámenes o a escondernos a

fumar en los baños. Y también con mis hermanas, cuando presiento que, por mucho que nos acerquemos, nunca más vivirán en el cuarto de al lado, ni nos pelearemos por la ropa o comentaremos con crueldad *miss España*, en pijama, hinchándonos a pipas.» Intuí entonces que la vida pasa y que a la felicidad le suele gustar saludar desde lejos, burlona. De mí dependía quedarme ahí, devolviéndole el saludo, o dejarla marchar y salir a buscar la siguiente.

—Tienes razón —le reconocí al cabo de unos minutos de silencio—, no tiene ningún sentido amargarme por lo que se va a morir de todos modos. Tengo que disfrutarlo ahora.

—Justo.

—Y pensar en el futuro —concluí.

Lo único que tenía que decidir antes, dijo Ole

levantándose, era quién quería que estuviese incluido en él. Y cómo.

—¡Qué dices!

—¡No me lo puedo creer!

Silvia y Paloma se alegraron, sobre todo esta última. Reían aliviadas, riñéndome con mimo y me decían cosas como: «¿Ves cómo tendrías que haber hablado con él desde el principio?» o «estaba claro que Alberto no era capaz de algo así». Yo me limitaba a asentir con cara de circunstancias y seguirles el juego, sonriendo con la despistada inocencia de un niño travieso sorprendido por la suavidad de la reprimenda.

Estaba fingiendo, claro, pero aquello era mejor

que la solemnidad que reinaba en casa. Alberto había empezado a alternar ataques de amor incondicional y la ironía más feroz, crispado, supongo, por lo injustificado de mi persistente apatía. Y es que en teoría debería estar dando saltos de alegría, ¿no? Por su parte, Sergio se movía por casa casi de puntillas, procurando hacerse invisible mientras intentaba comportarse como si no pasara nada. Solo esa mañana, después de una grosería de Alberto a la que no quise ni replicar —«No, si encima voy a tener que pedirte perdón yo a ti, no te jode»—, se había levantado para abrazarme a escondidas con los ojos llenos de compasión. Pero su gesto me hizo sentir culpable y me asqueó, así que sí, confieso que me dejé llevar por la transigencia ufana de mis amigas sin ningún pudor.

Estábamos sentadas a una mesa en la cafetería de enfrente del gimnasio. Era martes. Silvia parloteaba pletórica y Paloma se removía inquieta, resoplando y cambiando de postura cada cinco minutos. Le molestaba la tripa, decía, menos mal que solo le quedaban dos semanas. María era la única que permanecía lejos, absorta en sus pensamientos. Seguía triste.

—¿Te pasa algo, María? —Para variar, Silvia fue directa al grano.

—¿A mí? —Dio un respingo, sobresaltada por la realidad, y se apresuró a aplacar cualquier amago de interrogatorio con una sonrisa forzada —. No, no, nada.

—Bien, porque tengo que daros una noticia...

Lo adivinamos enseguida, por supuesto, aunque dejamos que Silvia mantuviese el suspense unos

segundos. Nos miró una a una, exultante, y al fin lo dijo.

—¡Estoy embarazadaaaa!

Coreamos su alegría con entusiasmo, levantándonos todas para abrazarla, besarla y felicitarla. Era feliz y nosotras, incluida María, supimos serlo por ella también. La siguiente media hora no hablamos de otra cosa. Que si qué tal te encuentras, que para cuándo es, que qué fuerte dos hijos ya y cosas así. Sin embargo, como una sombra agazapada que acechaba, recordé la conversación con Ole y no pude evitar sentir el abismo que, por momentos, se agrandaba entre nosotras. Nos hacíamos mayores demasiado rápido, pensé, y eso no solo nos alejaba de esa infancia compartida, idealizada en la añoranza,

sino que además, según la vida que elegíamos, nos separaba los caminos.

No me veía teniendo niños a corto plazo y comprendí que, si algún día los tenía, ya no irían a la misma clase que los de Silvia o los de Paloma, ni coincidirían en el parque, ni tampoco serían amigos. Íbamos a destiempo y, por mucho que nos agarrásemos al pasado, al afecto sincero que nos teníamos, nuestras historias habían empezado a desacompasarse irremediablemente. Esa tarde, no obstante, quise sacudirme el pesimismo y decidí ignorar la *saudade*, brindando con coca cola por aquella felicidad remota que se despedía para siempre y que dejaba paso a una nueva, ajena pero concreta.

Cuando una hora después abandonamos el local, seguíamos eufóricas.

—Que sí, anda, no seas pesada, que no me cuesta nada.

No llovía, no era tarde y yo vivía cerca, así que si cedí fue porque la insistencia de María me acabó resultando de lo más sospechosa. No me equivoqué. En cuanto nos metimos en su coche se le cambió la cara. Permaneció callada contemplando el volante y al cabo de un par de minutos, volvió a apagar el motor.

—Tengo que contarte algo —le temblaba la voz — y te pido, por favor, que no salga de aquí.

Asentí sin pronunciar palabra.

—E... —Le costaba articular la frase, dudaba, se retraía, cogía aire y volvía a soltarlo, desesperándose. Me miraba y en sus ojos adiviné

el miedo y la angustia, la ansiedad alarmada de quien está a punto de hacer una confesión peligrosa. Le apreté la mano con suavidad.

—Tranquila —dije.

—E... estoy embarazada.

Ya está, lo había soltado, y tal cual lo hizo, se desinfló buscando mi abrazo. Permaneció allí escondida bastante rato, hasta que se le acabaron las lágrimas, mientras yo le acariciaba el pelo con dulzura, susurrándole vagas promesas de bienestar. No me las creía ni yo, todo sea dicho, y en mi cabeza solo repetía «joder joder joder» como un mantra apocalíptico. Anda que no era mala suerte, me decía, que le pase esto justo ahora. Poco a poco cesaron los espasmos y fue serenándose.

—Perdona. —Se incorporó frotándose los ojos

—. Lo siento, no está bien que esté así. No sé lo que me pasa.

Intentó sonreír, de repente consciente de las miradas de los transeúntes que nos observaban con curiosidad morbosa al pasar. Seguíamos allí paradas y empezábamos a llamar la atención. Les ignoré y me encendí un cigarro.

—¿Lo sabe Carlos?

—No. —Fue tajante, casi brusca—. No lo sabe nadie todavía.

—Entiendo —dije.

Creí comprender lo sola que se sentía, lo sola que estaba en realidad. No se lo esperaba, continuó, había tirado la toalla y llevaba meses preocupada por otras cosas, ya me lo había dicho, como su relación, por ejemplo, si es que acaso tenía ya algún sentido. Lo más probable es que

fuese esa búsqueda encarnizada la que les había desgastado, una decepción al mes y volver a la esperanza, cada vez con menos optimismo.

—La gente dice que hay que pensarse bien eso de tener hijos, que son una gran responsabilidad. —Había dejado de llorar, pero su voz seguía siendo un lamento—. Pues no es verdad, Elena. Nadie se lo piensa. Te lanzas porque es lo normal, todo el mundo lo hace, estás en la edad, ves a tus amigos teniendo niños y te apetece. Sí, apetece, esa es la palabra, aunque suene frívolo. Piensas que, bueno, ¿por qué no ahora? Si los vas a tener igual, mejor tenerlos en grupo, a la vez, y así no te quedas atrás. Pero luego no llegan, lo intentas pero no hay manera, y ahí es cuando se convierte en un objetivo consciente y empiezas a pensártelo en

serio: «¿De verdad quiero esto? ¿De verdad sé dónde me estoy metiendo?».

Asentí. Tenía sentido.

—Por mucho que te cases o le jures amor eterno a alguien —reanudó más serena—, siempre te queda un margen, puedes echarte atrás; en cambio un hijo es para toda la vida.

Lo habría hecho sin dudar, al principio, se habría atado así a Carlos más allá de su matrimonio y sin embargo, cuando las circunstancias se lo impidieron, vislumbró la gravedad del asunto, lo que realmente significaría un niño. Confesó que no quedarse embarazada estaba resultando un alivio, lo único que le concedía el tiempo necesario para meditar una decisión tan definitiva. Y ahora tiempo era justo lo que no tenía.

—No sé qué hacer, Elena. —Lloraba otra vez, ahogada por la angustia—. Tengo la sensación de que elija lo que elija, me voy a arrepentir.

Respiré hondo, derrotista, dispuesta a darle la razón. «Menuda mierda de situación —pensaba—, ¿qué haría yo en su lugar?» Pero de pronto, como una iluminación, las palabras de Teresa acudieron a mi memoria. Lo de Alberto había tenido un desenlace inesperado y yo todavía no estaba segura de las implicaciones que tendría, era verdad, pero eso no significaba que nuestra conversación hubiese caído en vacío. Teresa había sido la única persona que me había dado la posibilidad de tomar mi propia decisión, sin juicios ni moralinas, y todavía tenía muy presente la sensación de libertad con la que salí de su casa aquel domingo.

—Haz lo que quieras —dije al fin.

María parpadeó perpleja. Me miró sin entender. Le expliqué entonces que a pesar de ser algo común, casi inevitable, especular con los sentimientos era inútil y además dañino.

—Nunca existen garantías. Tendemos a creer que las decisiones a largo plazo son irreversibles, que nos casamos para toda la vida, que siempre estaremos con la otra persona, etcétera. Y pese a que es cierto que nos marcan y dirigen nuestro destino, pues el futuro sería diferente si no hubiésemos hecho esto o aquello, verlas como un lastre antes incluso de que se revelen erróneas es absurdo. Al fin y al cabo solo son apuestas, apuestas de futuro.

—¿Y si me arrepiento? —Su voz era una súplica.

—Bueno, depende de cómo lo hagas. Arrepentirte, digo. Puedes pensar que tomaste la decisión equivocada, pero no tienes por qué regodearte en ello. Al avanzar te vas encontrando caminos nuevos, algunos te dan la posibilidad de rectificar, si quieres, y otros... —dudé—, otros son completamente distintos a lo que has conocido hasta ahora. Inesperados, si prefieres. Tener ese bebé no te obliga a quedarte con Carlos para siempre, puede que dentro de dos o de diez años le dejes de todas formas. Y si abortas, lo mismo. ¿Entiendes?

—Más o menos.

—María... —Había regresado a su volante y lo observaba con cara de preocupación—: Olvídate de Carlos, de que estáis casados, olvídate de

vuestras familias, de nuestros amigos, olvídate de todo y piénsate bien lo que me vas a contestar...

Me miró interesada.

—¿Tú quieres tener ese bebé?

—Sí.

Lo dijo así, demasiado rápida, directa y sin titubeos, y en su respuesta advertí aplomo e ilusión. Sonreía. Un poco nada más. Aunque lo suficiente como para dejarme entrever que, pasara lo que pasase, todo saldría bien.

A Natalia le entró un ataque de risa. Estábamos las tres en la cocina, calentando la sopa y rellenando las empanadillas. Mi padre acababa de llamar dando instrucciones para la cena. Había surgido un imprevisto en la oficina y se retrasaría un poco.

—Pues yo no le veo la gracia por ningún lado.
—Me sentó fatal.

Bastante humillante estaba resultando ya la condescendencia arrogante de Alberto como para convertirme además en objeto de burla de mi hermana pequeña.

—Joder, Elena, es que menuda has montado, tía

—replicó guasona—. A mí, aunque no te haya puesto los cuernos, me sigue pareciendo un gilipollas, conste, pero tú ahora un poco también.

Reía sin malicia, cariñosa, como solo puede reírse de ti la gente que de verdad te aprecia. Un juicio indulgente exento de condena y, sin embargo, me hizo sentir mal. En cambio Teresa se mantuvo seria, escudriñándome con gravedad.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó.

—¡Pues qué va a hacer, Teresa! ¡Aguantar la bronca!

—No me refiero a eso, Natalia —contestó hastiada, poniendo los ojos en blanco—. Elena sabe de qué estoy hablando.

Respiré hondo, concentrada en rechazar las lágrimas que amenazaban con asomarse. Natalia me miraba expectante, forzando esa pose altanera

que le sale cuando espera que se cumplan sus exigencias. «Ya estás contándomelo», decía su gesto.

—Teresa piensa que... —titubeé, de pronto avergonzada—, que toda esta historia no es un problema de pareja. Quiero decir que, bueno, que va más allá... que no se trata solamente de la infidelidad, vamos, que...

—¡Pues vaya lumbreras! —interrumpió decepcionada—. Eso te lo llevo diciendo yo la tira, Elenita.

—Ya...

—No, Natalia —Teresa la encaró crispada—, perdona, pero no es así. Tú llevas metiéndote con Alberto desde que le conociste, que no es lo mismo. Que si es un soso, que si es un pijo, que si le falta un hervor... —teatralizaba—. A mí él me

la pela, mira lo que te digo. No me parece un mal chico y, si es lo que quiere Elena, bienvenido sea. Pero no así. Porque todo lo que ha estado pensando estos días y que, por cierto, en su mayor parte no tiene nada que ver con los cuernos, podría ser síntoma de otra cosa. Y me refiero a algo personal, no a su relación de pareja.

—Pues no le veo la diferencia. —Natalia se estiró arrogante.

—¿Cómo que no? —gruñó Teresa—. ¡No tiene nada que ver! —Se volvió para dirigirse a mí en exclusiva—. Vamos a ver, Elena, mírate cómo estás, que pareces un alma en pena. ¡Si hasta arrastras los pies al andar!

Aparté la vista ruborizándome.

—¿Y qué quieres que haga, Teresa? —dije con

un hilillo de voz. No pude controlarlo más y empecé a llorar—. ¿Qué esperas que haga?

—¿Yo? —Exageró su asombro, pero enseguida dulcificó su tono—. Yo no quiero que hagas nada. No se trata de lo que quieran los demás, ya te lo dije. Ni siquiera de lo que quiera Alberto, de lo que sea a lo que se supone que tenga derecho o de lo que esté bien o mal. Vale que no te ha puesto los cuernos y que has metido la pata, pero eso no cambia nada.

—Nada, nada, lo que se dice nada... —Natalia se entrometió sarcástica.

—Ibas a tomar una decisión. —Teresa la ignoró—. No sé cuál y además no me importa. Ni siquiera iba a ser ahora. Puede ser mañana, dentro de un mes, o de un año. Pero iba a ser tuya, ¿entiendes? Y de la noche a la mañana te

comportas como si ya no tuvieses derecho a hacerlo.

—Y no lo tengo, Teresa —afirmé resignada.

—Sí lo tienes, Elena. Es lo único que vas a tener siempre.

En ese momento apareció mi padre. Disimulamos la hecatombe fraternal lo más rápido que pudimos y coreamos un «¡hola!» excesivamente feliz.

—¿Ya os estáis peleando? —Parecía cansado. Viejo y cansado.

Por toda respuesta, le besamos rápido y regresamos a nuestras empanadillas, canturreando felices como si allí no hubiese pasado nada. Natalia y Teresa se miraron con rencor, un segundo nada más, como para dejar claro que la otra era

idiota. Diez años antes, se habrían pellizcado con saña para confirmarlo.

Sin embargo, la cena transcurrió tranquila. Bebimos vino y el ambiente se fue animando. Especulamos sobre nuestro verano, recordando entre risas viajes pasados. Un año, cuando éramos adolescentes, fuimos a Berlín. Natalia se pasó una semana acojonada, presagiando su próxima muerte por hepatitis. «Tengo la mano amarilla —lloraba desconsolada—, ¿no lo veis? ¿Cómo tengo los ojos?» «Normales», contestábamos intentando tranquilizarla; aunque según fueron pasando los días, la mano siguió amarilleándose y empezamos a preocuparnos. El médico al que fuimos, un alemán gordo y bastante borde, examinó la mano de mi hermana pequeña con el ceño fruncido y sin decir una palabra. Cuando por fin habló, señaló el

bolso de Natalia y preguntó en inglés macarrónico que de quién era. «Mío», respondió ella confusa. Al gordo le entró un ataque de risa. Era un bolso imitando vaquero, de esos de publicidad barata. A Natalia le parecía súper *cool* y llevaba meses paseándolo por todas partes. Meses de frío seco. Pero ese verano hacía mucho calor, y el logo de la empresa empezó a desaparecer con el roce y el sudor y ya casi no se leía. No recuerdo de qué empresa era, solo que era amarillo.

Era la anécdota favorita de Teresa. La contaba con tanta gracia que acabábamos lagrimeando de la risa cada vez que lo hacía, por mucho que nos la supiésemos de memoria, Natalia incluida.

—Tenemos que volver a Alemania —dijo esa noche—, me perdí Berlín por estar con la paranoia.

—¡Sí! —Teresa seguía riéndose—, y visitar al médico aquel otra vez. ¿Cómo se llamaba?

—Ni idea, tía. Seguro que se ha jubilado.

—A hacer gamberradas no os llevo a ninguna parte, ojo —regañó mi padre medio en broma.

Parecían haber olvidado sus rencillas y yo agradecí que esa noche me tomaran el relevo del entusiasmo. Seguía agotada y necesitaba descansar la cabeza. Teresa tenía razón, no podía desterrar las conclusiones de las últimas semanas así como así. Más allá de mis fallidas especulaciones sobre los cuernos, había analizado mi relación con Alberto de manera fría y distante, objetiva, y, por primera vez desde hacía años, pensar en Pablo no me había provocado nostalgia. Ni náuseas. Ni ganas de vengarme. Quizá había ido demasiado lejos y algo sí había cambiado irremediablemente.

De lo que no estaba tan segura era de que lo hubiese hecho en tan solo tres semanas.

El viernes se me acabaron las excusas. Ni gimnasio con amigas, ni horas extra en la oficina, ni tampoco la cena de mi padre o cuidar de los niños. Ese día no me quedaba ya nada con que disfrazar mi escaqueamiento de compromiso ineludible y no tuve más remedio que llegar a casa a mi hora, pensando en el fin de semana incierto que se me presentaba.

—He reservado para cenar en Dray Martina —anunció Alberto al verme entrar—, solo nosotros dos. ¿Te apetece?

—Eh... sí, claro, claro que sí.

Por supuesto que no me apetecía nada, pero si Alberto pasaba por una de sus fases eufórico-amorosas no iba a ser yo quien se la reventase. Estaba demasiado cansada para volver a discutir en bucle y no tenía ganas de pasarme la noche en el sofá, esquivando reproches supuestamente merecidos o viendo una absurda comedia romántica y poniéndome tibia a palomitas grasientas para no tener que darle la mano. Me dejaría arrastrar como una maleta, inerte y opaca.

—Tenemos mesa a las nueve —dijo.

—Genial. —Sonreí, cagándome en sus muertos.

El restaurante, muy de moda, estaba a reventar. No era fácil conseguir mesa un viernes por la noche y la que nos dieron, frente a la puerta a la entrada del comedor, dejaba bastante que desear. Cualquiera otro día habría suplicado que nos la

cambiasen, sin embargo quejarme esa noche me parecía ridículo, como si un condenado a muerte protestase porque la soga con la que le estaban ahorcando picaba, así que me senté dándole las gracias al camarero.

—¿Te parece que pidamos un par de entrantes y un arroz para compartir? —propuso Alberto, repasando la carta sin mirarme.

La acústica no era buena, le oía como a través de un cristal, pero algo en su tono me chirrió. Tenía la entonación de una pregunta, sí, su estructura gramatical también y, no obstante, sonó como una orden. Me di cuenta de que no había parado de hablar así durante todo el camino, con una levísima inflexión diferente en su voz, que yo, hasta ese preciso instante, había identificado como

entusiasmo forzado, un exceso de ánimo para compensar mi apatía.

—Vale —contesté, agudizando el oído.

—Bien.

Y allí estaba otra vez, esa soberbia. Esbozó una ligera sonrisa al vacío. Abandoné mi ofuscado maletismo y me puse a observarle sin disimulo, estudiando su gesto, su postura, su mirada; intentando descifrar aquello que me había arañado la atención y disparado las alarmas. Sin duda, la actitud de Alberto había cambiado desde el sábado y, aunque le sobraban motivos para estar dolido, enfadado, preocupado e incluso indignado, algo no terminaba de cuadrarme.

—¿Te pasa algo, Elena? —preguntó contrariado.

Llevaba mucho tiempo evitando sus ojos, y mi

muda inspección debió de incomodarle. Me apresuré a desviar la mirada al contestar.

—No, nada.

Pero la sensación de que algo no andaba bien seguía ahí, zumbando detrás de mi oreja. Empujada por la curiosidad —y porque esa condescendencia de vencedor me estaba poniendo de muy mala leche—, decidí arriesgarme y, por primera vez desde la fatídica conversación, le encaré con sarcasmo.

—¿A ti?

Dio un respingo, estupefacto, aunque se recompuso enseguida. Suspiró exageradamente, como si estuviese a punto de perder la paciencia, y empezó a hablar con el aplomo de los que se sienten seguros.

—Mira, Elena, después de lo que ha pasado

creo que te sobra el retintín...

En ese mismo momento dejé de escucharle, ensordecida por el ruido de mis propios pensamientos ensamblándose en mi cabeza a toda velocidad. Por fin lo tenía, el elemento discordante. Y, a medida que la rabia iba colonizándome, el presentimiento fue transformándose en certeza.

—Eres un cabrón —le interrumpí.

Me fascinó la serenidad de mi voz y el efecto que produjo. Sonó muchísimo más acusadora que un grito.

—¿C... cómo? —reaccionó desconcertado.

—Que lo estás disfrutando —contesté, fría, recalcando cada palabra.

—¿Disfrutando? ¿El qué? ¿De qué estás hablando, Elena? ¿Te has vuelto loca?

Me reí despectiva. Una risa falsa y exagerada.

—No, no estoy loca —le dije—, pero tampoco ciega. Y tú eres un cabrón —añadí, un poco más alto esta vez—. Llevas una semana machacándome con tu actitud, con esos aires de superioridad moral con los que te paseas por la vida, y yo me he dejado porque consideraba que tenías razón. Hasta ahora. Porque sí, vale, he metido la pata, lo reconozco, la he cagado y estoy, estaba, dispuesta a saldar mi deuda contigo. Pero así no, Alberto, así ni de coña. Todo tiene un límite y tú acabas de superarlo. La razón que tenías la has perdido, así —chasquéé los dedos—, en un momento, por creerte muy listo y abusar de ella. Por gi-li-po-llas.

—Te estás equivocando...

—«Te estás equivocando, te estás equivocando»

—le corté parodiándole con desprecio, como una niña cruel y enfadada en el patio del colegio—. ¿Sabes? Tengo la impresión de que en realidad no te interesa arreglar nada. De que estás estirando la situación porque te gusta tener un pretexto para humillarme.

—Elena, por favor...

Se le había quebrado la seguridad —incómodo ante el resto de los comensales, que empezaban a mirarnos entre escandalizados y divertidos— y suplicaba con los ojos llenos de terror. Lo interpreté como la confirmación definitiva a mis acusaciones y me crecí todavía más, volcando mi furia —ahora sí, descontrolada— en su miedo, y sin pararme a pensar en el espectáculo pelicularo que estábamos dando en el restaurante, yo casi

gritando, él desorientado, intentando calmarme, le mandé a tomar por el culo y me levanté.

—¡Comparte un arroz con tu puta madre! —grité, dando un portazo al salir.

Oj, cómo le odiaba y qué a gusto me había quedado. Anduve por la calle clavando los talones, rabiosa, y henchida de esa malvada satisfacción que produce la crueldad recién ejercida. «Que se joda», murmuraba entre dientes. Sin embargo, a medida que me acercaba a casa mi aplomo colérico fue desvaneciéndose y cuando metí las llaves en la cerradura, lloraba. Sin quitarme el abrigo, me desplomé sobre el sofá. ¿Qué me estaba pasando? Al fin y al cabo, Alberto no me había hecho nada malo. Nunca. Pensé en el

día que había pasado con Sergio, en mi altanería forzándole a pedirme explicaciones y sentí una punzada de remordimiento. Si había sido capaz de identificar esa saña hacía un momento era solo porque yo misma la había ejercido, sin pudor, en una ocasión. Como mínimo. Y encima sin razón. Pero Alberto no era como yo. No era orgulloso, ni soberbio, no le costaba pedir perdón y, lo que es más importante, sabía perdonar. Lo había hecho ya infinidad de veces, también una semana antes. Me había indultado los desplantes, las mentiras y la deslealtad. Quizás lo suyo no era sadismo, me dije entonces. Quizás era solo desesperación. Y cuanto más lo pensaba, más me daba cuenta de mi error: Alberto no quería humillarme —eso lo había conseguido yo solita—, lo único que quería era recuperarme. Empecé a sentirme fatal, como si

acabase de estrangular un pollito, y comida por la culpa cogí el teléfono y le llamé.

Cuando llegó a casa, se quedó parado en el umbral, prudente, esperando mi reacción. Me lancé a abrazarle.

—Perdóname —susurré escondiéndome en su cuello—, no sé lo que me pasa.

Sentí el alivio relajando su cuerpo y dirigiendo sus brazos, que me estrecharon también, con el afán de quien ha echado mucho de menos. No dijo nada. Estuvimos así mucho rato y, al separarnos, tras un beso cohibido pero reconfortante, cogimos dos cervezas y nos sentamos en el sofá. Esa noche hablamos largo y tendido, tranquilos, evitando reproches infantiles. Alberto volvió a ser el novio

comprendivo y paciente que conocía y yo la novia insegura y quejica a la que estaba acostumbrado. Nos confesamos miedos, anhelos y recelos, y esa sinceridad serena, sigilosa en su falta de entusiasmo, llenó el ambiente de aquella complicidad amistosa que tanto nos había unido al principio.

—Lo siento de verdad —repetí por enésima vez—. Creo que me agobié y me monté una película yo sola.

—No tienes que agobiarte, Elena. —Me rodeaba con el brazo—. Por lo menos no conmigo. A mí me da igual casarme, tener hijos o vivir en un piso en el centro. Y me da igual lo que opinen los demás.

—Ya lo sé.

Forcé una sonrisa de agradecimiento y me quedé

pensativa, el vaso de cerveza pegado a mis labios.

—Pero es que... —proseguí, absorta todavía—, no sé cómo explicarlo, pero a veces me siento como si eso fuese lo único que nos quedase por hacer. Como si no existiesen más opciones. Sé que las hay, claro, pero no las veo factibles. Quiero decir que no consigo imaginarme viviendo otro tipo de vida, entre otras cosas porque no quiero otro tipo de vida, o bueno, no estoy segura de quererlo tanto como para arriesgarme a perder la que tengo, pero al mismo tiempo me pregunto: ¿Y ya está? ¿No hay más? ¿Este es el final del camino? Te casas, tienes hijos y después ¿qué? ¿Te limitas a dejar que llegue tu jubilación para mudarte a Marbella a jugar al golf?

—Hombre, Elena, visto así... Lo pintas muy deprimente. Vale que en muchos aspectos se te

acaba la libertad, y que hay determinadas cosas que ya no puedes hacer, pero eso no significa que se te acaben las opciones. Siempre puedes...

—¿Mudarte? —interrumpí fatalista—. ¿Cambiar de coche? ¿Escaparte un fin de semana con tu marido y fingir que tenéis otra vida durante dos días?

—¿Y qué tiene eso de malo?

—Nada, en realidad. Pero tampoco tiene nada de especial.

—¿Especial en qué sentido?

—Especial en el sentido de especial, Alberto. Que sí, que puedo ascender un poco, quizá cambiar de empresa, a una gestoría más grande, ganar un poco más, podemos comprarnos un chalet, un coche mejor, adoptar una niña china, pero ya está. Es... —dudé un segundo, buscando

las palabras apropiadas—, es como si se acabaran los acontecimientos en tu vida. Los acontecimientos importantes, digo. Me refiero a que, en cuanto te compras una casa y tienes hijos, lo primero es ganar lo suficiente para pagar las facturas. Todo lo demás se vuelve secundario. Es algo automático, lo normal, porque no te queda otra. Y bueno, ya sé que es poco probable que acabe fundando un imperio, por ejemplo, o que me convierta en tenista o que dé la vuelta al mundo con una mochila o cosas por el estilo. Tampoco es que eso haya sido mi sueño, no es eso, no estaría renunciando a nada concreto... pero sí a la posibilidad de hacerlo, ¿me explico?

Asintió pensativo, apenas un gruñido. Continué.

—... Sé que tengo edad suficiente para ir asumiendo que no soy brillante y que ya no voy a

destacar en nada. Ni siquiera me apetece intentarlo, pero el hecho de cruzar la línea que me roba esa posibilidad me angustia un montón. Porque sé lo que implica, y sería como rendirse, como confirmarme a mí misma mi mediocridad. ¿Entiendes?

—Sí, entiendo. Entiendo que, ahora mismo, ni tu vida ni adónde te lleva te hace ilusión.

—Ninguna.

—... y que te sientes insatisfecha.

—¡Justo! Insatisfecha... Y no sé qué hacer para dejar de sentirme así.

Nos quedamos callados. Parecía que reflexionábamos. Me había sentado bien la conversación, haber podido formular lo que llevaba tiempo intuyendo. Seguía triste, aunque me sentía más ligera y, con un bostezo, di por

terminada la velada. Iba a levantarme, pero Alberto me retuvo. Respiró hondo antes de hablar.

—Podríamos irnos por ahí. A otro país.

—¿De viaje?

—No —vaciló—, a vivir. Una temporada o, bueno, lo que se tercié. Si te digo la verdad, a mí también me agobia pensar en quedarme así el resto de mi vida, y me apetece hacer algo diferente ahora que, como tú dices, todavía no hemos «cruzado la línea».

—¿En serio? —Estaba perpleja. Era lo último que me esperaba de él.

—Sí, claro que sí —contestó. Hablaba con tanta seguridad que me costó reconocerle—. La cosa aquí no pinta bien, y no creo que tuviésemos problemas para encontrar trabajo en otro sitio. Los dos tenemos estudios y hablamos bien inglés, ¿no?

—Sí...

Me dejé llevar por la idea. Otro país, otro paisaje, otro decorado al salir a la calle, otra gente, otro ritmo. ¿Por qué no? Sonaba bien. Quizá no era la ilusión de mi vida, pero parecía un buen punto de partida para encontrarla. Desde luego, mejor que seguir languideciendo en Madrid.

Se lo dije, y sonrió satisfecho. Volvimos a abrazarnos y la bola de angustia en mi estómago se evaporó de golpe, dando paso a esa euforia radiante que precede a las locuras compartidas. Alberto abrió su portátil y empezamos a hacer planes, sin medida ni conciencia.

¿Adónde quieres ir? Siempre he querido vivir en una isla; mira en Suecia, que son preciosas, tendremos una casa enorme, roja, con huerto, igual que esa, o mejor un piso, de esos antiguos con los

techos altísimos, iremos a trabajar en bicicleta; mira en Alemania, Berlín es súper interesante, quiero que nieve en invierno, quiero mar, un barco, un sitio con canales; ¿y Holanda? Ámsterdam me encantó...

Saltando de una página a otra, éramos conscientes de que no cumpliríamos ninguno de aquellos planes, o no al principio, y sin embargo ahí estábamos, buscándonos las manos para entrelazarlas y saltar juntos al abismo.

Desbordados por la infinidad de posibilidades, borrachos de entusiasmo, esa noche no nos decidimos por ningún destino.

—No tenemos que irnos mañana —concluyó Alberto dos horas después, cansado, cerrando su ordenador—. Ya lo decidiremos con tranquilidad estos días.

Me pareció bien. Acordamos no decírselo a nadie antes de tenerlo resuelto. Iba a ser nuestro secreto. Cuando nos dormimos, con los dedos apretados y la sonrisa puesta, estaba amaneciendo. Escuché a Sergio entrar en casa dando tumbos antes de cerrar los ojos.

A pesar de lo que me estaba costando morderme la lengua, respeté el pacto de silencio y no se lo conté a nadie. Bueno, a Ole sí que se lo conté, pero solo porque estaba muy emocionada y él no era de esos. Con «esos» me refiero a mis amigas, mi padre o mis hermanas, gente pragmática y racional que se conocían entre sí y que serían capaces de urdir un plan en común para triturarnos la determinación. Y es que lo mirásemos por donde lo mirásemos, era una locura. El lunes habíamos acordado el norte, el martes estábamos entre Suecia y Holanda, el miércoles sacamos un

listado de webs informativas, legislación europea y permisos de trabajo, y el jueves nos pasamos la tarde buscando empresas potenciales para acabar decidiendo marcharnos a la aventura, subsistiendo de nuestros ahorros —los de Alberto para la entrada de un piso que no iba a comprarse, los míos para... para algo como esto, supongo—y dedicarle unos meses al idioma local hasta encontrar un trabajo interesante. El viernes, sin haber concretado todavía el destino definitivo, no pude más y arrastré a Ole dando saltitos hasta la cafetería de por las mañanas.

—Ya decía yo que te había cambiado el humor.

—¿Se me nota mucho? —No me cabía la sonrisa en la cara.

Ole se rió. «Nada —se burló—, solo pareces otra persona.» Mi pregunta era irónica, por

supuesto, todo el mundo había notado la transformación. No llegaron a verbalizarlo, pero lo sé porque, simplemente, empezaron a tratarme con normalidad, como si el último mes de mi vida no hubiese existido nunca. Ni rastro de pena. Ni rastro de compasión. Las únicas que recelaron e intentaron sonsacarme, sin éxito, fueron Natalia y María. Me llamaron bastante y trataron de quedar conmigo a solas, para nada en especial, decían, querían saber qué tal estaba. Yo me limitaba a escabullir el tema —«estoy muy bien», contestaba — y a disculparme con ingenuidad, sin darme por aludida: «me encantaría, pero hoy me viene fatal, en serio, tengo mil cosas que hacer».

Con quien sí pasé mucho tiempo durante esa semana fue con Alberto. Nos whatsappeamos sin parar, salimos a cenar un par de noches, nos

acostamos tres veces —¡tres veces! ¡En una semana!—, quedamos a comer un día entre semana y hablamos y hablamos y hablamos como si nos hubiesen dando cuerda. Tuve la sensación de que intimamos más esos días que en los cinco años de relación que arrastrábamos. Me sentía pletórica, feliz y enamorada, y tuve la imperiosa necesidad de complacer a Alberto en todo. Si me hubiese pedido que nos casáramos, le habría dicho que sí sin pestañear. Por suerte no lo hizo. Lo que sí me pidió, en cambio, fue que le acompañase a comer a casa de sus padres el sábado.

—¡Elena! ¡Qué sorpresa más agradable! —Mi suegra se precipitó, acaparadora, a cobrarse sus protocolarios dos besos.

—Hola, Marga. —Sonreí cohibida, devolviéndole el saludo—. ¿Qué tal?

—Bien, querida, estoy bien, gracias por preguntar. Pero pasa, por favor, siéntate. ¿Te apetece beber algo?

A pesar de lo que pueda parecer, Marga es odiosa. No es que sea brusca, ni antipática; al contrario, es una mujer correctísima y muy atenta, de esas de las que se puede decir, sin exagerar, que hacen gala de una educación exquisita. Jamás la he visto crispar el gesto o perder los estribos y a mí siempre me ha tratado con una cortesía impecable, incluso cuando me puse impertinente el día que les anunciamos que nos íbamos a vivir juntos. Sin embargo, algo en esa constante amabilidad chirría. No sé, quizás sea su improcedencia, en algunas situaciones o con

determinadas personas, que hace que pierda naturalidad y frescura y provoque el efecto contrario en aquel que la recibe. Alberto me confesó un día que lo hace a propósito, que su madre está convencida de que el desprecio, a mayor deferencia, menos reconocible y más humillante, y que por eso es extremadamente cordial con todo el mundo. También dice que no debo preocuparme, que yo le caigo bien, pero no haber conseguido distinguir todavía si su afabilidad conmigo es sincera o premeditada después de tantos años, me hace sospechar que o se equivoca o me miente.

—Bueno, querida, cuéntanos qué tal todo. ¿Sigues trabajando en esa *empresita*? — Estábamos sentados a la mesa y una sirvienta

uniformada acababa de servir el primer plato. Uno a uno y por la izquierda, como debe ser.

—Sí, sigo ahí. —Agradecí su interés con una sonrisita modosa. Me costaba horrores ser espontánea en esa casa—. Y muy contenta, la verdad.

Continuó interrogándome con desdén encubierto y, en mi opinión, evidente mala leche —«¿De qué era tu *empresita*?, tu hermana *sigue* en paro, ¿no? Tienes buena cara ¿has *engordado*?»—, mientras agasajaba a su hijo predilecto con elogios desmesurados y miradas llenas de arrobo. Alberto no parecía ser consciente de la perfidia de su madre y se dejaba querer con deleite, disfrutando cada cumplido de la bruja con fingida modestia. No parecía, o no quería darse cuenta de las pullas

subliminales que me lanzaba como puñales. Dios, qué ganas tenía de irme lejos y perderla de vista.

—Alberto, hijo, ¿has pensado ya en lo que te dije? —Mi suegro, un hombre serio y taciturno, se había mantenido callado con cara de preocupación contenida durante toda la comida y solo ahora, a los postres, resucitó de su letargo.

—Antonio, no seas bobo. ¡Si no hay nada que pensar! La oferta es fantástica. ¿No te parece, cariño?

Marga se inmiscuyó en el diálogo, reformulando la pregunta para dulcificársela al niño de sus ojos. Lo hacía siempre que su marido se dirigía a él sobre un asunto que ella consideraba importante o delicado. No es que padre e hijo se llevarasen mal, pero mi suegro no entendía de diplomacias y en ocasiones podía parecer duro, hiriente para una

sensibilidad como la de Alberto. Por lo menos eso era lo que decía mi suegra, porque a mí Alberto no me parecía especialmente sensible, sino más bien falta de arrojo. Nunca discutía con su padre; si se sentía atacado, espaciaba sus visitas a esa casa durante un tiempo prudencial. Y eso era algo que mi suegra no podía soportar.

—Bueno, mamá —Alberto carraspeó fingiendo que se había atragantado un poquito y se agarró a su copa de vino como si fuese un escudo—, es estupenda, sí, pero tampoco vamos a precipitarnos, ¿no?

—Acabas de cumplir treinta y cinco años, cariño. —Marga le hablaba con suavidad—. ¿No crees que ya es hora de empezar a precipitarse?

Alberto volvió a atragantarse y se revolvió en su silla, inquieto, recolocándose la servilleta.

—Perdón —interrumpí perpleja. Entendía que no fuese a comentar nuestro plan con sus padres en ese momento, conmigo delante, y también que estuviese nervioso. De hecho, no esperaba otra cosa. Sin embargo, la torpeza de Alberto intentando silenciar un tema del que yo no tenía ni puñetera idea, me resultó demasiado sospechosa —. ¿A qué oferta os referís?

—Ah, ¿es que no lo sabes? —Por su tono supe que Marga se alegró por ello—. Bueno, se lo propuso hace un par de días, así que a lo mejor, como andáis tan ocupados, no ha tenido ocasión de contártelo... pero —lo miró triunfal—, Alberto va a empezar a trabajar con su padre después del verano. Le van a dar un puesto importante. ¿No es maravilloso?

Aplaudía rápido y sin hacer ruido. Me recordó a

las focas del circo. Como pude, evité atragantarme de verdad y forcé un asentimiento confirmativo, al tiempo que me volví para taladrar a Alberto con la mirada. Rehuyó mis ojos avergonzado. «Si no me lo había comentado —pensé entonces para mis adentros—, será que ni se lo está planteando, ¿no?» Pero esa semana habíamos hablado de todo, incluso especulado varias veces con la reacción de sus padres. ¿Por qué no me había contado esto? O era muy poco importante o, como estaba empezando a sospechar, era demasiado importante. ¿Se lo estaba pensando? ¿Qué pasaba con nuestra aventura? Respiré hondo y decidí congelar mis especulaciones. La casa de mis suegros, con la arpía de Marga como espectadora, no era el lugar más adecuado para ponerme a exigirle

explicaciones. Hablaría con él en cuanto saliésemos de allí.

Alberto y Sergio acababan de salir por la puerta. Iban a ver unos pisos para Sergio que, por fin, parecía haber asumido la ruptura y se disponía a seguir adelante con su vida. Intentaron convencerme, pero no quise acompañarles y me quedé sola en casa, desanimada, con una desagradable sensación que conocía bien, como un mal presentimiento que no se quiere formular. No tenía ganas de hablar con nadie y al mismo tiempo sabía que necesitaba hacerlo, aunque no estaba segura de a quién llamar.

Nadie sabía de nuestra exultante reconciliación

del viernes anterior, de la razón por la que esa supuesta normalidad llena de promesas había retornado a nuestra relación, afianzándola incluso, y que por alguna razón que no conseguía entender todavía, me avergonzaba hacer pública del todo. Repasé mis contactos uno a uno. Natalia quedaba descartada —no tenía ganas de escuchar «te lo dije» o «pareces tonta» durante todo el día—, María tenía sus propios problemas, Paloma vivía pendiente de unas contracciones que no aparecían y con Ole, por mucho cariño que le hubiese cogido, no tenía suficiente pasado en común como para que captase determinados matices. Tardaría mucho en ponerle al día de todo. Probé entonces con Teresa, sin mucha convicción, pues si a alguien no le sobraba tiempo los domingos por la mañana era justamente a ella.

—Estaba esperando que me llamasen. —
Sonreía afable. No solo me cogió el teléfono, sino
que además me propuso tomar algo. Cuando llegué
a El Espejo, me la encontré sentada con un café
cerca de la ventana. Pedí uno para mí antes de
sentarme.

—¿Y eso?

—Bueno, han pasado muchas cosas, ¿no?

—Sí —contesté melancólica—, la verdad es
que sí.

—Y vuelves a estar triste.

La miré con ojos desgraciados. No había sido
una pregunta.

—Creo que me voy, eh, nos vamos —dije al
cabo de un silencio cargado de tensión.

—¿Os vais? ¿Adónde?

Fue un poco brusca, pero es que a Teresa no le gusta jugar a las adivinanzas. Ni a mí tampoco, por cierto, así que le expuse el plan. Empecé por el principio, aquella pelea en el restaurante, lo absurdo e infantil que se me antojó todo cuando llegué a casa, y esa larguísima conversación trascendental que duró toda la noche y culminó con más intenciones que proyectos. Esa semana, le dije, nos habíamos dedicado a intentar concretarlos, aunque al final la única decisión que habíamos tomado era más impaciente que razonable.

—Como tengamos que planearlo todo al dedillo no salimos de aquí nunca, así que nos vamos un poco a la aventura...

—¿Por eso has estado tan exaltada estos días?

—Sí.

—Elena, tía, pues menos mal que me lo dices — se reía—, porque estaba empezando a pensar que te habías vuelto bipolar.

Me reí también. Ahora que lo pensaba, la verdad es que había dado un poco esa impresión.

—Es que queríamos esperar a tener los billetes antes de hacerlo oficial.

—¿Y eso por qué?

—Pues porque es un poco locura, ¿no?

—Bueno —titubeó—, sí, un poco precipitado sí que es. Inesperado, más bien.

—Y —dudé— ¿te parece bien?

—Me parece muy bien, Elena. —Se quedó observándome, tratando de proyectar mi supuesta alegría, aunque no debió de encontrarla, porque se le torció el gesto—. ¿Pero?

—Pero nada —contesté inapetente y me puse a jugar con la cucharilla. Teresa esperaba, escudriñándome con atención. Empecé a ponerme nerviosa y al cabo de un minuto retomé la palabra —. Ayer comimos en casa de mis suegros y me enteré por casualidad de que su padre le ha ofrecido un puesto en su empresa. Un buen puesto —aclaré.

—Ya —comprendió—. ¿Lo ha aceptado?

—No lo ha rechazado.

—¿Y qué me quieres decir con eso? —«No le busques tres pies al gato», parecía decirme—. Os vais, ¿no?

—No lo sé —contesté resignada—. Le pregunté después, en casa, y me dijo que no me preocupase, que claro que seguíamos adelante con nuestro plan, pero... no me gustó el tono.

No le vi muy convencido, expliqué. Me lo había dicho con miedo, más pendiente de tranquilizarme que ilusionado. Sin embargo lo que más me irritaba es que no me lo hubiera contado. Su padre se lo propuso el jueves, dos días antes de la comida, y Alberto no me había comentado nada al respecto. Ni siquiera de pasada.

—¿Y? —Teresa levantó las cejas, con semblante derrotista.

—Y ya ves —añadí—, hoy se ha ido a acompañar a Sergio a mirar pisos en lugar de ofrecerle el nuestro.

Nos quedamos un rato en silencio, abstraídas.

—Elena —empezó tanteándome—, perdona que te lo diga pero no sé qué pretendes en realidad. Y no me refiero a irte a la aventura con Alberto.

La miré confusa.

—Lo que quiero decir es que no puedes pretender que los demás te solucionen la biografía —continuó—. Si necesitas hacer algo diferente, o te apetece o crees que podría ser bueno para ti, entonces hazlo. Tienes casi treinta y cuatro años, ya no dependes de nadie. —Me cogió la mano y me sostuvo la mirada—. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí, claro que lo sé. Pero estoy un poco desorientada.

—Eso me parece.

—No es que dependa de Alberto, no es eso. Aunque, no sé, me gusta la idea de no estar sola si me voy. Porque vivir en el extranjero no es el sueño de mi vida, ya lo sabes. Me conoces, y no es que no me apetezca, me apetece mucho, pero no por el hecho de marcharme, sino más bien porque no se me ocurre otra manera de cortar la inercia

que me arrastra a una vida que esa sí que no me apetece una mierda. No sé si me explico...

—Más o menos.

Teresa sonreía con ternura, animándome a continuar con lo que me estaban pareciendo desvaríos inconexos.

—Que me da igual irme al extranjero que quedarme... pero no así. Ya no. Y me había ilusionado tanto, que volver a encontrarme con los obstáculos de siempre me ha dejado hecha polvo. Sobre todo porque Alberto no parece tener intenciones de esforzarse por superarlos.

—¿Le quieres?

—Sí.

Pero había contestado demasiado rápido y pareció que me ponía a la defensiva. Teresa frunció la boca.

—Elena, ¿te acuerdas de cuando te enteraste de que había sido un error? ¿De que los mensajes no eran lo que tú pensabas que eran?

—Claro, Teresa, ¿cómo no me voy a acordar?

—Espera. —Dio un manotazo impaciente al aire, instándome a tomarla en serio—. ¿Qué sentiste?

—Pfff... no sé, Teresa.

—¿Qué sentiste? —insistió.

Reflexioné un momento.

—Agotamiento.

—Eso no es un sentimiento, Elena. Eso es una sensación.

—Ay, Teresa, no seas pesada. No lo sé.

—Piensa. Atrévete a ponerle nombre.

Y sin poder evitarlo, al mismo tiempo que se formulaba en mi cerebro, se escapó de mi boca la

única palabra que inconscientemente llevaba evitando desde aquel día. Me asusté al pronunciarla.

—Decepción.

—¿Café?

—Sí, un cortado.

Habíamos comido bien, sin prisa, hablando de nada en particular, pero yo no conseguía sacudirme la sensación de extrañeza. Era la primera vez que mi padre se presentaba de improvviso en mi oficina, revolucionándome al jefe —¡«Qué honor tenerle aquí, señor Garcinuño! Sí, por supuesto, ¿quiere tomar algo? Dígame si necesita cualquier cosa»— y sin motivo aparente.

—Acabo de salir de una reunión aquí al lado —

se disculpó nada más saludarme—, y he pensado que te invito a comer si te apetece.

Fuimos a Rita & Champán.

—¿Cómo estás? —Se reclinó en su silla y me miró.

Me asombró esa pregunta después de dos horas de charla insulsa, aunque la respuesta me salió automática y mi voz sonó firme al pronunciarla. Treinta y tantos años de entrenamiento social servían para este tipo de cosas.

—Bien —contesté.

—No te creo.

Fue implacable en su réplica y a mí se me encogió el estómago. Por lo visto, no había conseguido disimular bien mi recaída. Esta vez había sido progresiva, no tan brusca como cuando descubrí que los mensajes de Alberto resultaron

ser para su tía jubilada y no para un zorrón de enormes tetas con el que me ponía los cuernos. Aun así, comparada con la semana que pasamos planeando la aventura, flotando en una nube como dos tortolitos, era bastante evidente. Al principio solo dejé de sonreír con toda la boca y, poco a poco, en cuestión de días, dejé de sonreír por completo. Por lo menos de manera voluntaria. También me quedaba en Babia cada vez con más frecuencia, primero pensando en lo que Teresa me había obligado a decir, intentando proyectarlo y adivinar sus implicaciones —como si no estuviesen lo suficientemente claras de por sí—, luego con la mente en blanco, lejos del ruido, las conversaciones, la gente; en fin, de la vida que me rodeaba. Nunca empezaba una conversación y siempre tenía prisa por acabarlas todas, incluidas

las de Alberto, que perdió entusiasmo a una velocidad igual de asombrosa y solo sacaba el tema de nuestro viaje de vez en cuando y para sondearme. Decía: «Quizás deberíamos esperar a primavera», o «sería buena idea hacer una incursión de tanteo, como unas vacaciones de verano explorativas», o «la empresa de mi padre tiene oficinas en el extranjero, podría empezar a trabajar con él y luego pedir un traslado, en un año como mucho», bla, bla, bla. Yo me limitaba a ratificar que lo había oído con un movimiento de cabeza. Nada más. No tenía ganas de enfadarme, ni de echarle en cara que eso no era lo acordado y empezar a luchar por una idea que —ya lo sabía— era una locura y que solo saldría bien si los dos —no uno, los dos— asumíamos la imprudencia sin reparos. Paulatinamente fuimos dejando de

whatsappearnos a todas horas, de acurrucarnos bajo una manta en el sofá por las noches y de quedar para comer entre semana. Nuestra vida sexual volvió a brillar por su ausencia y retomamos la costumbre de dormir con el pijama puesto. Nunca he sabido si es que no le importaba, o si lo que le daba miedo era la respuesta; el caso es que no indagó ni me reprochó mi cambio de actitud. Los demás, mis amigas, mis compañeros de trabajo, Sergio (que no encontraba piso y seguía ocupando el cuarto de invitados), mis hermanas incluso, debieron de acogerse a las apariencias y concluir que, de verdad, me había vuelto bipolar. Eso sí, al menos todos parecían seguir queriéndome igual. Por eso me sorprendió tanto que mi padre, que se había mantenido muy al margen de todo todo el tiempo, me asaltase así, a

esas alturas, repentino y tajante. Casi grosero. Me quedé muy quieta, sin saber qué decir. Por suerte llegaron los cafés, concediéndome una tregua. Mi padre se incorporó en su silla, echó azúcar, removi6, dio un sorbo despacio y volvió a recostarse antes de retomar la palabra.

—Elena —dijo por fin—, te voy a contar una cosa.

Asentí aliviada, expulsando un aire que hasta ese momento no había sido consciente de estar aguantando.

—Cuando murió tu madre lo pasé muy mal. Lo pasamos mal todos, por supuesto, vosotras probablemente las que más. —Le había costado arrancar, pero ahora hablaba despacio, envolviéndome con su voz—. Fue todo tan repentino que al principio no sabía qué hacer. Me

quedé paralizado. Imagínate, un segundo estás trabajando, tus hijas están en el colegio, tu vida es predecible, aburrida incluso, y al siguiente todo ha desaparecido. La policía se presentó en el banco preguntando si era el marido de Teresa Alcázar, me explicaron que había habido un accidente y que tenía que acompañarles al hospital. No me dijeron que había muerto y yo no me atreví a preguntarlo, aunque no hizo falta. Lo supe enseguida. En ese instante se desató el caos. Los primeros días todo fueron compromisos, gente que entraba, salía, el tanatorio, el entierro, un funeral, la casa llena de flores, llamadas a todas horas... en fin, lo normal, supongo. Creo que no estuvimos solos ni un solo minuto. Pero luego volvió la calma, casi de golpe, y las únicas que aparecían por allí eran tus tías. De eso quizás te acuerdes, sobre todo de tu tía Sara,

que venía todos los días. Os recogía del colegio, hacía la cena, la compra, os planchaba los uniformes... vamos, todo lo que se empeñaba en hacer tu madre por mucha chica que tuviésemos y que fuese una joya, Jacinta, ¿te acuerdas?, la interna que tuvimos hasta que os hicistéis mayores. Pero no debía de parecerle suficiente a Sara, y así estuvimos varias semanas, con ella en casa a todas horas. Yo seguía muy desorientado, como grogui, y me pasaba los días absorto, con la sensación de estar viviendo una pesadilla y la estúpida creencia de que, si me quedaba quieto, si no me dejaba arrastrar, me despertaría en cualquier momento y tu madre estaría ahí, durmiendo a mi lado, y todo volvería a la normalidad.

Se quedó callado un par de segundos, la mirada triste fija en su taza, y tuve la impresión de que

revivía esa ilusión, el pequeñísimo consuelo que debió de encontrar forzándose a desconfiar de sus sentidos. No me atreví a interrumpirle y con un gesto apenas perceptible despedí al camarero que se acercaba, supuse que para ofrecernos un postre, otro café o la cuenta.

—Pero no volvía —reanudó su relato con un tono más despierto, aunque igual de triste—. La normalidad, digo, no volvía. Tu tía Sara se esforzaba por facilitarnos las cosas, ya te lo he dicho, pero yo empecé a irritarme. Todo me molestaba. Dicen que es una de las etapas del duelo, después de la negación viene la ira y después creo que era el dolor o la negociación, no me acuerdo bien. El caso es que yo empecé a cabrearme, aunque no contra la situación en sí, ni con tu madre ni con el mundo o el destino. Me

sigue dando un poco de vergüenza reconocerlo, porque te va a parecer una frivolidad y en el fondo lo es, pero no podía evitarlo. Y es que lo que más rabia me daba era que las cosas más banales fueran diferentes: Sara había comprado otra marca de yogures, me dejaba las camisas planchadas encima de la cama y no en el armario, cambió de marca de suavizante, le echaba mucha pimienta al puré... Tonterías, ¿no crees? —Me sonrió abochornado, esperando tal vez que yo le devolviese una sonrisa ofendida o escandalizada.

—No, no lo creo —dije. Porque no me parecía gracioso, ni inmoral. De un modo extraño, podía entender a la perfección lo que había sentido, pero cuando quise explicárselo, ya no me miraba. Ni siquiera sé si escuchó mi respuesta.

—Con la tragedia que se nos había echado

encima y yo me enfadaba porque el puré no sabía igual. —Meneó la cabeza, amagando una risa llena de reproche hacía sí mismo y volvió a mirarme, de nuevo serio—. En fin, qué se le va hacer, me ponían enfermo esas cosas. En cambio, en vosotras —y se ruborizó otra vez— pensaba como en una nebulosa. Estabais ahí, pero al mismo tiempo demasiado lejos, un ruido de fondo constante que me recordaba que tenía que volver a la realidad. Algunas noches os oía llorar a través de la puerta de vuestra habitación y no era capaz de entrar a consolaros. Me dolía, sí, me sentía culpable, y aun así no podía miraros a los ojos, abrazaros y decir que todo iba a salir bien, porque todavía no me lo creía ni yo. Me sentía un fraude. —Suspiró derrotado—. Estaba claro que no podía seguir así mucho más y, un día, sin previo aviso, estallé. Por

una bobada. Imagínate, una tarde, o era por la noche, porque vosotras estabais acostadas, llego a casa de trabajar y me encuentro a tu tía en la cocina haciendo croquetas. «Para las niñas», dijo, «que les encantan». No tenía ganas de cenar, ni de hablar tampoco, pero me pareció descortés marcharme al salón y dejarla ahí sola, así que cogí una cerveza de la nevera y me senté allí a hacerle compañía. Me quedé absorto observando cómo las liaba. Era hipnótico. Primero la masa con las cucharas —reprodujo los gestos con parsimonia, como si quisiese hechizar mi atención también—, darles forma, mojarlas en huevo y rebozarlas. Una y otra vez. No pude evitar pensar en tu madre, torturarme con la certidumbre de que nunca más la vería trasteando por la cocina, como trasteaba Sara ahora, y me acordé de que ella, tu madre,

siempre decía que el truco de las croquetas era que, antes del huevo, había que pasarlas un poco por el pan rallado. Para que quedasen crujientes. Un detalle nimio, un truco familiar, pero te juro que, en un momento, esos gestos maquinales que me absorbían fascinándome empezaron a ponerme nervioso. Muy nervioso. Cada vez que tu tía soltaba la masa en el huevo directamente, sin pasarla por el pan, me dolía como un sacrilegio. De repente no veía otra cosa, no podía pensar en otra cosa. Y, si te soy sincero, ni siquiera lo intenté. Me dejé arrastrar. Me invadió una rabia irracional, y muy injusta, claro, porque Sara solo quería ayudar, aunque en ese momento no me importó. Me levanté y la eché de allí de malas maneras, sin darle más explicaciones, le di su bolso y le dije que se fuera y que no se le

ocurriese volver. Intentó discutir conmigo, se indignó, gritó, incluso forcejamos, pero yo estaba tan fuera de mí que acabó marchándose asustada. Me puse a llorar en cuanto cerré la puerta. No había llorado ni cuando escogí su ropa para el entierro, ni cuando la vi preparada en el tanatorio, el ataúd abierto y ella allí tumbada, con tan buena cara que parecía que estaba durmiendo, y lloré por unas míseras croquetas.

Me sequé las lágrimas, conteniendo el abrazo que quería darle. No había terminado aún.

—Iba a tirarlas, ¿sabes? Quería hacerlas desaparecer y empecé a recoger los platos llenos. Entonces vi a Teresa...

Me sobresalté. Había reconocido la historia, aquel relato aislado que nos regaló Teresa en secreto, cuando éramos adolescentes, y sobre el

que había especulado infinidad de veces a solas como si fuera una leyenda sin terminar. Pero en él mi padre nunca la había visto, asomándose a la cocina, y en ese instante yo también me sentí descubierta, expuesta sin saberlo, como el día que llegó a casa y me regañó porque me acababa de ver desde la calle, fumando escondida en el balcón.

—... estaba agazapada detrás de la puerta y me miraba, con esos ojos enormes que tiene y tan seria como siempre. No mostraba ninguna emoción, solo miraba. Me sentí fatal. Un egoísta sin corazón. Tu hermana era una niña, mi niña, y yo la había abandonado. Y, sin embargo, ella no me reprochaba nada. Nada, te lo juro. Esperaba, nada más. Así que, avergonzado como no lo había estado en mi vida, disimulé mi rabia e hice como

que continuaba con las croquetas. Llorando como estaba, cegado por las lágrimas, empecé a liarlas como lo hacía tu madre. Igual. Primero la forma, luego un poco de pan, el huevo y más pan. Y mientras iban saliendo, horrorosas, por cierto, medio deshechas la mitad, me fui serenando, concentrando más bien, dejé de pensar y empecé a sentirme bien. Muy bien, de hecho. Al día siguiente hice un puré y no le puse casi pimienta, y lo cenamos todos, el puré y los emplastes empanados esos que no estaban mal, pero que tú me dijiste que tenían poco huevo. Y me propuse hacer más croquetas ese fin de semana, con mucho huevo y más pequeñas, redonditas...

El restaurante se estaba vaciando y los camareros pululaban a nuestro alrededor preparando las mesas para la cena. La pareja que

teníamos al lado se levantó para marcharse y a la mujer se le cayó el bolso al pasar a mi lado, despertando a mi padre de su ensoñación narrativa. Consciente de pronto de la hora y del tiempo que se nos acababa, zanjó la retahíla del recuerdo, bebió un poco de agua y se aclaró la garganta.

—Perdona —dijo cuando dejó la copa en la mesa—, me estoy yendo por las ramas. Lo que quería decirte, Elena, es que la vida, la de cada uno, no necesita demasiado tiempo para desmoronarse y perder el sentido que le damos, por muy despegados que hayamos sido con ella, volviéndose irritante. Yo tardé años en encontrarle otro, en comprender al fin que había superado mi duelo. No fue algo espectacular, en el sentido de que nadie, ni siquiera yo, supo del todo cuándo se

había producido. Me volqué en la rutina, en vosotras, primero por despecho, luego por cobardía y, cuando quise darme cuenta, ya no sufría. Es más, no solo no sufría, sino que tenía ganas de disfrutar, de aprovechar las oportunidades. Lamento mucho la muerte de tu madre, no creas, la quería con toda mi alma, pero al mismo tiempo... en cierto modo no fue tan malo que ocurriera. Porque he sido muy feliz, Elena, no sabes cuánto, y todas esas cosas que he vivido junto a vosotras no hubiese podido hacerlas con ella aquí.

No teníamos con qué comparar, nadie sabía cómo habríamos vivido con mi madre, pero la verdad es que, sin ella, habíamos sido felices. Un pensamiento perturbador que mi padre, por mucho

que tuviese razón, por muy carente de malicia que fuera, se arrepentía de haber formulado.

—Pero lo que quiero decir no es eso, no me malinterpretes. Lo siento, he vuelto a perderme. — Frunció la boca, como si se encontrase delante de una encrucijada y tuviese que elegir un camino al azar—. Si te he contado todo esto es porque quiero que entiendas que un duelo, cualquier duelo, puede superarse a ciegas, sin saber siquiera que lo estás pasando. Hay que pasarlos, eso seguro, aunque muchas veces no tenemos la sensación de estar haciéndolo. Seguimos con nuestra vida, conocemos a gente, empezamos relaciones o afianzamos otras, pero no estamos ahí en realidad. Por debajo de esa superficie de normalidad se está librando una batalla de la que solo nos damos cuenta cuando acaba. ¿Entiendes?

Titubeé confusa. Algo se estaba ensamblando en mi cabeza, demasiado veloz para aprehenderlo.

—Me refiero a que hay que tener cuidado —sonó impaciente, irritado por no saber si se estaba haciendo entender. Me hablaba de algo en particular, lo notaba, pero evitaba señalarlo directamente—, mucho cuidado, porque si no reconocemos el final de la batalla, cuando se ha superado el duelo, puede ser difícil desprenderse de esa vida de prestado que hemos llevado hasta entonces y continuar con la nueva. ¿Entiendes ahora?

—Sí —dije.

Y no mentí. Lo había entendido todo.

—Pues no te quedes atrapada, cariño.

Han pasado casi seis meses desde aquella conversación con mi padre. Y muchísimas cosas. Tantas que no sé ni por dónde empezar. Por lo pronto diré que ahora, ahora mismo, hace calor. Estamos a mediados de agosto y voy sentada en el coche con mi padre y Teresa, rumbo al norte. Dos semanas de viaje con destino a Ámsterdam. Natalia, contra todo pronóstico, ha encontrado un trabajo —¡que le gusta!— y no ha podido acompañarnos, pero ha prometido que volará para reunirse con nosotros este fin de semana. En septiembre quiere empezar a estudiar derecho a

distancia. O psicología. O filosofía. No es que no me acuerde, conste, es que cambia de opinión veinte veces al día.

Silvia acaba de tener otra niña, preciosa, y a María le queda poco para dar a luz a sus gemelos. Sí, gemelos. Esa misma cara puse yo cuando me enteré, justo antes de que me entrase un ataque de risa. Sigue con Carlos, por cierto, aunque de vez en cuando le da un ataque de los suyos y se pasa tres días llorando porque no está segura de haber tomado la decisión correcta. Teresa dice que son las hormonas, pero yo lo que creo es que está acojonada. Se le pasará después del parto. Vamos, no le va a quedar más remedio. Paloma, en cambio, lo está pasando mal con razón. Al parecer, la exnovia no fue ni el único ni el último desliz de Martín. El muy gilipollas se bajó un momento a la

cafetería del hospital dejándose el móvil en la habitación, y su recién parida mujer lo cogió por equivocación. Se lo tiró a la cara en cuanto subió y le tuvieron que dar dos puntos en la ceja. Que se joda. Ella volvió a casa de sus padres, con su niño, y está esperando a formalizar el divorcio para seguir con su vida. Hemos pasado mucho tiempo juntas estos últimos meses, espero que no se sienta muy sola a partir de ahora.

En la oficina, las relaciones siguieron su curso natural y ahora comen juntos todos los jueves sin falta. Pati y Sven tuvieron un escarceo en mayo y confirmaron aquello de que la primavera, la sangre altera, porque no duraron ni dos semanas. Pati acabó tan harta del sueco y sus dramas metafísicos que le plantó enseguida. Me adoptó como confidente —ella, él lo intentó pero conseguí

pararlo a tiempo— y hemos acabado siendo buenas amigas. Me sorprendió lo madura que es en realidad. Ya no entrena a don Ignacio (se ha apuntado a un gimnasio por su cuenta), pero se han apuntado juntos a un curso de cocina japonesa. Quién le ha visto y quién le ve. Ole y Pilar siguen siendo inseparables y comen juntos todos los domingos. Ella le prepara cocido o paella. No le gusta mucho el novio que se ha echado —dice que es un jeta y un chulo de gimnasio—, pero le ve contento y eso le basta. El último mes se ha puesto más guapa, incluso ha venido a trabajar maquillada y se ha comprado ropa nueva, más... moderna. Ole me ha confesado que la introdujo en unos foros para frikis y que está enganchadísima a internet. Quién sabe, igual ha encontrado un pretendiente virtual.

Sé que les voy a echar muchísimo de menos. Lloré como una tonta en mi fiesta de despedida, hace un mes, y todavía hoy se me humedecen los ojos cuando pienso en que no volveré a formar parte de esa extraña familia. Y es que, a pesar de que estas dos semanas estamos de vacaciones, el viaje a Ámsterdam también es para llevarme. Volvemos dando un rodeo, por Alemania, y yo me bajo en Hamburgo. Mar, bicicletas y nieve, lo más parecido a lo que quería. He conseguido unas prácticas gracias a mi padre, mal pagadas eso sí, y por las tardes me he apuntado a clases para mejorar mi alemán. Di un curso intensivo en julio, aunque me da a mí que no va a ser suficiente ni de coña, me sigo atragantando con todas las palabras. Piso no tengo aún, pero no me corre prisa. Localicé por Facebook a una antigua compañera

de la carrera —una chica simpática, un poco alternativa y bastante tímida con la que salía a fumar en los descansos—, que lleva viviendo allí cinco años y me ha dicho que puedo quedarme en su casa el tiempo que necesite, que me ayudará con el papeleo y me enseñará la ciudad. Estoy deseando llegar.

Ayer, cuando terminé la maleta, le mandé un último correo a Alberto. Para despedirme. No le he vuelto a ver desde aquel día, el de la comida-catarsis con mi padre, y no es que fuese un encuentro bonito. Nada más salir del restaurante, corrí a casa sin pasar por la oficina. Allí pensé en esperar un poco —Alberto no había llegado todavía—, por lo menos hasta haber hablado con él, pero estaba tan nerviosa y tenía tanta prisa, que me puse a hacer las maletas enseguida. Cuando

llegó y vio lo que estaba haciendo, se quedó congelado.

—Lo siento —dije. No hizo falta que le explicase lo que estaba ocurriendo.

Paralizado por la incredulidad, me miraba con los ojos desorbitados, y no conseguía decir nada coherente. Se dejaba las frases a medias, decía «pero cómo» o «no puede...», como si se ahogase. Sé que tendría que haber buscado un momento tranquilo, razonárselo con calma, permitir que, al menos, intentase persuadirme. Pero sentía una urgencia desmesurada, no podía quedarme allí ni un minuto más.

«No tiene nada que ver contigo —le iba diciendo mientras abría armarios y llenaba maletas enloquecida, presa de un furor egoísta y codicioso—. Soy yo, que ya no te quiero.» No le confesé

que no lo había hecho nunca, o no de la manera en que se supone que debería haberle querido. «Como te mereces», añadía entonces, tratando de suavizar el efecto de mis palabras. Era consciente de que no lo estaba haciendo bien, de que la forma no estaba siendo respetuosa, aunque peor era, pensaba, lo que le había estado haciendo durante cinco años.

La conversación con mi padre, hacía apenas unas horas, había roto una válvula en mi interior, desencadenando un flujo de emociones liberadoras y dolorosas al mismo. Comprendí muchas cosas de golpe; tantas, que todavía era incapaz de ordenarlas todas. Lo único que sabía era que tenía que salir de allí cuanto antes, romper el círculo y escapar de mi propia trampa. No me había desenamorado de Alberto, como en un principio

había creído, pues en realidad, jamás había estado enamorada. El verdadero duelo sentimental lo superé hace tiempo, inconsciente, arrojada por esa relación de la que ahora huía sin mirar atrás.

—Lo siento, Alberto, no te imaginas cuánto —le repetía. Él me seguía por la casa y se limitaba a registrar mis movimientos, demasiado turbado para decir nada coherente.

—Pero cómo...

—No puedo explicártelo. Hoy no. —Me quedé quieta un instante y me volví hacia él. Me sentía mal y la estampa que me regalaba aquel que, sin saberlo, tanto me había ayudado, me partía el corazón. Me acerqué, le cogí las manos y le miré a los ojos—. Pero te prometo que algún día lo haré. —Le abracé—. Te lo prometo.

Empezó a llorar. Fue un llanto mudo, resignado.

Los brazos le colgaban inertes y dejaba que las lágrimas le rodasen por las mejillas, gruesas y humildes. No nos dijimos nada más. Terminé de recoger mis cosas en silencio y me marché de allí despacio, en un intento sincero de honrar la solemnidad del momento. Al llegar al umbral me paré y esperé unos segundos. Alberto no me acompañó a la puerta. «Gracias», dije, y mientras la cerraba, escuché un lamento sofocado escapar del dormitorio.

Un par de días después le llamé y se alegró de hablar conmigo. Estuvimos una temporada en contacto casi diario, él me llamaba mucho, me escribía a menudo, alternaba súplicas, insultos y peticiones de amistad eterna, pero hace tiempo que ha dejado de contestarme a los mensajes y me ha bloqueado en Facebook. Me da una pena que me

muerdo, aunque comprendo que esté dolido y que necesita tiempo para superar su duelo. Y, bueno... lo entenderé si no me perdona, la verdad es que en general no me porté muy bien. Por Sergio, que ese sí me escribe de cuando en cuando, he sabido que rechazó la oferta de su padre y que está pensando en marcharse a Barcelona. Haga lo que haga, espero de corazón que sea feliz y que algún día me perdone. Sé que él tampoco se morirá de esto.

AGRADECIMIENTOS

Esta novela no habría sido posible sin el apoyo de toda la gente que ha creído en mí y, de alguna manera, me ha apoyado. Y soportado, eso sobre todo, que soy consciente de haber abusado de vuestra paciencia en más de una ocasión. A todos vosotros, que espero sepáis reconocerlos, os lo agradezco de corazón.

En especial, quiero darle las gracias a mi madre, que me juró y perjuró tanto que el libro le habría gustado aunque yo no fuese su hija, que acabé creyéndomelo. A Paloma, que primero fue muy crítica y luego lloró mucho. A David, que no

le gusta leer pero le gusta escucharme cuando le cuento historias. A Pablo, a Juan y a Lucas, por obligarme a olvidarme de esto todos los días unas horas. A Pedro, por haber sido un secretario silencioso y durmiente cuando más lo necesitaba.

Gracias también a Carla, que sacó tiempo de donde no tenía para comentarme el primer borrador y animarme a continuar. A Marta y a Chuli, que lo devoraron en pocas horas y solo quisieron más. A Pili, friki de raza, que además de estudiar con ojo crítico si mis referencias a *Star Wars* eran creíbles para una inculta en el tema, me escribió un comentario de texto completo e iluminador sobre todo lo demás. A Mónica y a Alba, que lo leyeron con cariño y, muy especialmente, a una «cotilla» anónima y sin obligaciones sentimentales para conmigo, que robó

el manuscrito de la mesa de Alba y se empeñó en que era buenísimo. Quienquiera que seas, ni te imaginas lo que me ayudaste.

Y, por supuesto, gracias a Isabel, mi agente; a Cristina, mi editora, y a todo el equipo de Debols!llo, por haber creído en mí y apostado por esta historia.

Para las que quieren encontrarse a sí mismas
Para las que nadan contracorriente
Para las valientes

Elena, de treinta y tres años, lee un mensaje sospechosamente cariñoso que su novio envió a una desconocida por Facebook hace un año. Se queda de piedra. No lo puede creer... ¿Alberto? Parece imposible. Siempre ha sido un novio tierno y atento. El chico perfecto, el yerno ideal.

Elena está tan sorprendida que no sabe cómo reaccionar. Siente que necesita aclarar las ideas antes de enfrentarse a Alberto. Cuando apareció en su vida, él le ofreció la estabilidad que había perdido tras una devastadora experiencia sentimental. Ahora que todo parece desmoronarse

a su alrededor, resurgen las dudas diluidas en una vida cómoda y, por qué no, deseable: ¿Qué siente en realidad por Alberto? ¿Adónde va su relación con él? Y la más importante: ¿Qué quiere hacer con su vida?

Elena empieza a cuestionarse todo lo que la rodea, empezando por la imagen que tiene de sí misma. Descubrirá que no es, ni de lejos, tan valiente como pensaba. Porque Elena presiente que debe tomar la decisión más importante a la que se haya enfrentado jamás. Es ahora o nunca.

Fátima Casaseca (Madrid, 1981) es licenciada en filosofía y teología protestante por la Humboldt Universität (Berlín). Ha vivido en Casablanca, Londres, Berlín, y desde 2008 reside con su marido y sus cuatro hijos en un pequeño pueblo al sur de Alemania. Allí empezó a escribir el blog *Una mamá española en Alemania* por el que se dio a conocer y del que, en 2013, se publicó un libro homónimo con la recopilación de los mejores posts. Actualmente colabora en un blog literario y trabaja como lectora profesional. *Nadie se muere de esto* es su primera obra de ficción, en la que sigue sorprendiendo con su voz irónica, directa y cercana.





Edición en formato digital: septiembre de 2016

© 2016, Fátima Casaseca

© 2016, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de la portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Ruxandra Duru

Ilustración de portada: © Irene Lamprakou / Trevillion Images

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos

Reprográficos, h) si necesita
reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-3701-4

Composición digital: La Nueva Edimac, S. L.

W

Penguin
Random House
Grupo Editorial

=

N

n

C

C

C a

C

C

C a d

C

C a

C

C a i

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

C

A

S

S

C